



EL

# Soltero

# MÁS COTIZADO

UNA HISTORIA DE AMOR DE TEXAS

# BELLA WINTERS

EL  
*Soltero*

**MÁS COTIZADO**

UNA HISTORIA DE AMOR DE TEXAS

BELLA WINTERS



# Índice

[Capítulo 1 - Chance Ridder](#)

[Capítulo 2 - Chance](#)

[Capítulo 3 – Chance](#)

[Capítulo 4 – Ashlyn Carter](#)

[Capítulo 5 – Chance](#)

[Capítulo 6 – Ashlyn](#)

[Capítulo 7 – Chance](#)

[Capítulo 8 – Ashlyn](#)

[Capítulo 9 – Chance](#)

[Capítulo 10 – Ashlyn](#)

[Capítulo 11 – Chance](#)

[Capítulo 12 – Chance](#)

[Capítulo 13 – Ashlyn](#)

[Capítulo 14 – Chance](#)

[Capítulo 15 – Chance](#)

[Capítulo 16 – Ashlyn](#)

[Capítulo 17 – Ashlyn](#)

[Capítulo 18 – Chance](#)

[Epílogo – Chance](#)

[Capítulo extra de sexo - Chance](#)

[Si te ha gustado este libro no te pierdas](#)

[Nota de la traductora](#)

## Capítulo 1 - Chance Ridder

—Regresa a la cama.

No me di la vuelta. No necesitaba hacerlo. Ya sabía que la pequeña morena que me llamaba yacía perezosamente a un lado, con los ojos entreabiertos, mirando mi cuerpo desnudo desde el otro lado de la habitación. Hubo un claro rumor de sábanas de seda, junto al suave gemido de su también ardiente amiga que despertaba a su lado, y una risita amortiguada mientras ambas se entrelazaban piel con piel.

Me sonreí a mí mismo. Mirando hacia la calle a través de la gran ventana diáfana hasta el techo, le di una larga bocanada al cigarrillo y dejé que el humo nublara mi reflejo desvaído. Salía el sol, y desde el piso treinta, tenía una vista perfecta de Austin a medida que la ciudad se despertaba lentamente. Disfruté de estos momentos, los pocos minutos de mi vida en los que tuve total paz y nada podía molestarme aparte del panorama y el humo que llenaba mis pulmones.

El hecho de que dos mujeres se despertaran desnudas en mi cama solo podría arruinarme eso.

—Vamos, Chance—, oí decir a la segunda chica; no me preguntes su nombre, ronca por todos los gritos que desplegó anoche, pero lo bastante seductora como para hacer que mi polla se endureciese. —¿Qué tal si te damos un pequeño desayuno en la cama?—, preguntó.

Después de lo que les había hecho a las dos, tuve la sensación de que su idea del desayuno iba a ser demasiado mansa para mi gusto. Le di otra calada a mi cigarrillo, miré a los corredores de la mañana, que trotaban por las aceras del parque al otro lado de la calle, y estiré los brazos hacia arriba. De pronto, sonó mi teléfono, recordándome que mi vida ya estaba comenzando. Suspiré y apagué el cigarrillo.

—Lo siento, chicas, el trabajo me llama, tendréis que comer sin mí—, les dije antes de salir de la habitación y sin apenas mirarlas.

Crucé la gran extensión de la sala de estar y aparté con una patada las bragas y los sostenes esparcidos por el suelo. Cuando las cortinas automáticas se abrieron y dejaron entrar el sol, el ático automatizado donde había pasado los últimos siete años de mi vida pareció renacer: la máquina de café se puso en marcha, la enorme pantalla plana se encendió para mostrar las noticias de las seis en punto, y el timbre de mi ordenador se inició con una visualización inmediata de mi correo electrónico y una lista de tareas pendientes.

Pasé de largo y subí las escaleras hacia el dormitorio principal e independiente del segundo piso. Nunca había llevado chicas allí. Era mi santuario. Las fiestas siempre tenían lugar en el dormitorio de la planta baja equipado con una cama extragrande.

Me dirigí al baño, que era más grande que la mayoría de los apartamentos de Austin, abrí el agua caliente y entré en la ducha. Me apoyé contra la pared decorada con baldosas de mármol italiano y dejé que los chorros humeantes lavaran la mugre de la noche anterior, luego salí y me sequé. Ya me encontraba en modo de trabajo. Todo en un horario preciso. No necesitaba más de tres minutos para ducharme cuando estaba solo, como mucho.

Mi traje ya había sido preparado con antelación, gracias al esmero de Pauline, quien se

encargaba de ordenarlo todo, a pesar de mis payasadas nocturnas. Tomé una nota mental para darle algo extra la próxima vez que hiciera su cheque.

Desde abajo llegaban las suaves risitas y susurros de mis invitadas mientras recogían su ropa. Me vestí rápidamente, cogí mi reloj Rolex de platino y bajé las escaleras. Las chicas estaban tumbadas en el sofá, perezosas y ataviadas con su lencería, llenando vasos con los restos de la botella de champán, a la vez que miraban a su alrededor con expresión apreciativa.

—Este lugar es increíble, Chance —dijo una de ellas, al tiempo que se giraba hacia mí y se balanceaba con suavidad de un lado a otro.

—No estuve muy consciente anoche, ¿verdad? —pregunté, cogiendo mi teléfono y las llaves.

—Estuvimos demasiado distraídas con otras cosas para advertirlo —rio la otra—. Como el tamaño de tu polla —añadió, lo que provocó la risa de los tres.

—Bueno —respondí, ya camino de la puerta—. Estáis en vuestra casa.

—¡Esperaremos aquí hasta que regreses! —clamó la primera chica. Repito que no tengo ni idea de cómo se llamaba. Ella tenía un increíble par de tetas y el coño más apretado de las dos, pero estoy divagando.

«Cariño, nunca te volveré a ver...», pensé.

Pauline se encargaría de eso. Ella llegaría en dos minutos y las perseguiría con una escopeta si fuera necesario. Otra ventaja de tener a Pauline.

Bajé en el ascensor privado en silencio y aproveché para revisar los mensajes que iban entrando uno tras otro a mi teléfono, con la cabeza nublada con la basura que tendría que lidiar antes de que terminara el día.

Guardé el teléfono en mi chaqueta, crucé el lujoso vestíbulo y esperé mientras mi automóvil se detenía en la acera. La puerta de atrás se abrió y Alice me miró por encima de sus gafas con montura de cuerno, con un ceño fruncido que dejaba unas líneas poco atractivas grabadas en su frente.

—Vamos a llegar tarde —anunció mientras me deslizaba en el asiento trasero y cerraba la puerta.

—Buenos días a ti también, Alice —saludé.

—Tienes una reunión en diez minutos —me dijo, ignorando la sonrisa cansada en mi rostro—. Dennis lleva planeando esta reunión varias semanas. Lo menos que puedes hacer es presentarte a tiempo.

—Alice, cariño, te pago para mantener mi vida organizada, no para darme consejos —respondí—. O para castigarme. Estoy bastante seguro de que le pago a otras personas para que hagan eso.

Alice gruñó, y no pude evitar curvar los labios. Desde que la contraté como mi asistente personal en Wlashler, definitivamente, había mejorado mi vida. Ya no tenía que preocuparme por la incompetencia, y como Alice disfrutaba de un coño tanto como yo, tampoco tenía que lidiar con el drama de la oficina. Ella era perfecta para mí, y los dos lo sabíamos, lo que la convirtió en una perra presumida.

Mi tipo de chica.

—Está bien, Miles —le dije a mi chófer—. Llévanos a la oficina, pronto, antes de que Alice nos haga una de las suyas.

—Con mucho gusto, señor —respondió Miles, devolviéndome un gesto de complicidad a través del espejo retrovisor—. Y debo decir que se ve excepcionalmente bien hoy, señor Ridder.

—Me siento como una mierda, Miles, pero gracias.

—De nada, señor —dijo él, a la espera de poder reanudar el viaje en medio del intenso tráfico que se dirigía al centro—. Solo hago mi trabajo.



—Como puede ver, invertir en esto pondría a Ridder Technology a la vanguardia.

Estaba hundido en mi asiento jugueteando con mi teléfono, sin apenas escuchar la presentación que Dennis me había preparado. Cuando eres un empresario rico y famoso, la gente sale de la nada para plantearle todo tipo de ideas de negocios: *El próximo gran hito... No hay una cosa igual en el mercado... El mayor invento desde el pan de molde*. Al menos eso es lo que todos reclaman. Algunas de las ideas son realmente locas, otras no, pero la verdad es que con la mayoría perdería en lugar de ganar dinero. Me asaltan en todas partes: en la oficina, en eventos sociales, en el campo de golf, en el baño de hombres de un club de *striptease*; incluso en los jodidos partidos de los Astros mientras hago cola para comprar un maldito perrito caliente.

Este lanzamiento no era diferente. Simplemente no estaba parado en un urinario con mi polla en la mano. El chico de pie al otro lado de la sala de conferencias parecía que acababa de salir de la escuela secundaria, con la voz agrietada, tics y todo. Llevaba un traje una talla o dos más grande, las gafas se le resbalaban por la nariz y ejecutaba su presentación como si estuviera invitando a una chica a salir por primera vez.

Ya estaba aburrido hasta la saciedad.

—¿Qué piensas, Chance?

Miré hacia arriba y levanté una ceja en dirección al hombre sentado junto a mí. Dennis East era mi mejor amigo y mano derecha, y la única persona en el planeta en la que realmente confiaba. Desde el primer año en la universidad, nos habíamos quedado pegados el uno al otro como garrapatas en un sabueso Bloodhound<sup>[1]</sup>. Yo había puesto en marcha mi empresa con la pequeña herencia que me dejó el viejo inepto de mi padre después de morir debido a un atragantamiento. Con el tiempo, logré construir el conglomerado tecnológico de mil millones de dólares que ahora era un verdadero desafío. Un desafío que no podría haber superado sin la ayuda de Dennis.

Era tan despiadado como yo, y su sonrisa encantadora escondía al verdadero tigre que había en su interior. Podía felicitar a un hombre en un minuto dado y luego arrancarle la cabeza al siguiente. Si había una persona de las que conociese que pudiera dirigir mi compañía tan bien como yo, era Dennis. Ese fue un pensamiento que me dio consuelo y un respiro. Aunque a veces, Dennis actuaba como si fuera el dueño del lugar, por lo que tenía que empujarlo suavemente hacia la segunda fila para volver a situarnos.

Entonces me pregunté por qué demonios estaba perdiendo el tiempo con esta basura. No tenía ni idea de lo que aquel chico estaba soltando por la boca, pero no era algo que me interesara en lo más mínimo. Dennis lo sabía, así que, ¿por qué estábamos los dos aún aquí?

—No estoy realmente seguro de adónde quiere llevarnos Poindexter —dije con un largo suspiro—. Demonios, ni siquiera creo que sepa de qué está hablando.

Dennis me lanzó una mirada fulminante, su característico gesto de juego limpio del que ya comenzaba a cansarme, sobre todo, cuando lo representaba después de organizar reuniones inútiles como esta.

—Creo que la idea de Alan tiene un potencial tremendo —afirmó Dennis saludando al chico,

que se veía tan inquieto como si tuviera que mear.

—Sí, claro —intervine, a la vez que levantaba mis manos en señal de disculpa—. Lo siento, pensé que esto era una feria de ciencias de secundaria. ¿Estabas presentando una idea para un negocio real, Alan?

—Chance... —siseó Dennis.

El candidato jugueteaba dándose palmadas con el puntero. Tenía el rostro rojo brillante y una notoria incomodidad.

—Está bien, lo siento, lo digo en serio —repuse inclinándome—. Me estás pidiendo que invierta millones de dólares en un *software* que compita directamente con algo que mi compañía ya tiene en el mercado, basado en un argumento que contradice de plano lo que sabemos sobre la satisfacción del cliente y el futuro desarrollo de productos.

—*Ehh*, bueno, *uhm* ... —El chico tartamudeó como un paleta de pueblo.

—No solo eso, lo que me estás mostrando aquí, no es más que un concepto desarrollado solo a medias, con la promesa de que obtendré un producto que sobrepasará al que ya tenemos con creces.

—Lo que Alan está sugiriendo —alegó Dennis mirándome—, es que esto puede convertirse en una versión más nueva de nuestro propio *software*, con opciones de compatibilidad mucho mejores a un costo mucho menor. Y es mucho más estable.

—Alan, ¿estás buscando trabajo en nuestro departamento de investigación y desarrollo? —le pregunté—. Porque si ese es el caso, entonces estás en el sitio equivocado, y solo habré perdido media hora de un tiempo que no voy a recuperar. Pero si estás tratando de vendernos algo que no podemos hacer nosotros mismos, entonces lo has hecho todo mal, y te recomiendo que saques tu trasero de mi sala de conferencias y regreses a la escuela secundaria antes de que suene la campana.

—¡Chance! —Dennis gruñó entre dientes—. No seas tan imbécil —susurró.

Me levanté, abotoné mi chaqueta y le di a Dennis mi mejor sonrisa.

—La próxima vez que organices una reunión con un mono, asegúrate de que pueda bailar. Así sería un poco más entretenido y mucho menos estúpido.

Salí de la sala de conferencias y me dirigí hacia mi oficina. Detrás de mí, pude escuchar a Dennis disculpándose con el chico. Sacudí la cabeza con incredulidad. De todas las jodidas citas que tenía en mi agenda, esta no debería haber sido una de ellas.

Alice me encontró a mitad de camino por el pasillo y me entregó una carpeta manila.

—¿Qué demonios es esto? —le pregunté.

—Los informes trimestrales de la semana pasada —dijo ella—. Necesito que los firmes todos. Además, tienes tres llamadas en espera, dos de miembros de la junta y una de nuestro cliente en Suecia.

—Jesús, Alice. —Fruncí el ceño—. ¿No podrías anotar un mensaje? No tengo energía para lidiar con esa jodida lista en este momento.

—He anotado varios mensajes —respondió a la defensiva—. Dos veces en los últimos tres días. Y tú no les has devuelto la llamada.

—Bien —respondí.

—¿Cómo fue la reunión? —Quiso saber ella.

—Una pérdida de tiempo.

—¿Hiciste llorar a otro?

—No, este la cagó él solo. —Abrí la puerta de mi oficina, me dejé caer en el sillón y tiré la

carpeta sobre mi escritorio. Suspiré, me recosté y me froté los ojos. Sentí un gran peso en el pecho, como si alguien estuviera sentado sobre mí. Me aflojé la corbata y respiré hondo. Cuando abrí los párpados, Alice todavía estaba allí.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Los firmas? —dijo, asintiendo con la cabeza y la vista fija en la carpeta sobre el escritorio.

La despedí con la mano. —Lo haré, Alice. Por favor, solo déjame respirar unos minutos.

Me observó un instante, luego chasqueó la lengua y salió de mi oficina cruzándose en la puerta con Dennis.

—¡¿Qué demonios fue eso, Chance?! —gritó.

Miré más allá de él y le hice un gesto a Alice para que cerrase. Ella puso los ojos en blanco y se fue.

—¡He pasado una semana preparando esto! —agregó Dennis.

—¿En serio? —Me levanté y caminé hacia el mini-bar—. ¿Una semana? Maldición, Dennis, vas de mal en peor.

Dennis golpeó su mano sobre mi escritorio.

—Hablo en serio, Chance.

—Yo también —respondí. Luego preparé dos tragos de *bourbon* y le ofrecí uno.

—Son las siete de la mañana —dijo mirando dentro del vaso como si este contuviese mierda.

Sonreí y me bebí el *bourbon*.

—Nunca es demasiado temprano para comenzar a beber.

Dennis me sostuvo la mirada por un momento, hasta que volvió a poner la bebida en mi mano. Me llevé los dos vasos conmigo de regreso a mi asiento. Él soltó un gruñido frustrado, se dejó caer en la silla frente a mí y sacudió la cabeza. Después de unos segundos, finalmente sonrió.

—Aquí tienes —le dije, acercándole su bebida.

—Eres un puto imbécil, ¿lo sabes?

—Sí, pero por eso me quieres —contesté—. ¿Vas a bebértelo, o lo hago yo?

Dennis lo empujó para rechazarlo.

—Adelante, mátate, como si me importara...

—Oh, pero sí que te importa. —Me reí entre dientes, bebiendo solo la mitad del vaso antes de que mi pecho se contrajese y tuviera que dejar la bebida a un lado.

Él también deshizo el nudo de su corbata, se la quitó y la arrojó sobre mi escritorio.

—No puedes seguir en esta línea, Chance —dijo—. No podemos darle una patada a todas las buenas ideas que vienen a presentarse a nuestra puerta. Si no atrapamos a esos tipos, otros lo harán.

—Llamar buena idea a lo que ha traído ese niñato es un poco exagerado —declaré, al tiempo que me recostaba sobre el respaldo. Busqué mis cigarrillos y encendí uno, aspiré hondo y luego dejé salir el humo en forma de anillos. Esperé a que Dennis me echara la bronca por fumar, como todo el mundo hacía, pero él todavía estaba molesto por el chico.

—R&D no ofrece nada que podamos usar —dijo Dennis—. Innovamos o morimos, ya sabes cómo funciona este negocio.

—Entonces despide a todo el jodido equipo de R&D —respondí—. Pregúntale a Alan si sus amigos de la secundaria quieren un trabajo. Contrata a todo el jodido último curso de secundaria si así vas a dejar de darme por culo.

—Muy gracioso.

—No bromeo —me reí—. El tipo no es adecuado para el trabajo. Definitivamente, no puede dirigir un proyecto, aunque siempre podemos encontrarle un escritorio en un rincón donde no moleste a nadie. Tal vez también podemos mandarlo allí a dormir.

Dennis apretó la mandíbula y sacudió la cabeza.

—Tú céntrate en las mujeres —dijo—. Al fin y al cabo se te arrojan a tus pies, al ser el soltero más cotizado de Austin.

—Culpable de los cargos.

—Hablando de eso, ¿cómo son Barbie uno y Barbie dos?

—Las dejé en casa. —Sonreí y alcé mi bebida en un brindis.

—¿Un pequeño regalo para Pauline? —Dennis se echó a reír.

—Sí.

Llamaron a mi puerta y Alice entró.

—Tres llamadas, Chance. Tres.

Dennis dejó escapar un largo suspiro y se levantó, ajustándose la corbata mientras avanzaba.

—No lo olvides. En mi casa, esta noche. No llegues tarde.

—Nunca me pierdo una fiesta, hombre —le dije con una sonrisa.

Dennis volvió a negar con la cabeza y me dejó en compañía de Alice.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—¡El teléfono, Chance! —exclamó ella enfadada.

—¡Bien! —dije en el mismo tono. Apagué mi cigarrillo, cogí el teléfono y comencé un largo día de empezar y resolver problemas.



Cuando terminé y salí de mi oficina, la mayoría de mis empleados ya se habían marchado, y las únicas luces visibles eran las que venían de la sala de conferencias donde sabía que un equipo estaba solucionando algunos errores en uno de nuestros lanzamientos de *software* más recientes. Alice estaba en su escritorio, con el cabello rubio recogido en una coleta alta y los dedos volando sobre el teclado como un rayo.

Una sensación agrisulce solía envolverme cuando la oficina estaba tan vacía. Mi mente regresaba a la época en que Ridder Technology no era más que unos pocos cubículos en un edificio en ruinas a las afueras de Austin, el único espacio que podía permitirme en ese momento. Prácticamente vivíamos allí, trabajando día y noche, esforzándonos como si nuestras vidas dependieran de ello y el éxito estuviera fuera de nuestro alcance.

De eso hacía ya seis años. Ahora, Ridder Technology tenía su propio rascacielos en el centro de Austin, y yo tenía suficiente dinero como para alimentar a una pequeña nación. Se sentía bien estar en la cima del mundo y, contemplando mi reino, sabía que había mucho más por conquistar.

Dejé caer la carpeta manila sobre el escritorio de Alice. Ella me lanzó una rápida mirada, pero sus dedos no dejaron de golpear el teclado.

—Firmado y listo —dije.

—Los necesitaba hacía tres horas.

—Solo tengo dos manos —respondí—. Estoy a punto de salir. Llama a Miles y haz que me espere abajo.

—Intenta no quedarte despierto demasiado tarde —dijo ella—. Mañana tendremos un día muy largo.

—Claro, mamá. —Me despedí y le di la espalda.

—Aprende a pronunciar. —Oí que dijo mientras me encaminaba hacia los ascensores.

## Capítulo 2 - Chance

Me tomé mi tiempo para prepararme.

Si había algo que había aprendido a lo largo de los años, era que la gente esperaba que llegase tarde. Ser puntual en cualquier evento me hacía parecer un poco desesperado, como si buscara aprobación o algo así. Por supuesto, Dennis pensaba que eso era una tontería, pero yo sabía de lo que estaba hablando.

Bajé el techo del Porsche y disfruté del aire nocturno mientras conducía por las calles de Austin hacia el edificio de Dennis. Me aseguré de tomar la ruta más larga, una con suficiente espacio para despejarme, y llegué a la fiesta dos horas después de que comenzase.

Dennis me saludó en la puerta, ya borracho, arrastrándome dentro con un brazo sobre mi hombro. La fiesta era ruidosa, llena de chicas escasamente vestidas y con suficientes bebidas como para hacer que el Mardi Gras pareciese un velatorio. En cuestión de segundos, estaba rodeado de mujeres que charlaban, celebridades de alto perfil e inversores empresariales que solo querían quedarse con una parte del pastel que estuviese cocinando en mi horno. Putos parásitos.

—¡Chance, cariño!

Me giré justo a tiempo para atrapar a Wendy O'Connor cuando esta se arrojó a mis brazos y me plantó un beso muy húmedo y borracho en los labios. La periodista del Austin Times era una de mis mayores admiradoras. Me había entrevistado al menos tres veces en los últimos dos años. Ella tenía un gusto especial por los ricos y famosos, y compartía mi amor por ser el centro de atención, así como mi sed de sexo. Podría llenar un cajón con las bragas que ella había desechado.

—¡Gran entrada, por supuesto! —gritó sobre el sonido de la música. Su aliento apestaba a vodka y cigarrillos, y sabía que si no tenía cuidado, probablemente terminaríamos en el baño de arriba dándole fuerte hasta que vomitara por todo el lavabo mientras la golpeaba por detrás. Una intoxicada Wendy O'Connor no era una mujer con la que quisiera pasar la noche.

—Wendy, hermosa como siempre —le dije sosteniéndola con el brazo extendido.

—¿Cuándo voy a pescarte para otra entrevista? —rió ella, a la vez que buscaba la pajita de su bebida con la lengua.

—Siempre que me necesites estaré allí —respondí para evadirme—. Sabes que nunca puedo decirte que no.

Apoyó una mano sobre mi pecho y se inclinó con los labios cerca de mi oreja—. No llevo bragas —susurró—. Y me he afeitado el coño solo por ti.

—Está bien, es bueno saberlo —aseguré dándole la vuelta para que se enfrentara a un grupo de hombres y mujeres que se reían a carcajadas—. ¿Qué tal si les cuentas a estos muchachos lo cachonda que estás mientras me tomo un trago?

Desaparecí antes de que ella pudiera objetar, y me dirigí al bar donde Dennis estaba charlando con un trío de hermosas rubias.

—Y aquí tenemos al gran hombre en persona —dijo Dennis cogiéndome del brazo—. A propósito, Chance, estas chicas no dejan de preguntarme cómo tuve la suerte de llegar a ser el mejor amigo de Chance Ridder.

Sabía lo que estaba haciendo y le seguí el juego.

—Lo conocí en la universidad, y es el cerebro pensante que me ha ayudado a convertirme en todo lo que soy, señoritas. Sin Dennis, nunca habría habido una empresa llamada Ridder Technology. Es modesto al respecto —añadí—, ya que me permite quedarme con todo el crédito.

—¡Ahí lo tenéis! —clamó Dennis, atrayéndome para darme un fuerte abrazo.

—Me debes una —le dije al oído.

—Has jodido nuestra reunión de hoy —murmuró él—. Tú me la debías.

—Disfruten su velada, señoras —me despedí mientras le pedía al camarero un *bourbon*.

Dennis siguió parloteando, yo agarré mi bebida con rapidez y desaparecí entre la multitud.

Lo que más me atrajo de ella fueron sus senos.

No me importaba si estaba siendo superficial o no. El hecho era que había asistido a muchas fiestas así, y me había relacionado con suficientes mujeres como para haber olvidado por completo cómo era preguntarles su nombre. Además, todos sabían el mío, y mientras lo gritaran en medio de un «oh, Dios mío» y «fóllame más rápido», no me importaba si la chica se llamaba Brenda, Sheila o la puta de Babilonia.

Por eso, cuando me sonrió y se dirigió hacia donde yo permanecía de pie, con mi *bourbon* en una mano y el cigarrillo en la otra, ya sabía que no iba a irme solo a casa esta noche.

Y tampoco es que lo esperase.

—Chance Ridder, ¿verdad?

«¡Señoras y señores, tenemos un ganador!».

Asentí, mostrando mi mejor sonrisa después de dar un gran trago del vaso. Mis ojos escanearon su apretado cuerpo envuelto en un vestido rojo de seda que dejaba muy poco a la imaginación. La música no era muy fuerte en este lado del ático, y las luces se atenuaron lo suficiente como para asegurarse de que todos se preocupaban por sus propios asuntos.

—Soy Haley —dijo extendiendo la mano. La tomé y sentí la piel suave, los dedos delgados, las uñas que sabía que me rascarían la espalda antes de que terminara la noche—. Me gusta mucho tu casa.

—Gracias —le respondí—, pero no es mía.

—¿No lo es?

—¿Ves a ese tipo de allí? —pregunté señalando a Dennis, rodeado de sus propias admiradoras—. Él es el dueño.

Haley miró por encima del hombro y luego se giró de nuevo—. No lo conozco —afirmó con una sonrisa.

—Pero a mí sí —le dije.

Ella movió la cabeza afirmativamente y se mordió el labio inferior.

—¿Qué tal una bebida?



Ya estaba sobre mí antes de que pudiera abrir la puerta.

Con unas copas encima, no había sido tímida respecto hasta dónde podía llegar. Su mano se posaba con comodidad en mis brazos, muslos y, cuando decidió marcharse de la fiesta, en mi entrepierna.

Cuando subimos al coche, continuó hurgando dentro de mis pantalones. Me apretaba y bombeaba mientras yo trataba de mantener la atención en la carretera y no matar a nadie de camino a casa.

El portero me dirigió una sonrisa de complicidad al lanzarle las llaves del Porsche. El viaje en ascensor hasta el ático fue una mezcla caliente de su lengua en mi garganta y mi mano en sus bragas.

Pateé la puerta para cerrarla y la ayudé a quitarme la chaqueta. La arrojé a un lado y ella me envolvió con sus brazos alrededor del cuello mientras me besaba. Llamarla salvaje era quedarse corto, y me di cuenta de que me iba a dar un paseo infernal. Apreté su trasero con fuerza y la atraje hacia mí, sintiendo su calor a través de su vestido y mis pantalones. Mi mano se deslizó bajo sus bragas y mis dedos se empaparon en su humedad, sus gemidos hacían temblar sus labios sobre los míos.

Besé su cuello, bajé hasta sus tetas y la empujé contra la pared. Entonces comencé a palpar dentro de su coño. La follé con el dedo fuerte y rápido. Ella temblaba al mismo tiempo que me clavaba las uñas en los hombros y me regalaba pequeños mordiscos en la oreja. Lanzó grititos en mi oído, gimiendo para que me moviera con más velocidad, con más dureza, hasta que explotó contra mi mano, atrayéndome hacia ella.

—Mi turno —susurró cuando recuperó la compostura. Ahora fue ella quien me giró ansiosa de cara a la pared. Me desabrochó con pericia el cinturón y acto seguido me bajó la cremallera. Enseguida hizo lo mismo con los pantalones y, en cuestión de segundos, sus dedos rodearon mi polla con delicadeza, acariciándola mientras me miraba a los ojos. La sonrisa en su rostro era una promesa de lo mucho que tenía planeado para esta noche.

Actuaba como una profesional, repasando mi miembro con sus labios suaves y succionándolo dentro de su boca. Su lengua corrió en círculos todo su diámetro, sin dejar de mover la cabeza arriba y abajo. La agarré por la nuca, instándola a seguir. Me impulsé hacia delante, follando su boca, clavando sus ojos en los míos todo el tiempo. Me agaché y desaté el nudo de su vestido. Los tirantes cayeron ligeros para revelar dos celestiales montículos gemelos que asomaban a través del sujetador de encaje negro. Sentía a partes iguales la necesidad de disfrutar la sensación de ocupar toda su boca, y de querer enterrar mi cara entre sus senos. De cualquier manera, estaba más que feliz de permitirle controlar el momento, porque, muy pronto, cuando me hiciera cargo de la situación, ella comenzaría a gritar mi nombre.

Sus uñas rastrillaron mis muslos, hasta que dejó que mi polla saliera de su boca. Se puso en pie y se deshizo de su vestido. Se veía jodidamente increíble, ardiente como el infierno, y una parte de mí ni siquiera podía esperar a tenerla desnuda del todo. Solo quería quitarle las bragas y poseerla allí mismo en el pasillo.

Sin embargo, ella leyó en mis ojos lo que deseaba hacerle, así que me agarró por la polla y me condujo al interior del ático, como si estuviera llevando a un toro por los cuernos.

—Este lugar es casi tan impresionante como el otro —rio.

—Incorrecto —dije agarrándola por el brazo y empujándola boca abajo sobre el sofá, de forma que su trasero quedase a una óptima altura—. Es mejor.

Le bajé las bragas, y despedía un aroma tan intenso, que supe que me deslizaría dentro de ella sin ningún problema. Ella separó las piernas y subió aún más sus nalgas, moviéndolas hacia mí,

invitándome. Le di una cachetada, luego otra, y gritó de emoción.

—Vamos —suplicó, acercando de nuevo su trasero—. Tómame ya.

Me quité la camisa, la agarré por la cintura y empujé dentro de ella con más facilidad de lo esperado. Echó la cabeza hacia atrás con un fuerte gemido de éxtasis y me miró por encima del hombro con los ojos entrecerrados y la lengua trazando la línea de sus labios.

Esperé, dejé que toda mi envergadura la llenara y, cuando noté cómo me apretaba, comencé a embestirla. Mis caderas golpeaban su trasero perfecto, con mis manos en sus mejillas mientras la follaba, arremetiéndole por detrás, hasta que sus gemidos se convirtieron en gritos. En cuestión de segundos me pidió que fuera más rápido, que la follara más fuerte. Lanzaba su trasero contra mí, empujándome más profundamente con cada golpe.

Llevé mi mano alrededor de su cintura y comencé a tocar su clítoris. Antes de darme cuenta, aulló anunciándome que había alcanzado un orgasmo que la sacudió con tanta fuerza, que sus piernas se tambaleaban, por lo que tuve que sostenerla para mantener el equilibrio.

—¡No te detengas, Chance! —me rogó, girándose y agarrando mi polla, bombeándome mientras me conducía hacia delante del sofá—. ¡Maldita sea, no te detengas!

Me empujó sobre el asiento, se sentó a horcajadas sobre mí y me deslizó de nuevo dentro de ella. Inmediatamente comenzó a gemir. Pasé mis brazos detrás de su espalda y le desabroché el sujetador. Sus senos se soltaron en todo su esplendor, y me recosté y los vi saltar mientras ella me montaba. Se inclinó, presionando sus senos contra mi cara, y chupé con fuerza un pezón a la vez que apretaba el otro. Sus gemidos resonaron en mi sala de estar, fuertes y salvajes, con su aliento caliente que me hacía cosquillas en la oreja. La cogí por la cintura y la atraje con brusquedad. Ella dobló el cuello hacia atrás, gritando de placer, y se movió con frenesí cuando volví a meterme los pezones en la boca.

—Voy a... joder... ¡correrme! —gritó—. Sí, sí... ¡Oh, joder..., sí..., justo allí..., ¡sí!

Yo también estaba a punto de llegar y la aparté de mí con rapidez, arrojándola sobre el sofá.

—¡No! —gruñó, colocándose encima de nuevo. Tuve que detenerla, reteniéndola por las caderas. Todavía no iba a correrme ni terminar con ella, y no iba a dejarla dictar cómo iban a ser las cosas. Yo era Chance Ridder, quien pone las normas, incluso a la hora de follar. La sujeté y le deslicé dos dedos dentro, bombeando mi mano mientras ella se reía y luchaba para liberarse de mi agarre.

—¡Deja de tocarme y fóllame! —bramó, pero pude ver que mis dedos estaban consiguiendo el efecto deseado. Ella comenzó a brotar sobre mi mano, su cuerpo se curvó por segunda vez con un nuevo orgasmo.

—¿Ya tienes suficiente? —le pregunté, sonriendo perverso. Ella intentó separarse, con los brazos elevados sobre su cabeza, pero tenía poco espacio para moverse.

—Ni de cerca —respondió. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración, al igual que las dos torres gemelas de sus senos. Ella me sonrió, se mordió el labio y sacudió la cabeza—. De acuerdo, vaquero, vamos a verte montar.

Me subí encima de ella rápidamente, entré en su coño y golpeé dentro con un poderoso empujón, obligándola a gritar por la sorpresa. Sus piernas me envolvieron alrededor de la cintura y me clavó las uñas en la espalda según me acercaba.

—Fóllame con esa polla de mil millones de dólares —jadeó—. Enséñame lo que puedes hacer.

«Polla de mil millones de dólares...», ¿en serio?

De eso se trataba.

La verdadera razón por la que ella estaba aquí tirándose a un tipo que acababa de conocer. Ella no estaba jodiendo conmigo.

Ella estaba jodiendo con mi reputación. Con mi cuenta bancaria.

Bueno. Si eso es lo que ella quería, le haría pagar el precio de mi jodido dinero.

Sus gritos sacudieron el ático, tan fuerte, que podría haber jurado que las ventanas vibraron. Pensé que los vecinos empezarían a llamar a mi puerta de un momento a otro para preguntarme si tal vez estaba matando a alguien en mi casa. Pero ella resistió como una campeona. Con cada golpe, me rogaba más, instándome a hacerlo más fuerte y más rápido.

Continué, sin importarme que el sofá pudiera derrumbarse debajo de nosotros. Ella presionó sus piernas contra mí con más fuerza. Sus uñas me arañaron la espalda, hasta que pude sentir cómo me rasgaban la piel, como un animal, y eso hizo que me excitara el doble.

—Vamos, nene —rogó entre gritos—. Vamos, más fuerte, vamos...

Le di lo que quería y más, y pronto no pudo articular dos palabras seguidas entre sus jadeos y gemidos. Ella debió de haberse corrido ya al menos tres veces. Su coño seguía apretándome, llevándome al límite. Traté de hacerlo durar todo el tiempo que pude, saboreando el momento, sintiéndome más vivo que nunca mientras me la follaba.

La atraje hacia mí y la empujé por última vez antes de explotar dentro de ella. Gruñí ruidosamente, cerré los ojos y giré la cabeza mientras me vaciaba en lo profundo de su coño. Ordeñó mi polla con sus suaves paredes, apretándola con fuerza, hasta que sentí que podría arrancarla. Cuando todo terminó, me desplomé sobre ella y rodamos del sofá al suelo, jadeando.

Parpadeé varias veces, con una abrumadora sensación de plenitud, y esperé a que mi respiración se calmara. Podía notar la calidez de su cuerpo contra el mío, su mano flácida descansando en mi pecho y su aliento sobre mi hombro. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero cuando al fin abrí los ojos, ella estaba profundamente dormida en el suelo, con el pelo despeinado sobre su bonito rostro. Me senté y contemplé su desnudez, lo que me provocó el deseo de darle la vuelta y volver a poseerla.

Me levanté, la dejé en el suelo y subí a mi habitación. Entré a la ducha, abrí el agua caliente y cerré los ojos. Sentí que mis músculos comenzaban a relajarse poco a poco. Un breve estallido de dolor me pinzó el pecho, rápido y penetrante, tanto, que me hizo encoger, pero el agua me despejó en cuanto empezó a caer como una lluvia vivificante por mi cuerpo. Con un polvo así, no era ninguna sorpresa que me encontrase tan agotado.

Me quedé allí durante lo que me pareció una eternidad, luego salí y me sequé. La cama me invitaba hacia ella y, sin pensarlo dos veces, y sin acordarme ni una sola vez de la chica que dormía en el piso de abajo; cuyo nombre ya había olvidado, me metí debajo de las sábanas y cerré los ojos.

Dejaría que Pauline se ocupase de ella por la mañana.

## Capítulo 3 – Chance

—Si no le importa que se lo diga, señor Ridder, se ve usted horrible.

Observé los ojos de Miles en el espejo retrovisor y asentí.

—Me siento como una mierda, Miles —le dije—. Gracias por notarlo.

—¿Una larga noche? —me preguntó.

—¿No lo son todas? —respondí.

El dolor punzante me golpeó de nuevo e hice una mueca, mientras mi mano alcanzó automáticamente mi pecho como si de alguna manera pudiera sacarlo de allí y liberarme de él. Cerré los ojos con fuerza y todo me dio vueltas. El automóvil se había alejado de la acera y, cuando abrí los ojos de nuevo, Miles había dejado de prestar atención a la carretera para contemplarme.

—Señor, ¿está...?

—Mira por dónde vas, Miles —dije, apretando los dientes cuando sentí otro estallido de dolor.

—Señor Ridder, ¿está seguro de...?

No escuché el resto de lo que dijo. Se me nubló la vista y sentí que el mundo me había arrojado de alguna manera en un gran carrusel que iba demasiado rápido. Intenté fijar mi visión en algún punto, tratando de recuperar el enfoque, pero solo alcancé a vislumbrar una serie de imágenes borrosas y puntos brillantes. La pesadez en mi pecho se hizo más intensa.

«¿Estoy teniendo un puto ataque al corazón?», pensé.

Eché la cabeza hacia atrás y miré por la ventana, los edificios parecían siluetas de diferentes tonos de gris. Sentí que el auto aceleraba y giraba bruscamente.

—Miles, ¿qué estás haciendo?

—Llevarlo al hospital, señor Ridder.

No protesté. Ir a emergencias parecía una muy buena idea.



Me sentí mejor, no mucho, pero lo suficiente como para desear encender un cigarrillo y tal vez tomar una copa. Las paredes a mi alrededor estaban rodeadas de carteles del cuerpo humano y citas motivacionales que me decían que mi salud era lo primero, y que todo lo demás estaba en segundo lugar. Me burlé de las falsas sonrisas de las modelos de las fotos, que mostraban una alegría congelada tipo «saltar en el aire» demasiado feliz para mi gusto.

Necesitaba una bebida. Y humo.



La puerta se abrió y me moví en la cama cuando entró el médico. Sostenía un gráfico en las manos y ojeaba las páginas con gran concentración.

—Señor Ridder —murmuró, frunciendo el ceño mientras analizaba mis constantes.

Eso no podía ser bueno.

—¿Qué edad dijo que tenía? —me preguntó por encima de sus lentes. Su mirada me hizo sentir como si tuviera doce años de nuevo y me estuviesen regañando por jugar donde no debería haberlo hecho.

—Treinta y dos —respondí—. ¿No aparece en sus datos?

—En efecto —asintió él, pasando varias páginas—. La cuestión es que, según estos informes, parece que tiene cincuenta. O que ya está muerto —añadió.

—Eso es genial, doctor. —Sonreí—. No es muy ducho en el trato a los pacientes, ¿verdad?

El médico colocó la tabla en su escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Señor Ridder, por lo que he visto, los modales no deberían ser su principal preocupación en este momento. Voy a hacerle algunas preguntas y, por favor, trate de responderlas tan sinceramente como pueda.

«¿Tan sinceramente como pueda, ¿en serio?».

—¿Cuántos cigarrillos fuma al día?

Me encogí de hombros.

—Dos paquetes, tal vez tres.

—¿Y cuánto alcohol consume?

—No tengo ni idea —respondí—. Por mi trabajo, siempre hay un evento u otro, y siempre hay bebida.

—¿Cuál es exactamente su línea de trabajo, señor Ridder?

—¿Quiere saberlo? —Me reí entre dientes—. Soy fundador y CEO de Ridder Technology. — El doctor levantó una ceja para demostrarme que no estaba impresionado.

—Ya veo —dijo él, a la vez que anotaba algo en su informe—. ¿Sale mucho, señor Ridder? — continuó.

—Siempre estoy fuera de casa —dijo lacónico.

—¿Algún tipo de ejercicio? —subrayó entonces—. Y me refiero a ejercicio de verdad.

Me pregunté si el sexo podía contar. Estaba a punto de preguntárselo, pero su expresión me hizo desistir. Cualquiera que fuese el problema de este tipo, me estaba incomodando, y lo único que me interesaba ahora era saber qué había en esa tabla.

—No —contesté—. Escuché —dije impaciente—, ¿podría decirme los resultados de todas esas pruebas que ha ordenado que me realicen?

—En un minuto. ¿Y qué tal su dieta?

—Filete y coño —respondí con una sonrisa. Él me lanzó una mirada con la que me aseguraba que no le parecía divertido—. Escuche, doctor —insistí—, aprecio las demostraciones paternalistas severas, pero ya tuve suficiente con las de mi viejo, así que vayamos directos a la parte en la que me dice qué demonios me pasa.

El médico me miró un momento, se quitó las gafas y soltó un largo suspiro.

—Hipertensión, colesterol alto, signos iniciales de arteriosclerosis grave, altos niveles de enzimas hepáticas. —Se detuvo—. ¿Debo continuar?

—Sí, por favor, y ahora en cristiano.

—Está a un paso de un ataque al corazón o un derrame cerebral que probablemente lo matará, señor Ridder —dijo, volviendo a colocar los anteojos en su nariz delgada—. ¿Lo entiende ahora?



Ignoré mis llamadas.

Durante la mayor parte del día, me senté en completo shock en el sofá, contemplando el horizonte de Austin, con un cigarrillo apagado en una mano y las palabras del médico dando vueltas en mi cabeza.

Un infarto. Un ataque. Joder, solo tengo treinta y dos años.

No lo podía creer. Recordé las señales de advertencia, sutiles, pero presentes, lo suficiente como para que cualquier hombre se diera cuenta de estar en sus cabales. Dennis me había dicho que beber me mataría. Alice había intentado que dejara de fumar una y otra vez. Incluso mi madre me había reconvenido sobre el estrés que estaba experimentando, el mismo que se había cobrado la vida de mi padre.

Es curioso, siempre pensé que solo lo hacía por su buen corazón y su tendencia a proteger a los demás. Pero ella no había pensado que fuera gracioso y, en este momento, yo tampoco.

Eché la cabeza hacia atrás y puse el cigarrillo entre mis dedos mientras me frotaba el pecho. Morir no estaba en mi lista de tareas pendientes. Decir que no estaba preparado para eso sería quedarse corto; me aterroricé. No es que no tuviera nada que demostrar en estos treinta y dos años, pues ya era un multimillonario. Podría liar tabaco en billetes de cien dólares y fumar tres docenas de ellos al día durante años y, aun así, eso no afectaría en nada a mi cuenta bancaria. Estaba en la cima del mundo, haciendo lo que quería, cuando quería, de fiesta en fiesta y follando todas las noches. Quien dijera que el dinero no podía comprar la felicidad, no tenía el dinero que yo tenía.

«Demasiado está haciendo su dinero por usted ahora», es lo que diría cualquiera.

Fruncí el ceño, repentinamente enojado con el médico, que trató de convencerme de que me quedara en el hospital para hacerme más pruebas. ¿Qué demonios sabía él? Podría comprarme una buena salud si quisiera. Podría pagar los mejores médicos del mundo para cambiar todos los resultados de estas pruebas a mi antojo. ¡Podría pagarle al jodido ángel de la muerte para que pasara de mí!

Rompí el cigarrillo por la mitad y lo tiré por la ventana. Me temblaba todo el cuerpo y mi corazón comenzó a latir con fuerza. Noté cómo las gotas de sudor se me acumulaban en la frente. De pronto, sentí un peso aplastante en el pecho. Cerré los ojos, respiré hondo y solté el aire en largas exhalaciones. Poco a poco, mi pulso volvió a la normalidad y la opresión se desvaneció.

«Te vas a matar a ti mismo».

Lo sabía, pero no tenía idea de lo que iba a hacer al respecto.

Sonó mi teléfono y giré la cabeza, perezoso, para ver quién llamaba. La palabra *mamá* apareció en mi identificador de llamadas y, en ese preciso momento, supe lo que tenía que hacer.



—Estás bromeando, ¿verdad?

Dennis, desde el umbral de la puerta de mi habitación, observaba con enojo mientras yo hacía mi equipaje. Lo había llamado justo después de colgarle a mi madre, y él no tardó en coger el coche para venir a hablar conmigo.

—No —le respondí—. Hablo tan en serio como un ataque al corazón.

—Admiro tu humor negro —bromeó él—, pero no puedes limitarte a desaparecer de esta manera. Y menos ahora, con todo lo que nos traemos entre manos.

—Puedo —dije—. Y lo haré.

Dennis hizo una serie de aspavientos en el aire y finalmente entró en la habitación, se dirigió a donde yo estaba, con el equipaje a medio hacer, y me agarró del brazo para detenerme—. No puedes irte —repitió, haciendo hincapié en cada palabra como si estuviera hablando con un loco. Me habría parecido incluso dulce por su parte, de no ser que más bien lo que parecía era un completo imbécil. Me estaba recordando al chico con el que había compartido cuatro años de universidad.

—No me iré para siempre —respondí—. Es un descanso, lo necesito.

—No necesitas un descanso, sino una segunda opinión —afirmó Dennis, contrariado—. Tú mismo lo dijiste, este doctor es un imbécil. Quién sabe lo que diría solo para asustarte un poco. Probablemente, tiene algo en contra de las personas ricas y con éxito.

Sacudí la cabeza y volví a mi vestidor para coger un segundo par de tejanos.

—Entonces, si fuera pobre, no me habría dicho que me estaba matando a mí mismo... —apostillé.

—¡Chance! —exclamó.

—Vi los resultados, Dennis —dije, levantando las manos en señal de derrota—. No es una mentira. No es un truco. Todo esto... —Hice una pausa, señalando a mi alrededor—. Esto me está afectando, hombre. Me matará si no me relajo un poco.

—Pues deja de beber, de fumar y haz ejercicio de una puta vez —dijo Dennis—. Pero no te vayas de Austin. No puedes dejar la empresa en medio de lo que está sucediendo. Tenemos a los accionistas respirando en nuestra yugular, clientes que constantemente solicitan actualizaciones y envían solicitudes, y tres nuevos productos que llegarán al mercado en las próximas semanas.

No respondí. No pude porque no sabía qué más decir.

—Chance, ¿podrías detenerte y escucharme? —gritó Dennis.

—¡Ya lo hago! —bramé, golpeando el puño contra la pared.

Dennis hizo una mueca y retrocedió involuntariamente. Sentí que mi corazón se aceleraba diez veces y jadeé en busca de aliento. Me apoyé en la puerta del armario, cerré los ojos e intenté controlar mi respiración.

—Está bien, oh, Dios, lo siento —se excusó Dennis.

Eludí su disculpa.

—Olvidalo —le dije—. Escucha, lo entiendo, ¿de acuerdo? Sé que estás preocupado, pero por eso estás aquí. Puedes hacer las mismas cosas que yo, y sabes todo lo que hay que saber sobre la compañía. Mantén el barco a flote hasta que regrese, y luego podremos pensar en mis futuros cambios de vida. Pero, en este momento, necesito alejarme si quiero presionar ese botón de reinicio.

Su voz se suavizó un poco cuando reconoció la realidad de la situación.

—¿De verdad crees que esto va a ayudar?

Me encogí de hombros.

—Todo lo que sé es que la empresa me está estresando. Probablemente, ese es el motivo por el que estoy bebiendo y fumando de la forma en que lo hago. Solo necesito salir de la ecuación por un tiempo, y tal vez pueda lidiar con lo demás. Solo unas pocas semanas, eso es todo lo que pido. No creo que sea para tanto.

Dennis me miró sin saber qué decir. Cuando parecía que ya no iba a responder, asintió con un suspiro. Se atusó el cabello, echó un vistazo a la bolsa de viaje, y luego a mí.

—Entonces, Booth, Texas, aquí llega Chance —dijo sin impresionarse.

—Hace mucho que no voy a mi casa —respondí. Por fin encontré mis vaqueros y los metí en la bolsa con todo lo demás.

—Ya veo. Tu padre muere y no regresas, pero un médico te dice que podrías tener un ataque cardíaco, y ahora sí es tu hogar, tu hogar en el campo.

—No seas imbécil. —Fruncí el ceño y ladeé la cabeza—. Y no te pongas demasiado cómodo en mi silla —añadí—. Volveré antes de que te des cuenta.

—Solo hazme un favor mientras estés allí —dijo Dennis—. No te mueras, maldita sea. No iré hasta Booth solo para plantar tu triste trasero bajo tierra.

—Muy bien —respondí, dándole un abrazo antes de ir hacia la puerta—. Es bastante justo.



Como era dueño del edificio, tenía una sección completa del garaje subterráneo solo para mí. Las únicas otras personas con acceso a ella eran Miles y Alice; incluso Dennis había sido expulsado desde que decidió tomar prestado mi Jaguar clásico para estrellarlo después contra un árbol estando borracho. Recuerdo haberle dicho que, si hubiera muerto, lo más probable es que aún estaría enfadado por el coche.

Abrí la puerta del garaje y me abrí paso entre mis preciadas posesiones. Los Ferrari, los Porsch y los Tesla estaban aparcados juntos. Pero hoy no me interesaban. Regresaba a casa y quería permanecer lo más anónimo posible. Con ninguno de ellos lo habría conseguido. En cambio, el Mustang 65, estacionado en una esquina lejana y cubierto con una lona, sí iba a servirme para llegar a casa.

No había visto la vieja camioneta Chevy de 1978 desde la universidad. Le había pertenecido a mi viejo, puede que fuera lo único bueno que había recibido de él mientras estaba en la universidad, cuando de repente decidió que me había convertido en un hombre. «Y un hombre necesita conducir un vehículo real», había dicho. Recordé la leve punzada de lo que solo pude identificar como gratitud al entregarme las llaves. Había sido uno de esos raros momentos en los que realmente sentía que tenía un padre.

Cargué la parte trasera de la camioneta con mi equipaje y me limpié las manos en los tejanos, sintiéndome más que incómodo por llevarlos, además de las botas y una camisa vaquera. En un punto de mi vida, habría muerto con esta ropa puesta. Ahora, sin embargo, me sentía un poco fuera de lugar, y tenía la sensación de que pasaría un tiempo antes de que me acostumbrase a ella.

El sonido de llantas chirriantes y el cierre de la puerta de un automóvil atrajeron mi atención. Alice apareció ante mis ojos, y se dirigió a mí con un ordenador portátil en las manos. Dudó un segundo, con su forma de caminar perfectamente profesional, pero luego sonrió.

—¿Qué? —pregunté.

—Te pareces a mi primo Billy Ray.

—Me siento honrado.

—No deberías —dijo ella—. Es un imbécil.

Me reí entre dientes y le quité el portátil, metiéndolo en la parte trasera con todo lo demás.

—Para ser un chico que quiere un descanso, realmente no veo para qué lo necesitas —dijo Alice, señalando el ordenador.

—Por si acaso —contesté.

—Bueno, está limpio, como querías. Lo único que hay instalado es Chrome, y ya está iniciada la sesión con una cuenta nueva.

—Bien —asentí—. No se la des a nadie. Por si acaso —repetí.

Alice curvó los labios.

—¿Puedo decir que creo que estás haciendo lo correcto?

—Cuidado, Alice —le dije, abriendo la puerta de la furgoneta para ocupar el asiento del conductor—. Estás empezando a sonar compasiva.

—Simplemente no hagas nada estúpido —dijo ella, rodando los ojos.

Metí la llave, la giré y esperé a que el motor se encendiera. Tomó un par de intentos, pero, finalmente, la vieja furgoneta tosió y cantó.

—Vas a estar bien —declaró Alice.

—Lo sé —respondí—. Por favor, cierra aquí y vigila la compañía.

—No te preocupes, pero Dennis puede manejar las cosas.

—Eso es lo que me preocupa —dije con una sonrisa—. Solo mantén tus ojos sobre él.

Alice sonrió y asintió. Le guiñé un ojo, cambié de marcha y pisé el acelerador. La camioneta se tambaleó, casi muerta, luego volvió a la vida y salí del garaje.

En el espejo retrovisor, pude ver a Alice mirándome con una amplia sonrisa en su rostro. No estaba seguro de por qué, pero sentí que ir a casa iba a ser bueno para mí en más de un sentido.

## Capítulo 4 – Ashlyn Carter

Me encantaba vivir en Ludwig, Texas; Población: no mucha.

Al crecer, mi madre siempre había creído que encontraría mi camino fuera del pequeño pueblo y que me haría famosa en la ciudad. Ella me contaba historias de lo que estaba destinada a hacer, en quién debía convertirme. A veces, se trataba de una gran abogada, de pie en el juzgado y trayendo justicia al mundo. Otras veces, era una artista talentosa, que cantaba para llegar a la cima de las listas y conquistaba a millones de fans. En otras ocasiones, era una doctora que vencía en todas las batallas contra la enfermedad. Todas eran siempre historias de éxitos y, lo más importante, requerían abandonar Ludwig, un escupitajo de ciudad que ella siempre detestó.

No quería decepcionarla, pero, al final, nunca me fui de casa. La verdad es que me encontraba bien aquí. Odiaba la gran ciudad con su ruido y su falta de hospitalidad, donde nadie sabía quién eras, y a nadie le importabas realmente. No me gustaba la multitud, los rascacielos y el aire, que olía como si el mundo tuviese un grave problema de flatulencia.

Si cada día me daban esa vida de pueblo pequeño, estaría satisfecha. Apreciaba las relaciones que tenía aquí, las mañanas que pasaba en mi invernadero, las noches en que podía mirar al cielo y ver las estrellas que no estaban escondidas detrás de la niebla de la ciudad. Me gustaba poder caminar sin preocuparme por nada más que encontrar buenos conversadores y preguntarme qué libro leería a continuación.

Ludwig era mi tipo de ciudad. Mi hogar. Y no lo dejaría por nada del mundo.

—¡Hola, Ashlyn, hermosa mañana!

Sonreí al pasar frente a la oficina del motel y saludé a Chuck, haciendo mi mejor esfuerzo para mantener en equilibrio las flores en mis brazos. Caminé cuidadosamente alrededor de la camioneta de Chuck y solté los manojos uno por uno. Chuck salió a saludarme, con su taza roja en donde podía leerse, impresas en brillantes colores amarillos, las palabras «El mejor papá del mundo».

—Veo que has traído los lirios —dijo con una amplia sonrisa.

—Martha dice que a los invitados les encantan —respondí, asintiendo con la cabeza mientras miraba hacia el motel y tomaba nota de lo que habría que reemplazar y lo que iba a mantener.

—Los pocos que tenemos —rio Chuck—. Te diré algo. ¿Qué tal si terminas con eso y vienes a tomar un café y una rebanada de pastel de manzana? Martha hizo uno nuevo esta mañana, y te he guardado un trozo.

—Me encantaría, Chuck, pero sabes que necesito seguir con lo mío —le dije. Miré nerviosa a mi alrededor y sonreí.

—No te preocupes —respondió él, bajando la voz un poco—. Ese hijo de puta dejó de venir aquí. Sabe que es mejor así desde la última vez.

Hice todo lo posible para mantener mi sonrisa en su lugar.

—No quiero arriesgarme —insistí—. Mejor me pongo a trabajar.

Agarré dos macetas de flores y me dispuse a distribuir ramos frescos por todas las

habitaciones.



El hijo de puta que mencionó Chuck era Earl Lee Greene. El mismo al que mi padre llamaría mi «pedazo de mierda de exmarido».

En cualquier otro momento o lugar, nuestro matrimonio habría sido un cuento de hadas, la pareja perfecta de Ludwig. Crecimos juntos, nuestros padres eran compañeros de póker y nuestras madres casi como hermanas. Desde la secundaria, no podía apartar mis ojos de él y, ya de adolescentes, él no podía apartar sus manos de mí. Era el chico con el que todas las chicas querían estar, y yo estaba agradecida de ser su amiga.

Cuando llegé a la escuela secundaria y mi cuerpo comenzó a cambiar más rápido que el de cualquiera de las otras chicas que yo conocía, Earl lo notó al instante. Pasamos mucho más tiempo juntos, coqueteamos como locos y terminamos saliendo antes de que supiera lo que estaba sucediendo. Fuimos la envidia de nuestra escuela, los típicos novios de secundaria con los que todos se comparaban para peor. Cuando mis padres murieron en un accidente automovilístico en las afueras de Ludwig, los suyos se encargaron de todo y se aseguraron de que estuviera a salvo y no necesitara nada.

Cuando Earl no consiguió la beca de fútbol que esperaba para Texas A&M, terminamos quedándonos en Ludwig. Nos casamos un año después de graduarnos y, en tres años, mi vida se convirtió en un infierno. Sin ninguna habilidad real, aparte de lanzar un balón de fútbol de un extremo al otro del campo, Earl acabó trabajando como juez de línea para Texas Light and Power. Comparado con su exitoso padre, un hombre que poseía la mayor parte de las tierras de ganado alrededor de Ludwig, Earl fue rápidamente etiquetado como la decepción de la familia Greene. Fue algo que nunca pudo quitarse de encima, y el hecho de que su viejo también lo ridiculizara, solo complicó las cosas.

Earl encontró una salida rápida en el alcohol y, después de eso, tomó el desvío de la infidelidad, junto a varias mujeres que fueron sus amantes. Llegaba a casa casi todas las noches oliendo a *whisky* y a perfume barato y cuando abría la boca para protestar, él me respondía con sus puños. Perdí la cuenta de cuántos días me había quedado en casa porque no quería que nadie viera mis ojos morados.

Todos me aconsejaban que buscara ayuda, que acabase con mi matrimonio y que me fuera de Ludwig. Pero no iba a escaparme de mi casa solo por Earl. Traté de encontrar un apoyo, incluso hablé con mis suegros sobre la racha violenta de su hijo, pero no sirvió de mucho. También acudí una vez al *sheriff*, pero nadie en Ludwig quería ponerse en contra del Gran Ben Greene, y el resultado de mis intentos por neutralizarlo fue que él me mostrara un lado más oscuro aún del que ya conocía.

Cuando finalmente me divorcié, Earl no dejó de acosarme. Solía presentarse en mi casa, hasta que una de las veces amenazó con matarme. Otro día irrumpió en mi invernadero y lo destruyó por completo. Me sentí devastada, porque mis flores eran lo único que me importaba en realidad, pero aquello me dio motivos para solicitar una orden de alejamiento. No detuvo por completo el acoso, especialmente porque nadie quería arrestar al hijo de Ben Greene, pero Earl fue mucho más cuidadoso a partir de entonces. Por fin pude tener algo de paz en mi propia casa, y algunos de los habitantes de la ciudad me defendieron cada vez que era tan estúpido como para acercarse a mí en

público.

La semana pasada, sin ir más lejos, había pasado por el motel y había intentado hablar conmigo. Yo estaba cuidando de mis plantas como de costumbre. Él llegó tocando el claxon para anunciar su presencia y masticando chicle, con esa forma repugnante que siempre odié. Traté de ignorarlo e intenté irme sin hablar con él, pero me detuvo y comenzó a gritar como si todavía estuviéramos casados y aún fuese su propiedad personal para tratarme de la manera que él creyese conveniente.

Por suerte, a Chuck no le importaba mucho Ben Greene, es más, lo odiaba. Chuck acudió en mi ayuda con una escopeta en la mano y el ceño fruncido, lo suficiente para demostrarle a Earl que hablaba en serio. Nunca supe si hubo alguna repercusión por lo que Chuck hizo por mí, pero el negocio continuó marchando como siempre, así que parecía que aquello no le trajo ningún problema. Supongo que Earl era demasiado orgulloso como para hacer un escándalo del incidente con su padre.

Aun así, traté de hacer mi trabajo lo más rápido posible. Me obligué a terminar los recados en la ciudad a toda prisa, y regresar a casa antes de que Earl pudiera encontrar una manera de arruinarme el día.

No era la mejor forma de seguir con mi vida, pero funcionó.

Además, amaba Ludwig. No tenía la intención de dejar que el hijo de puta lo estropease todo, aunque para lograrlo tuviese que enfrentar su ira a diario.



Martha me recibió al salir y, a pesar de mis protestas, me empujó a la oficina principal y me sentó delante de un trozo de tarta de manzana y un café.

—El negocio está tranquilo y necesito alguien con quien hablar —me dijo ocupando una silla frente a mí—. Además, si tengo que escuchar a Chuck despotricar sobre lo mal que están jugando otra vez los Cowboys, juro por Dios que le dispararé con su propia arma.

Me reí y bebí un sorbo de café, dejando que el líquido caliente me confortara—. Veo que las chicas no están aquí —comenté, refiriéndome a las gemelas, las únicas empleadas de Chuck y Martha Pratt.

—Cuando no hay demasiado trabajo, les damos el día libre —explicó ella—. Además, tienen los exámenes para la admisión en la universidad. Ni siquiera juntan un cerebro entre las dos y necesitan todo el tiempo del que puedan disponer.

—Dudo que estén estudiando, Martha. —Me reí dando un mordisco al pastel. Estaba riquísimo.

—Bueno, en ese caso, es su problema, ¿no? —Martha suspiró—. Hacemos lo que podemos para ayudarlas. Si van a echar sus vidas por la borda, no quiero que sea por nuestra culpa.

—Estoy segura de que les irá bien —afirmé con una sonrisa.

—Quiero que salgan de Ludwig, eso es todo —respondió Martha—. No hay nada en este pueblo para esas dos. Lo mejor sería enviarlas a Austin o algún otro lugar donde puedan tener una oportunidad de llevar una vida normal. —Me miró y casi intuí lo que iba a decir a continuación—. Me pregunto por qué aún no te has marchado de aquí.

—Por la misma razón que tú. —Sonreí haciendo un esfuerzo para no parecer frustrada al escuchar lo mismo una y otra vez—. Esta es mi casa y no tengo ganas de irme.

—Cariño, este no es un hogar para nadie —dijo Martha—. Uno no elige quedarse en Ludwig. Simplemente te quedas atascado porque no hay otras opciones.

—Entonces, supongo que estoy atrapada aquí.

—No lo has intentado. —Martha chasqueó la lengua—. Ese maldito chico de Greene te robó tus años de «carretera y manta».

Me reí y casi me ahogo.

—¿Mis qué?

Martha sonrió y me dio una palmada.

—No te burles de mí, niña —dijo—. Sabes a lo que me refiero. Esos dos años justo después de la secundaria cuando aún eres joven, estúpida y valiente. Cuando tienes las agallas para llenar una bolsa con lo imprescindible y viajar, sin ningún plan y sin dinero. Simplemente huir. Algunos regresan, claro, al darse cuenta de que no tienen nada en qué trabajar. Pero la mayoría permanece lejos, porque el mundo tiene mucho que ofrecer fuera de este pequeño pueblo. Y tú podrías haber hecho eso, Ashlyn.

—No lo creo —respondí, sonriendo ante la imagen de un grupo de adolescentes que se fugan de la ciudad, descalzos y salvajes, como si escaparan de una prisión.

—Si tu padre hubiese estado vivo, no habría dejado que te quedaras —dijo Martha, mucho más seria—. Sé que tu madre incluso te habría dado con la escoba de ser necesario.

—Mi madre soñaba demasiado... —murmuré—. Marta, sinceramente, me encanta vivir aquí. Soy feliz. No tienes que seguir intentando convencerme para que me vaya.

Martha se volvió y cogió mis manos entre las suyas, sosteniéndolas en su regazo mientras sus ojos azules perforaban los míos.

—¿Sabes algo, Ashlyn? —preguntó—. Rezo por ti. Rezo para que, un día, algún chico tonto de Texas venga a la ciudad, te levante en volandas y te lleve con él lejos de aquí. En algún lugar puedes comenzar de nuevo, dejar todo esto atrás y ser la mujer que tu madre quería que fueras.

Le sonreí, con el deseo de abrazarla por preocuparse tanto. Pero la verdad era que, la próxima vez que un hombre intentase levantarme del suelo, probablemente le pondría dos balas en la cabeza antes de explotarme la mía. No quería otra relación. Earl se había asegurado de eso.

—Gracias —le dije, sin querer aplastar sus esperanzas y sueños de una cura milagrosa a lo que ella pensaba que era mi problema—. Por cierto, el pastel estaba delicioso y el café genial. Pero, de verdad, necesito ponerme en marcha.

Martha suspiró y sacudió la cabeza.

—Nunca dudes en venir a tomar café y pastel, ¿de acuerdo? —respondió, a la vez que yo me levantaba y dejaba que me acompañase a la salida—. No pasamos suficiente tiempo juntas.

—No lo haré, lo prometo —aseguré—. Además, mañana estaré aquí para entregarte las rosas que querías para el vestíbulo.

—Te estaré esperando —se despidió Martha. Me subí a mi camioneta y me fui.



Llegué a casa una hora después, ya abastecida de comestibles y lista para pasar unas horas en el invernadero. Llevaba uno de los viejos libros de mi madre, uno que había leído cien veces porque era su favorito, *Los puentes de Madison County*, una historia sobre una mujer de un pueblo pequeño que tiene una aventura con un fotógrafo de una gran ciudad. Sabía que mi madre fantaseaba con la idea de que algún día un hombre guapo pasaría por la ciudad para llevársela,

pero nunca sucedió. Ella vivió y murió en un pueblecito que la asfixió como la tierra sobre un ataúd.

En cuanto terminé mi rutina habitual, revisé el agua, corté y recorté y me aseguré de que todo estuviese en orden, me volví al porche para sentarme en el viejo columpio.

Cerré los párpados, y recordé los momentos que pasé aquí con mi madre, acurrucada junto a ella con la cabeza en su regazo mientras me leía su libro. Eran días mágicos, días que seguía atesorando en mi corazón y reviviendo en mi cabeza. Ellos eran la razón por la que se me hizo imposible incluso considerar dejarlo todo atrás.

Abrí los ojos. La brisa me acarició. Entré en casa y fui a acostarme, con mi libro en las manos. Lo abrí por la última página que había marcado. A lo lejos, podía escuchar el canto suave de los pájaros, y a mi alrededor, el mundo parecía desacelerarse y abrazarme con amor. Rápidamente me olvidé de Martha y su eterno deseo de convencerme para que me fuera. Me olvidé de Earl y olvidé que mis padres estaban muertos y que estaba sola en esta gran casa con mis plantas como única compañía.

Comencé a leer, perdiéndome en la historia de amor, pero ni una sola vez pensé en ser arrastrada por un caballero montado en un caballo blanco.

Este era mi hogar, y siempre iba a serlo. Nunca me marcharía. Nunca.

## Capítulo 5 – Chance

La maldita y vieja furgoneta se averió a pocos kilómetros de la interestatal 10, a medio camino entre Austin y Booth, literalmente justo en la jodida mitad.

En su mayor parte, el viaje a casa había sido bastante divertido. Después de tratar desesperadamente de hacer funcionar la radio de onda media, tuve que darme por vencido y pasarme el resto del trayecto cantando para mí. Nunca se me dio bien, no era uno de mis talentos, pero al menos conseguí distraerme en medio de una carretera que parecía interminable.

Había jugado con la idea de elegir un autoestopista al azar, pero no me interesaba demasiado iniciar una pequeña charla. Además, todavía estaba bastante cerca de Austin, y no tenía ganas de darle explicaciones a nadie que pudiera reconocerme. Por eso, esperé a estar lo bastante lejos de Austin para detenerme a comer una hamburguesa y beber una cerveza.

Debería haber sabido que algo andaba mal cuando un hombre en la parada de descanso me hizo una seña para indicar que había humo negro saliendo del tubo de escape, pero estaba demasiado distraído. Lo único que tenía en mente era llegar a casa cuanto antes y poder comenzar lo que Alice llamó el «proceso de curación».

Ahora, allí parado en la cuneta, solo quería pegarme un tiro en la cabeza y patear la furgoneta de mierda, en cuya capacidad de llevarme a Booth no debería haber confiado. Casi podía escuchar a mi padre riéndose del infierno en el que había sido arrojado.

—¿Necesita transporte?

Me volví y miré la cara arrugada de un granjero corpulento, que asomaba la cabeza por la ventana del lado del pasajero para mirarme. Su tamaño ocupaba toda la parte de la luna delantera. Estaba masticando algo, igual que una vaca pastando hierba. Escupió al suelo jugo de tabaco y me mostró lo que debía de ser su mejor intento por sonreír.

—Derribado —le dije, señalando la Chevy.

—*Mmm...*, eso parece —asintió el hombre, secándose la saliva de la barbilla con el dorso de la mano—. Puedo llevarle a Ludwig, allí podrá encontrar una grúa.

Dudé un segundo. Me preguntaba si tal vez debería llamar a Alice y hacer que enviara a alguien. Entonces, recordé que el objetivo del viaje a casa era olvidarme de mi vida en Austin durante unas semanas. No, no llamaría a Alice. Me arriesgaría con el granjero gordo, que ya masticaba el último bocado y que parecía que acababa de tragarse un cerdo.

—Eso sería genial, gracias —dije finalmente.

—Suba, amigo —me respondió, estirando el brazo para abrir la puerta del pasajero—. Hoy es su día de suerte.



Ludwig era un pueblo pequeño y extraño. El típico sitio de una peli antigua, con solo una calle

principal estrecha, algunas tiendas aleatorias aquí y allá, y suficientes sonrisas para inquietar a cualquiera. Aun así, encontrar un remolque fue bastante fácil, y solo me llevó una hora llevar mi furgoneta de regreso a lo que supuse que era el único taller de reparaciones en la ciudad.

—Es la junta del cabezal. —El propietario y único empleado, un hombre gigante con el nombre de Hank cosido en su camisa grasienta, frotó un trapo sucio entre sus grandes manos y diagnosticó el problema sin siquiera mirar debajo del capó.

—¿Cómo sabe eso? —pregunté.

—A estas viejas Chevy's siempre se les fastidian la junta del cabezal —dijo inclinándose para mirar más de cerca. Tenía un destornillador largo en la mano. Lo golpeó alrededor del compartimiento como un baterista borracho con un solo brazo.

Yo estaba escéptico, y pensé que los ajustes que estaba haciendo en el motor eran solo para mi beneficio. Cerró el capó, escupió entre sus botas y miró fijamente la furgoneta.

—Definitivamente, la junta del cabezal —dijo—. Esta chica no le llevará a ningún lado en este estado.

—¿Cuánto tiempo llevará arreglar esta chica? —pregunté.

—¿Tiene prisa?

—Tenía la esperanza de estar en Booth hoy —respondí.

Hank se echó a reír, sacudió la cabeza y volvió a escupir.

—No, señor, esto no va a ir a ninguna parte hoy —dijo—. Tardaré unos días en colocar la junta. A menos que esté dispuesto a remolcarla hasta Booth.

Maldije por lo bajo. Mis planes para la relajación no habían incluido estar varado en medio de la nada durante unos días.

—Es posible que desee hacer un viaje a Booth y volver después si no quiere esperar —dijo Hank—. Probablemente le cueste unos cientos de dólares. Y no parece que le sobre el dinero, así que...

Sonreí ante la impresión que le había dado, solo un paupérrimo vaquero en una vieja furgoneta de mierda de camino a casa. Llevaría unos diez mil dólares en efectivo en mi bolsillo y una billetera llena de tarjetas de crédito. El dinero no era un problema. Mi salud sí.

—Espero que no le moleste la pregunta —me dijo—. Pero, ¿qué hace un hombre como usted yendo a Booth?

La pregunta me tomó por sorpresa. De repente, tuve la sensación de que me había equivocado. Mi disfraz de vaquero sin blanca no había funcionado tan bien como esperaba.

—¿Disculpe? —pregunté.

Hank hizo un gesto hacia mis tejanos y mis botas.

—Ese atuendo no tiene una sola mota de polvo —argumentó—. Y nunca he conocido a un multimillonario que conduzca una de estas decrepitas Chevy's.

Me quedé con la boca abierta, lo que hizo que Hank se riera tanto que comenzó a toser.

—¿Pensaba que solo porque tengo grasa en los dedos no sabría quién era, señor Ridder?

Suspiré, me pasé una mano por el cabello y me rasqué la nuca. Demasiado tarde para tratar de ser discreto. No me sorprendería si el tipo me ordeñara cada centavo que tuviese para reparar mi Chevy. Lo mejor sería deshacerme de él y llamar a alguien de la oficina para que me llevara el resto del camino. Solo que no quería que nadie supiera a dónde iba, y llamar a Alice o Dennis significaba que estaba admitiendo que no podría cuidarme por mí mismo.

—Oh, ya veo —dijo Hank, guiñándome el ojo.

Yo fruncí el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Escapándose de la ciudad, ¿no es cierto?

Sonreí.

—Es usted mucho más inteligente de lo que parece, Hank.

—Es fácil hacerse el tonto cuando estás atrapado en el culo de Texas —rio él—. Es más fácil que la gente te ignore mientras te das cuenta de todo.

—Inteligente.

—Entonces, Booth, ¿eh? —recalcó—. ¿Le espera alguien?

—Mi madre —le respondí—. Crecí allí.

Hank asintió con la cabeza.

—Bueno, estoy más que dispuesto a llevarle allí, si quiere. Pero, si me pregunta, Ludwig es un lugar tan bueno para escapar como Booth. Es lo que pienso. Hay un buen motel, un buen restaurante, cerveza fría...

Alcé una ceja, dudándolo mucho.

Hank se rio entre dientes.

—En marcha —dijo—. El motel está a solo unos minutos de distancia, y nadie sabrá que está aquí. —Hizo un gesto rápido y sonrió.

—¿Cómo puede creer eso? Usted lo ha hecho.

—Llegué un poco tarde al juego tecnológico —explicó—, pero tengo mis intereses. Además, desde que Lowe cerró el año pasado, he estado haciendo más negocios a mi manera. Me vi obligado a actualizar mi sistema para mantener el ritmo. Tengo su software configurado en mi viejo ordenador, el El Neptune 2.0, el que tiene todo el seguimiento y todo eso.

—Bueno, bien por usted —contesté con una sonrisa.

—El resto de la ciudad todavía está en la Edad de Piedra, si quieres saberlo —me dijo—. Supongo que todos los Tom, Dick y Harry de Booth te verán en el momento en que llegues a la ciudad. No hay mucho donde esconderse allí, eso seguro.

Observé el entorno. Desde mi punto de vista, el motel parecía mucho más cerca que a solo unos minutos de distancia, y no había suficientes personas alrededor como para tropezarme con alguien más que me reconociera. Una parte de mí pensó que no sería una mala idea. El pueblo parecía un lugar lo suficientemente bueno para comenzar mis vacaciones.

—¿Unos días para conseguir la junta? —le pregunté a Hank, maldiciendo en silencio a la furgoneta por haberme fastidiado.

—Sí —dijo—. UPS entrega una vez a la semana.

—Está bien —asentí—. Supongo que no tendré problemas para encontrar una habitación en el motel...

—Podría ser el único cliente —rio Hank—. Estamos en temporada baja.

—¿Es que hay una temporada alta aquí?

Hank se encogió de hombros y me lanzó una sonrisa que revelaba la falta de algunos dientes.

Agarré mi bolsa de lona de la parte trasera de la furgoneta, estreché la grasienta mano de Hank y me dirigí al motel.



Entré en el vestíbulo y toqué el timbre del mostrador. Salió un hombre grande, bastante alto, y

que lucía una barba que habría puesto celoso al mismísimo ZZ Top. Sin embargo, su sonrisa era cálida, y pude ver, por el brillo de sus ojos, que estaba contento de que alguien atravesase el umbral. Llevaba una etiqueta con su nombre, Chuck. Solo cuando estuve seguro de que no me había reconocido, comencé a relajarme un poco.

—Bienvenido al motel Ludwig. ¿Qué puedo hacer por usted?

El tal Chuck me dedicó una sonrisa prístina que me hizo querer preguntarle por su dentista.

—Necesito una habitación —dije, dejando caer la bolsa de viaje a mis pies. Me atusé el pelo. Estaba sudando como un cerdo. Había nacido y crecido en Texas, y aún no podía soportar el calor por mucho tiempo. Solo esperaba que las habitaciones tuvieran aire acondicionado.

—Bueno, es su día de suerte —dijo Chuck—. Tenemos quince habitaciones, y trece de ellas están disponibles.

—Genial —dije, sintiendo un pequeño pinchazo en el pecho y respirando profundamente para aliviar el dolor antes de que comenzara. Estiré las piernas y esperé mientras él sacaba un libro de debajo del mostrador.

Definitivamente, no usaba uno de mis programas de software.

—¿Nombre? —me preguntó, sosteniendo su pluma sobre un reglón vacío.

—Chance.

—¿Y su apellido?

—¿Importa eso?

Chuck me miró, entrecerró los ojos por un segundo y luego se encogió de hombros.

—No si pagas en efectivo.

Asentí mientras escribía *Chance Sin Apellidos* en el registro. Advertí que solo había otro nombre escrito en la fila de arriba, y saqué mi billetera.

—¿Podría tener una habitación en la planta baja?

—Puede tener la habitación que desee —sonrió Chuck—. Aparte de la mía y la número diez, usted elige.

—Es bueno saber que tengo compañía —sonreí.

Chuck se echó a reír.

—El inquilino de la diez reservó la habitación durante seis meses. Un tipo de escritor que nunca sale fuera a menos que sea la hora de comer. No se preocupe, no le molestará.

Realmente, no me importaba. Esperaba algo de paz y tranquilidad, pero encontrarla por fin me asustó un poco. Era casi como si hubiera entrado en un episodio de *Twilight Zone*, en el que solo quedaban unas pocas personas en el mundo, después de perder la junta del cabezal en un accidentado viaje. Revisé mi teléfono, me aseguré de tener cobertura, y lo guardé de nuevo en el bolsillo. Mejor prevenir que curar.

—¿Cuánto tiempo planea quedarse? —me preguntó Chuck.

—Un par de días, tal vez tres —respondí—. Depende de lo que tarde Hank en arreglar mi camioneta.

—¿Qué clase de camioneta?

—Una Chevy del 78. Se le ha ido la junta del cabezal.

Chuck sonrió.

—Oh, esa es una belleza, cuídela, ella lo cuidará a usted.

—Sí —convine—. Supongo que estaría molesta por haberla ignorado durante años.

—Las camionetas se parecen mucho a las mujeres —rio él—. Ignóralas, y te darán la bienvenida cuando vuelvas a rastras. Aunque te lo harán pagar con un infierno.

—Pues eso es justo lo que ha hecho —reí también.

No sabía exactamente qué era, pero, por alguna razón, estaba empezando a sentirme mejor. La tensión de la ciudad, la frustración por el destrozo de mi Chevy, todo había desaparecido. Como si hubiese entrado en un mundo completamente diferente, una especie de burbuja, y hubiera dejado todo lo demás atrás.

Podría acostumbrarme a esto.

Chuck me ayudó con mi bolsa de lona, aunque le dije que podía encargarme yo solo. Parecía querer llevarme a recorrer el lugar, señalando con orgullo diferentes partes del motel mientras me conducía a mi habitación. Era un pequeño y acogedor establecimiento. Las habitaciones estaban divididas en dos edificios dispuestos en un semicírculo, separados por una pequeña cabaña que Chuck explicó que era el bar del restaurante.

—No está operativo a menos que tengamos la casa llena. Si quieres tomar una copa, Joel's está a un par de edificios más abajo.

La piscina vallada estaba en el centro de todo, pequeña, pero limpia. Aparte de un viejo Ford estacionado en el otro extremo del aparcamiento, el motel estaba vacío.

Chuck me hizo saber que su esposa servía todas las mañanas pastel casero, y que siempre había café disponible. Si tenía hambre, había un restaurante, aparentemente al lado de Joel's, donde servían las «mejores hamburguesas de este lado de Dallas», según sus palabras. La mayoría de la gente del pueblo iba a lo suyo, lo que me convenía perfectamente y, aparte de las gemelas que trabajaban por la mañana y una mujer llamada Ashlyn, que cuidaba las flores que decoraban cada rincón del motel, no tendría otras molestias.

Me divertía lo mucho que Chuck se preocupaba por mi privacidad y, ya que había pagado en efectivo y no le había dicho mi apellido, no era del todo sorprendente. El tipo quizás pensó que me estaba ocultando de la policía o algo parecido.

Abrió la puerta de mi habitación y un fuerte aroma de gardenias me golpeó. El perfume me trajo de inmediato de vuelta a casa. Tenía ocho años otra vez, corriendo detrás de nuestra casa mientras mi madre se entretenía en su jardín. Escuché en algún lugar a lo lejos el tractor de mi padre, y sabía que en cualquier momento él llegaría conduciendo el ruidoso monstruo, saltando de él para darle a mi madre un beso largo y húmedo. Luego le diría que dejase de romperse la espalda con esas plantas inútiles, y después me llamaría para ayudarlo en el establo.

Por un segundo, me olvidé por completo de Austin, de la empresa, de todo y de todos, y me perdí en este recuerdo solitario.

Chuck chasqueó los dedos frente a mis ojos y me hizo reaccionar.

—Lo siento —susurré—. Las flores me trajeron algunos recuerdos.

—Sí, son estupendas —sonrió Chuck—. Ashlyn Carter se encarga de ellas, esa chica sabe cómo hacer que este lugar destaque. Al principio yo no estaba por la labor, fue Martha quien realmente le dio la oportunidad de mostrarnos lo que puede hacer. ¿Y sabe qué? Me alegra que lo hiciera. Ahora no puedo imaginar todo esto sin sus flores.

—Se ve que tiene buena mano —dije, sintiendo que mi pecho se hinchaba mientras respiraba el aroma de las gardenias.

—Claro que sí —rió Chuck—. Las cultiva en un invernadero detrás de su casa. Es una verdadera adicta a las plantas.

Las gardenias estaban colocadas en el centro de una mesa que ocupaba el espacio frente a la cama. Más allá, había una pequeña pantalla plana y un baño al fondo. La habitación estaba decorada para ser cómoda, y la gran ventana dejaba entrar suficiente luz para que pareciese un

hogar. Pero mi atención se centró por completo en las gardenias.

—Bueno, si necesita algo, sabe dónde encontrarme —dijo Chuck—. Supongo que ya está todo.

Y era cierto. Mirando mi alojamiento temporal, sintiendo el sol a mis espaldas y el dulce olor de las flores llenando mis fosas nasales, realmente lo tenía todo.

## Capítulo 6 – Ashlyn

—¿Lo has conocido ya?

Apenas había salido de la oficina cuando la hija de Martha, Britney, me agarró del brazo y me llevó a un lado. Si no fuera por sus reflejos rosados, no habría podido distinguirla de su hermana gemela, ambas idénticas hasta el punto que me preguntaba cómo aún no habían abusado por completo de ese beneficio.

—¿Conocer a quién? —pregunté, riéndome mientras trataba de equilibrar las flores en mi mano sin tropezar con mis propios pies. Britney me arrastró por el pasillo hasta donde se bifurcaba detrás de los edificios. Aquí era donde las chicas generalmente se escondían para fumar sin que Martha les diera un discurso sobre lo que significaba ser una buena chica de Texas.

Heather ya estaba allí, con un cigarrillo en la boca y otro en la mano que le dio obedientemente a su hermana una vez que aparecimos a la vuelta de la esquina. Ella me ofreció uno y lo rechazé con rapidez. El hábito de Earl al humo había sido suficiente para detestarlo.

—¡Al chico nuevo! —Britney casi chilló—. ¿Cómo no lo has conocido aún?

—¿Quizás porque acabo de llegar?

Britney puso los ojos en blanco y me dedicó su típico *ugh* de la escuela secundaria, el cual acompañaba cada una de sus frases. Heather se limitó a reír.

—Está bien —dijo Britney—. Lo primero que debes hacer es ir a la habitación siete, llamar a la puerta y usar alguna excusa como, no sé..., que tienes que regar las plantas o algo así. — Britney hablaba muy rápido, demasiado emocionada para mi gusto. ¿Quién demonios era este nuevo inquilino?—. Entonces sabrás a lo que me refiero.

—Perfecto —respondí—. Lo primero, es genial que pienses que mi trabajo aquí es regar las flores —dije con una sonrisa—. Muy alentador. En segundo lugar, no voy a llamar a la puerta de alguien solo para verle. Lo siento, ya soy un poco mayor para eso.

—Tú te lo pierdes —dijo Heather entre bocanadas—. Y mucho.

Britney asintió y me agarró por los hombros.

—No sabía que él estaba allí cuando fui a limpiar. Entré cuando salía de la ducha. Lo vi en todo su esplendor, y quiero decir *todo su esplendor*. —Britney se recostó contra la pared y cerró los ojos—. ¡Oh, Dios mío! —añadió.

—¿Cómo es que no sabías que había alguien allí?

—Esa no es la cuestión, Ashlyn —protestó Britney, pataleando como una niña de cinco años—. Nunca había visto a alguien así tan de cerca. ¡Fue como contemplar el cuerpo de un dios griego!

Sonreí ante eso, coloqué las plantas a mis pies y me revolví el cabello. Todavía estaba un poco dormida, ya que no había dejado de dar vueltas en la cama toda la noche. No era habitual que tuviera problemas para dormir, y la falta de sueño hizo que mi cabeza flotase como en una bruma. Mi intención había sido cambiar las flores rápidamente, y luego volver corriendo a casa y meterme en la cama. Me gustaban mucho las gemelas, pero podía pasar de esta conversación de

quinceañeras.

—Bueno, dios griego o no, necesito reemplazar estas flores y volver a casa —le dije.

—Tú misma —contestó Britney—. Más para nosotras.

Le guiñé un ojo, recogí mi carga y regresé. Las flores estaban esperando.



Me encontré con él antes de lo que esperaba.

El cliente de la habitación ciertamente parecía haber salido de un cuento de hadas. Alto, cabello castaño, y unos ojos azules increíbles, tan claros que una chica podría perderse en ellos con facilidad. No pude ver el cuerpo de dios griego del que hablaban las gemelas, pero su camisa se pegaba a él lo suficiente como para saber que lo que había debajo estaba cincelado a la perfección. Con lo que pude vislumbrar me bastó. Y con creces. Cuando me sorprendió contemplándolo, me di la vuelta como un resorte y me sonrojé.

He vuelto al instituto, pensé para mis adentros. Estoy de pie junto a mi taquilla, escondida, porque el chico más guapo de la escuela acaba de mirarme.

Sentí que mi corazón daba un vuelco mientras notaba que se acercaba mí. Me decidí a enfrentarlo y la amplia sonrisa en su rostro me dejó alucinada. De no estar paralizada, habría dejado caer lo que sostenía en mis brazos para correr hacia mi coche. En el fondo de mi cabeza, me imaginaba a las gemelas riéndose de mí al verme huir.

Pero no corrí. Me quedé allí, congelada en el sitio como un ciervo a la luz de los faros. Cruzó el espacio entre nosotros en segundos, sus largas piernas hacían sus movimientos rápidos y elegantes. Solo cuando estuvo a unos metros de distancia pude verlo con claridad, y para citar a Britney, ¡Dios mío!

—Hola —dijo, extendiendo su mano y regalándome una sonrisa con la que no me importaría despertar todas las mañanas.

—Hola. —Habría tomado su mano si no fuera porque las mías estaban ocupadas. Traté de maniobrar para saludarle, pero solo logré parecer aún más tonta.

—Oh, lo siento, déjame ayudarte —dijo él, liberándome de mis flores y colocándolas cuidadosamente en el alféizar de la ventana de la habitación en la que había estado trabajando—. ¿Lo intentamos de nuevo?

—Claro —respondí, sintiendo una corriente eléctrica por mi brazo cuando él envolvió mi mano con la suya.

—Chance —se presentó—. Y tú debes ser Ashlyn.

Fruncí el ceño, un poco extrañada de que supiera mi nombre, pero, al mismo tiempo, tuve que contener una risita que amenazaba con liberarse.

—Chuck me lo dijo —dijo él al notar mi gesto confuso—. La florista, ¿verdad?

Y así es como seré recordada el resto de mi vida. Estará grabado en mi lápida. Aquí yace Ashlyn Carter, la florista.

—Esa soy yo —me las arreglé para decir, soltando de mala gana su mano y guardando las mías en los bolsillos—. Espero que no sean demasiadas.

—Oh, no, para nada. —Chance sonrió—. Mi madre solía tener un jardín propio, y el olor me hace recordarla.

¿Me acababa de comparar con su madre? Quería abofetearme a mí misma.

—Eso es maravilloso —dije en su lugar—. No mucha gente las aprecia.

—Bueno, Chuck obviamente sí —declaró él—. El motel es como un invernadero gigante.

—Chuck es un amor —reí—. Y mi mayor cliente. Bueno, tan grande como se puede ser en Ludwig.

—La verdad es que deberías pensar en repartir fuera de la ciudad —sugirió Chance—. Quiero decir, estas flores son realmente hermosas, y con la herramienta de administración adecuada, podrías expandir tu negocio diez veces.

—Guau, más despacio, vaquero —dije entre risas, imitando el grueso acento tejano de Chuck—. ¿Qué eres tú, uno de esos emprendedores motivadores?

Chance se echó a reír, dudó unos segundos y luego asintió.

—Sí, algo parecido —respondió—. Escucha, lo siento, no fue mi intención interferir en tu trabajo. Solo quería decirte que me encantan tus flores, y que lo que estás haciendo aquí es increíble.

—Gracias —contesté.

Él me miró un instante y ladeó la cabeza.

—Creo que te veré por ahí.

«Ciertamente lo harás», deseé.

—Sí, supongo que sí —dije en su lugar.

Lo vi caminar hacia la oficina principal, luego me di la vuelta y solté el aliento que había estado conteniendo.



Él aún estaba en la recepción cuando yo terminé de colocar flores frescas en todas las habitaciones. Había seguido mi rutina un poco más rápido de lo normal, ya que había hecho la mayor parte del trabajo el día anterior. Me disponía a tomar una taza de café cuando lo vi sentado en el sofá del pequeño vestíbulo, hojeando una revista. Chuck, inclinado sobre unos pocos papeles, se rascaba la cabeza mientras trataba de entender los números que marcaba en una calculadora antigua.

Chance me miró, me lanzó una sonrisa y dejó la revista.

«Si sigue sonriéndome así, estoy perdida».

Le devolví la sonrisa, llegué hasta la cafetera y me serví una taza. Mi mente me gritaba que pasara del café y me fuera a casa. Unos minutos más con él, y probablemente diría algo estúpido que me haría quedar como una idiota integral.

Britney salió por la parte de atrás, se detuvo en seco cuando lo vio y luego desvió su mirada hacia mí para guiñarme un ojo. Abrí los míos como platos y articulé «para ya», ganándome una sonrisa de complicidad mientras se marchaba.

—¿Los números te confunden de nuevo, Chuck? —le pregunté.

Él levantó la cabeza con una expresión huraña y me miró como si estuviera tratando de reconocerme. Se encogió de hombros, apartó la calculadora a un lado y se rascó la barba.

—Martha es quien suele pagar las facturas y hacer el papeleo —confesó—, pero va a quedarse en casa de su hermana durante los próximos dos días, y no tengo ni idea de por dónde empezar.

—¿Necesita ayuda con eso? —intervino Chance—. Se me dan bien los números.

—No es necesario —dijo Chuck—. Tarde o temprano tendré que acostumbrarme. No puedo seguir delegando cosas a otras personas solo porque no me guste hacerlas.

Chance se puso de pie, cruzó la habitación con tres largas zancadas y se situó a mi lado mientras miraba los papeles frente a Chuck. Tomé un sorbo de mi café, y me pregunté cómo me sentiría si me inclinase hacia él y me echase su brazo sobre mi hombro.

Quince, Ashlyn. Estás actuando como si tuvieras quince años.

—Mire, ahí está el problema —dijo Chance, señalando una columna en una de las hojas—. Usted tiene el costo de sus suministros de lavandería enumerados en alquileres de habitaciones, que son ingresos, cuando deberían estar junto a los gastos. Por eso no salen las cuentas.

Chuck sacudió la cabeza con incredulidad y se echó a reír.

—Gracias —dijo—. Aunque no estoy seguro de si merece la pena mirar estos números. Dios sabe que no hay nada de qué enorgullecerse en estos momentos.

—Me alegro de ser de ayuda —dijo Chance, guiñándome un ojo. Parecía tan relajado... Me preguntaba qué demonios estaba haciendo en Ludwig.

—Entonces, consejos de negocios y contabilidad —declaré—. ¿Sabes hacer también reparaciones?

—Tengo algo de tiempo libre —rio él—. Dime qué hay que arreglar y lo resolveré.

Me reí y me senté en una de las sillas altas cerca de la cafetera.

—¿Y por qué exactamente tienes tiempo libre?

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que eres una especie de emprendedor, ¿verdad? ¿No se supone que estás sepultado bajo una pila de números y gráficos, eligiendo tu próxima empresa?

Chance se apoyó contra el mostrador y me miró a los ojos. Eran como dos ventanas con vistas al océano. ¿Cómo diablos haría para no perderme en ellos?

—Estoy en un año sabático —dijo—. La vida de la ciudad es un poco estresante estos días, y pensé en tomar un descanso de todo y disfrutar del aire libre.

—¿Y por eso estás en Ludwig? —Tuve que reír—. Nuestro aire libre no es tan bueno, especialmente en esta época del año.

—A menos que te gusten las cosas secas como un desierto y más calientes que el infierno —agregó Chuck.

—No, en realidad, estoy en Ludwig porque se averió mi camioneta —respondió—. Iba de camino a... —dudó y luego sonrió—. No importa. Digamos que estoy castigado durante unos días hasta que Hank pueda conseguir la pieza que necesita para repararla.

Asentí y tomé un sorbo de mi café, preguntándome por qué estaba siendo tan impreciso. Por otra parte, éramos extraños, y nadie decía que tuviésemos que compartir confidencias solo por ocupar el mismo metro cuadrado. Ludwig ya se encargaría de eso. Aquí todo el mundo sabía de la vida de los demás, y aunque supusiera un atentado contra la privacidad, al menos, unía mucho más a la comunidad. Era algo congénito en sus habitantes el querer averiguar la máxima información del prójimo. Una especie de bienvenida a un nuevo miembro de la familia.

—Un lugar extraño para tener una avería —apunté—. Quiero decir, Ludwig no está en la ruta interestatal hacia ninguna ciudad importante. —Hice una mueca imperceptible, al pensar que podría odiarme por ser tan curiosa e incluso evitarme el resto de su estancia.

—¿Quién ha dicho que iba a una ciudad importante? —preguntó Chance, con una amplia sonrisa en su rostro mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. Obviamente, disfrutaba jugando conmigo.

—Bueno, era una suposición —me justifiqué, mirándolo por encima de mi taza.

—Ya te lo he dicho, estoy tomándome un descanso al aire libre y todo eso...

Asentí y sonreí, lanzándole una mirada para demostrarle que no podía engañarme. Por lo que sabía, los inversores nunca descansan, a no ser que estén sentados sobre una pila de dinero en efectivo, y tampoco me explicaba por qué conducía esa antigualla de camioneta.

—Pensé que si alguien realmente busca aire libre y naturaleza iría más al norte —añadí.

—Tendrás que disculpar a Ashlyn —rio Chuck, atento a nuestra conversación—. Somos un pueblo pequeño, por lo que estamos acostumbrados a hacer preguntas.

—En absoluto —dijo Chance—. La verdad es que me dirigía a Houston para una gran oportunidad de inversión. Será en unos días, así que me ocurrió hacer un poco de turismo hasta entonces.

—Sabático —asentí—. ¿Así es como la gente normal llamaría a hacer turismo?

—Pues eso es lo que estoy haciendo —dijo él con una sonrisa pícara. Me miró con los ojos entrecerrados y supe que estaba tratando de leerme. Definitivamente, era un chico interesante, con su fuerte mandíbula y los penetrantes ojos azules. Por otras razones, además de por el hecho de haber nacido en Ludwig, me propuse descubrir la verdad.

«Como siempre, te atraen los forasteros, ¿eh, Ahslyn?».

Empujé la pequeña voz hacia un rincón de mi mente donde no pudiera molestarme. Terminé mi café, agarré el resto de mis cosas y le di a Chuck la llave maestra que había usado para reemplazar las flores de las habitaciones, a pesar de que la mayoría de ellas estarían vacías toda la semana.

—Nos vemos, Sr. Sabático —me despedí con una sonrisa—. Solo avísame si necesita un guía turístico.

—Lo haré —respondió Chance, en un tono irónico que no se molestó en ocultar.

Lo miré por última vez y salí de la oficina, sonrojándome como una colegiala cuando me di cuenta de que nuestra breve charla me había dejado tan húmeda como el Río Grande en primavera.

Por supuesto que nos veríamos de nuevo.

## Capítulo 7 – Chance

Ashlyn..., Ashlyn...

No podía quitarme de la cabeza a esa preciosa chica y su hermosa sonrisa, lo que era bastante extraño para un tipo como yo. Por lo general, solía olvidarlas a todas, fuesen quienes fuesen, una vez que salían de mi campo de visión. Y bajo ninguna circunstancia recordaba sus malditos nombres. Siempre seguía la norma de «jódelas y olvídalas», y eso se aplicaba a modelos, actrices y famosas. Entonces, ¿por qué ella estaba adueñándose de mis pensamientos y haciendo que mi polla se moviera como un cable vivo?

Todo fue simplemente... inesperado; en el buen sentido.

En el momento en que la vi, su nombre se iluminó en un oscuro rincón de mi cabeza, donde estaba guardado desde que Chuck me habló de ella. Le eché la culpa a las flores; esas malditas habían hecho que la habitación oliera a cielo toda la noche y, de alguna manera conectaron con el recuerdo que tenía de ella. Lo cual, de nuevo, era sorprendente.

Pero a pesar de todo eso, no podía sacarla de mi mente. Ni siquiera era el tipo de chica que buscaba. No cumplía con el estándar de una modelo, sino que era lo bastante curvilínea como para despertar mi curiosidad, con senos absolutamente perfectos y caderas en las que un hombre podía clavar sus dedos. Rubia y de ojos azules, parecía la típica chica de un pequeño pueblo de Texas. El único problema era que, en un lugar así, cualquier paso que diese en ese sentido, se extendería como un incendio forestal. Además, iba a estar atrapado aquí durante los próximos dos días hasta que Hank terminase de devolverle la vida al vieja Chevy. No necesitaba que la gente me mirara con reproche donde quiera que fuese. Para colmo, los chismes llamarían la atención también de los reporteros y eso conllevaría que todo el puto mundo metiese la nariz en mi negocio, como siempre.

«No olvides que estás aquí para relajarte, no para perseguir coños».

Eso también.

Me recosté en la cama y me cubrí los ojos con el brazo, respirando el dulce olor de las flores que la chica de mis sueños había dejado allí para mí. Maldición, no iba a poder pensar en otra cosa si me quedaba por aquí. Necesitaba distraerme; cualquier cosa que me hiciera olvidar a Ashlyn y quedarme con la mente en blanco, centrarme en mi objetivo de llevar mi trasero a Booth y curar mi cuerpo agotado para poder volver al trabajo.

Me puse las botas, agarré mi billetera y me aseguré de tener suficiente efectivo para una comida antes de salir. «Suficiente efectivo». Divertidísimo. Tenía un fajo de billetes en mi cartera que podría ahogar a un caballo. Saqué cinco de veinte y me los guardé en el bolsillo. Al dejar mi habitación, casi me tropecé en el pasillo con una de las chicas de la limpieza, la que tenía reflejos rosados y grandes tetas.

—Lo siento, no te había visto —le dije.

—Está bien —sonrió y me miró de arriba a abajo con sus grandes ojos antes de detenerse en el bulto de mis *jeans*. Ella se lamió los labios, y pensé que la tenía en el bote, aunque no podía

tener más de diecisiete años, y estaba bastante seguro de que su padre, a pesar de ser tan amable como ella, tendría detrás de la recepción una escopeta cargada para tipos como yo.

«Estás aquí para relajarte, no para que te jodan el cerebro. ¡Recuerda eso!».

—Puedes tropezar conmigo cuando quieras —dijo la chica, y sentí una ligera punzada en mi entrepierna. Maldición, mi polla tenía vida propia, era como un misil en busca de calor. Podría detectar un coño caliente a una milla de distancia.

Forcé al monstruo a volver a su jaula. Ya podía ver los titulares: *El multimillonario magnate de la tecnología encarcelado por un delito de violación*. O también: *Dueño de un motel local absuelto de un homicidio justificable*.

Le dediqué una sonrisa rápida y me apresuré antes de revelar mis intenciones de forma involuntaria. Corrí a la oficina principal, donde Chuck todavía estaba enfrascado en su papeleo. Me miró con una expresión cansada y afable, y volvió a lo que estaba haciendo.

—Escucha —le dije, interrumpiéndolo—. Pensé en seguir tu consejo sobre ese restaurante. ¿Alguna sugerencia aparte de la hamburguesa?

Chuck dirigió la vista al techo y se rascó el barbudo mentón.

—El menú es bastante bueno, pero desde que el médico me dijo que tengo las arterias casi obstruidas, Martha me ha puesto una dieta estricta. No estoy seguro de cómo se come allí ahora. Pero no puedes equivocarte con las hamburguesas, son las mejores de la ciudad —rió entre dientes—. Demonios, son las únicas hamburguesas de la ciudad.

—Está bien —dije, frotándome las manos—. Pues me pediré una hamburguesa.

Se enderezó y arrojó el lápiz al mostrador.

—¿Necesitas que te acompañe? No me importaría tomarme un descanso en tratar de resolver estos malditos números.

Miré por encima del hombro hacia la ventana.

—¿Crees que puedo perderme?

Chuck sacudió la cabeza y se echó a reír.

—La ciudad es demasiado pequeña para perder algo, de verdad. Solo sigue tu olfato.

—Entonces, sigue tanteando esos números. —Le devolví la sonrisa—. Encontraré el camino.

En realidad, el pueblo era bastante pequeño. La calle principal apenas tenía la anchura suficiente para albergar dos carriles, y lo más probable es que el tráfico se congestionase solo con que alguien estacionase en una de las aceras. De todos modos, dudaba que eso pudiera ocurrir, dado el escaso número de habitantes. Las tiendas estaban en hileras unas al lado de las otras, tan pequeñas, que podrían pasar por quioscos. En ninguna había más de dos clientes a un tiempo y, mientras caminaba frente a ellas, todas las cabezas se giraron para mirar al nuevo chico en la ciudad.

La verdad es que este era un buen sitio para escapar de todo.

Ahora entendía la nula reacción de Chuck al no querer decirle mi apellido o por pagar en efectivo. Me pregunté cuántas personas se habrían alojado en su motel durante semanas para huir de su vida, sin preocuparse por ser encontrados. Ludwig ciertamente tenía su encanto de pueblo pequeño, y lo más seguro es que no recibiese demasiadas visitas de forasteros. En especial, de uno como yo.

Eso explicaba que todos me mirasen con suspicacia.

Encontré el restaurante con facilidad, y me aparté un poco de la calle principal para rodear dos camiones que estaban aparcados uno al lado del otro. La música que sonaba en el bar de Joel podía escucharse desde fuera, y me pregunté cuántas personas estarían dentro a esas horas del día.

En realidad, el hecho de que cualquier negocio estuviese abierto me sorprendió. La población no pasaría de doscientas o trescientas personas, como mucho. Booth era un pueblo pequeño, pero Ludwig no era más que un punto en un mapa que ni siquiera merecía un semáforo en Main Street.

Entré en el restaurante, el pequeño timbre sobre la puerta atrajo la atención de todos hacia mí. Aparte de la chica detrás de la barra y dos invitados, el lugar estaba vacío. Desde el interior de la cocina, un suave chisporroteo se escapaba través de la pequeña ventana, y el aroma de algo frito se extendió por el restaurante.

Moví la cabeza a modo de saludo en dirección a los presentes, y me detuve en uno de los taburetes junto al mostrador. La chica que lo atendía reprodujo una sonrisa que revelaba su falta de sueño, y me pasó el menú sin dejar de mascar chicle.

—Chuck dice que ustedes hacen las mejores hamburguesas de la ciudad —le dije, devolviéndole el menú.

La chica asintió.

—Demonios, señor, hacemos las únicas hamburguesas de la ciudad. No hay mucho donde comparar.

—Entonces, tomaré una, y también aros de cebolla.

Ella hizo el pedido por la ventana de la cocina, y luego colocó una taza de café frente a mí.

—¿Nuevo en la ciudad? —me preguntó, mirándome como si fuera la última adquisición del zoológico local.

—¿Cómo lo ha sabido? —dije con ironía.

—Se aloja en casa de Chuck, ¿verdad?

—Es el único motel de la ciudad —le respondí—. Es un gran tipo.

—¿Ha venido por negocios o por placer?

—Por ambos.

—¿Y tiene familia aquí?

Tomé un sorbo de café.

—Ustedes no reciben muchos turistas, ¿no es cierto?

Ella me sonrió, hizo una burbuja con su chicle y dejó que explotara.

—Enseguida estará su hamburguesa.

—Gracias.

El timbre de la puerta sonó de nuevo y me di la vuelta justo cuando Ashlyn entraba. Al verme, se detuvo en seco, dudó un momento y luego sonrió con torpeza.

Iba a costarme trabajo sacármela de la cabeza.

—Cuando te dije que nos veríamos por ahí, no esperaba que fuese tan pronto —declaré mientras se acercaba.

—No hay tantos lugares a donde ir —dijo ella—. Es un pueblo pequeño.

—Ya he escuchado eso varias veces —sonreí—. ¿Lo tenéis como una especie de lema? «Bienvenido a Ludwig, somos un pueblo pequeño. Los tropiezos están asegurados».

—Eso es sarcasmo urbanita, ¿me equivoco?

Me reí. *Touché*. Esta chica era divertida.

—¿Te importa si me uno a ti? —me preguntó subiéndose al asiento de mi lado.

—Por favor, agradecido por la compañía —respondí—. Parece un lugar bastante difícil para hacer amigos.

—¿Por qué dices eso?

—Todos me miran como si fuese un cadáver ambulante o algo parecido.

Ella rio.

—Es porque eres un extraño. Somos bastante desconfiados.

—¿Por ese motivo hacéis tantas preguntas?

—Precisamente. Me guiñó un ojo y luego le dirigió el mismo gesto a la camarera.

—Hola, Susan, ¿cómo está tu madre?

La aludida masticó su chicle y se encogió de hombros.

—Demasiado viva para mi gusto. —Ashlyn se rio—. No le cuentes que te he dicho eso — agregó Susan con una mueca.

—Mis labios están sellados.

Mientras escuchaba su animada charla, recordé la época en que Ridder Technology todavía era una empresa pequeña con solo un puñado de empleados trabajando codo con codo, día tras día. Todo era mucho más personal por aquel entonces, mucho más cercano. Éramos como una pequeña familia, nos preocupábamos por los demás, por la compañía y por su éxito, que nos beneficiaría a todos por igual. Repasé en mi memoria cada una de las personas que trabajaban a mi lado, sus familias, sus problemas, sus momentos felices. Había invitaciones a barbacoas, fiestas con cerveza cuando conseguíamos un nuevo cliente y noches de insomnio cuando la esposa de uno de los chicos daba a luz.

Ahora, ni siquiera sabía el nombre del guardia de seguridad al que veía cada mañana, todos los días, al entrar y salir del edificio. Había olvidado lo cálido que había sido todo en el pasado, en comparación con el frío edificio de acero y vidrio espejado que ahora representaba toda mi fortuna. No podía recordar la última vez que me reuní con los nuevos empleados para compartir con ellos historias de éxito de Ridder Technology, como solía hacer.

Todo se había expandido demasiado rápido y más allá de mi control. Supongo que debería alegrarme de que las cosas marchasen bien. Gracias a Dios, tenía a Dennis.

—Entonces, ¿cómo vas a envenenar a mi nuevo amigo? —preguntó Ashlyn, interrumpiendo mis pensamientos.

—Ha pedido una hamburguesa —dijo Susan—. ¿Quieres tú otra?

Ashlyn me miró y entrecerró los ojos, sonriendo.

—Déjame adivinar, ¿Chuck te ha recomendado una hamburguesa?

Me reí.

—Dijo que era el mejor de la ciudad.

—Bueno, no estaba equivocado —respondió Ashlyn—. Otra para mí también, Susan. Con patatas fritas.

La camarera gritó el pedido otra vez por la ventana, y luego salió de detrás de la barra para atender a uno de los clientes. Tomé un sorbo de café y saqué un cigarrillo. Lo sostuve nervioso entre mis dedos sin encenderlo. Era mi forma de apaciguarme.

—Un hábito desagradable —afirmó Ashlyn.

La miré, luego miré el cigarrillo, y me encogí de hombros.

—Me gusta fumar.

—No entiendo por qué —dijo ella—. Huele horrible y sabe aún peor. ¿Alguna vez has besado a un fumador? Es como pegar tus labios en un cenicero. Es asqueroso, asqueroso, asqueroso... — repitió.

¿Estaba diciendo que nunca iba a besarme? Bueno, ahora tenía un incentivo para dejarlo.

Ella continuó despotricando.

—Sin mencionar que embota tus papilas gustativas por completo. ¿Cómo vas a disfrutar de la

mejor hamburguesa de la ciudad después de meterte eso en la boca?

—No se puede fumar aquí —anunció Susan, regresando con una cafetera vacía—. Ordenanza de salud del estado. Hágalo fuera o guárdelo.

—Lo guardaré —dije con una sonrisa mientras ambas me observaban—. Lo tomaré de postre.

—Eso te matará —agregó Ashlyn, sacudiendo la cabeza—. Espero que no estés apestando la habitación con el humo. A las flores no les hace ningún bien ese veneno en el aire.

—Tus flores están perfectamente, ¿de acuerdo? —reí—. Huelen increíble, tienes mi palabra.

—Eso dices tú —replicó ella—. Sigue ahogándolas y me olvidaré de reemplazar las flores mañana.

Sonreí y tomé otro sorbo de café. Ya podía olerse el dulce aroma de los aros de cebolla frita proveniente de la cocina.

—Entonces, ¿haces eso a diario? —le pregunté.

Ashlyn extendió la mano sobre la barra, agarró su taza y la llenó con el contenido humeante de la cafetera que Susan había puesto en el calentador en el mostrador.

—¿El qué? ¿Las flores?

—Sí.

—Claro —dijo ella tomando un sorbo y apartando un mechón de cabello de sus ojos. Los rizos dorados cayeron alrededor de su cara, enmarcándola y haciendo que sus ojos destacasen.

—Chuck me las compra a granel, siempre y cuando las mantenga frescas todas las mañanas. Sé que lo hace solo para ayudarme ya que era el mejor amigo de mi padre. No hay mucha demanda de flores frescas en Ludwig.

—Me dijo que te encargas de todo el cultivo —dije.

—Sí —asintió lamiéndose los labios. Observé su lengua rosada entrar y salir—. Construí un invernadero detrás de mi casa.

—¿Tú lo construiste?

Ashlyn se echó a reír.

—Bueno, pagué para que lo hicieran.

—Ah, pensé que eras un manitas de aspecto extraño. —Me reí.

Levantó los brazos y agitó los dedos. Había un acre de tierra debajo de sus uñas astilladas.

—¿Estás diciendo que no puedo ensuciarme las manos?

—Oh no, solo que parece ser una chica de muchos talentos —le dije con una sonrisa—. ¿Y cómo de grande es tu invernadero? ¿Cómo lo mantienes caliente? —Me pregunté si ella entendería el significado oculto de mis palabras.

—Es lo suficientemente grande —respondió con una sonrisa tímida—. Y bastante caliente.

—Quizás deberías expandir tu territorio fuera de la ciudad para conseguir más clientes.

—¿Insiste en darme consejos sobre mi negocio, señor Sabático? —me preguntó con la barbilla apoyada en su mano—. Pensé que te estabas tomando un descanso.

Realmente, esta chica comenzaba a gustarme.

—Solo digo... —Me encogí de hombros—. A veces me cuesta desconectar el cerebro. —Pero la sangre corría a otra parte de mi cuerpo mientras la miraba a los ojos.

—Tengo el mismo problema a veces —dijo riéndose—. Parece que quieres convertir mi invernadero en una auténtica factoría floral.

Tomé un sorbo de café y dejé que mis hombros subieran y bajaran.

—Creo que una pequeña empresa puede convertirse en otra mucho más grande con la planificación y orientación correctas. ¿Qué dimensiones tiene ese invernadero tuyo?

Ella me miró un momento, mordiéndose el labio inferior mientras sus ojos buscaban los míos.

—Ya que pareces tan interesado, ¿qué tal si te llevo a verlo por ti mismo cuando terminemos de comer? Te dejaré después en el motel, solo porque soy agradable.

—¿El viejo encanto de Ludwig? —pregunté.

Ella me guiñó un ojo.

—Ni te lo imaginas.



Ashly subestimó groseramente el tamaño de su pequeño invernadero.

Terminamos nuestra comida, —la hamburguesa no era la mejor que hubiese probado nunca, pero era comestible—, y Ashlyn me condujo hasta su casa en una vieja camioneta que hacía que la mía pareciera nueva. Unos extraños sonidos retumbaron bajo el capó, y la maldita cosa tembló y se sacudió de una forma que me hizo pensar que iba a explotar en cualquier momento.

Sin embargo, pasar tiempo a solas con Ashlyn valía la pena el riesgo.

Ashlyn vivía en una gran casa victoriana que encajaba perfectamente con el área circundante. Casi podía imaginar a una pequeña familia viviendo allí, pasando el día, con acres de tierras de cultivo detrás. Era pintoresca, y supe casi de inmediato que el cielo estaría despejado durante la noche, con brillantes estrellas agrupadas en constelaciones, que casi podrían tocarse con los dedos.

El invernadero era casi tan grande como la casa principal, ubicado a una docena de metros de distancia en la parte trasera, conectado con todo tipo de bombas, tuberías y cables. Habría parecido una casa de una película de Frankenstein si no fuera por el espléndido surtido de verdes de su interior.

Ashlyn me hizo pasar adentro, y al instante me envolvió una mezcla de aromas emitidos por todas las plantas a mi alrededor. Las flores adornaban cada espacio, los arbustos se doblaban unos sobre otros y, en algunas áreas, las enredaderas se habían arrastrado hasta el techo y habían formado una alfombra de pétalos de colores en un fondo verde. Me sentí como si hubiese salido de Texas para adentrarme en los bosques de Nueva Inglaterra. Todo aquello me dejó sin aliento.

—Jesús —susurré.

—No está mal, ¿eh? —dijo Ashlyn detrás de mí.

Me di la vuelta justo cuando ella se había inclinado sobre una de las macetas, consiguiendo que su cabello dorado cayera sobre su cara como una cortina. Cuando se giró hacia mí, sentí que mi corazón daba un vuelco.

«Joder, hombre, tienes un problema».

Silbé y volví mi atención al maravilloso mundo que me rodeaba.

—No está mal es todo un eufemismo —aseguré.

Ella sonrió ante eso y miró a su alrededor.

—También ha significado mucho trabajo.

—Apuesto a que sí —respiré—. ¿Cuánto costó todo esto?

—Bueno, digamos que necesito suministrarle flores a Chuck todos los días si quiero comer —sonrió Ashlyn.

—Mi idea no suena tan mal entonces, ¿verdad?

Ashlyn se echó a reír y sacudió la cabeza. Pasó junto a mí y me hizo señas para que la

siguiera. Me guio a través de hileras de plantas y flores, deteniéndose en ocasiones junto a algunas para hacerme saber cuáles eran, mientras observaba mi reacción. Sin embargo, debí decepcionarla, porque no fui capaz de identificar ninguna. Aun así, admiré el invernadero en su conjunto. Era como si hubiese creado aquí su propia pequeña selva tropical.

—Las flores están más abajo, en la parte posterior —explicó—. Pero no creo que tengamos que llegar hasta allí. Quiero decir, de todos modos, puedes verlas en el motel.

—Ashlyn, estoy muy impresionado —le dije—. Nunca había visto nada como esto. Ella frunció el ceño.

—Suponía que habrías visto muchos, y seguro que mi invernadero no es para tanto.

—¡¿Bromeas?! —exclamé—. Solo la devoción que has puesto aquí ya es para impresionarse. Has debido de invertir mucho tiempo y esfuerzo. Yo ni siquiera me acuerdo de regar las plantas de casa. Si no fuera por Pauline, ya se habrían muerto.

—¿Pauline?

«Mírate», pensé, encogido por haber mencionado a mi doncella.

—Mi hermana —mentí, preguntándome si llegaría el caso de tener que explicar por qué no tenía fotos de mi hermana imaginaria.

Ashlyn asintió con la cabeza.

—Bueno, dile a Pauline que aprecio sus esfuerzos —dijo—. Odio cuando alguien compra una planta y no puede cuidarla.

—Al fin y al cabo no son una mascota —puntalicé.

Ashlyn me miró con los ojos muy abiertos y se dio una palmada en el pecho con fingida sorpresa.

—¿Cómo puede decir eso, Sr. Sabático? —jadeó, riendo solo un segundo después, incapaz de mantenerse seria—. Con toda honestidad estoy segura de que si las considerases unas mascotas, probablemente actuarías de manera diferente con ellas. También están vivas, ¿sabes?

—Si no pueden jugar a atrapar o ronronear cuando las rasco, entonces no son una mascota. — Me reí entre dientes.

—Está bien, ¿sabes qué? Sal de mi invernadero —rio, empujándome de broma hacia las grandes puertas dobles de vidrio.

—¡Oye! —me quejé.

—Si pudieran reaccionar a lo que acabas de decir, ya estaríamos muertos —dijo Ashlyn—. Y con una desgracia es suficiente.

—Está bien, está bien —me reí con ella y dejé que me llevase hacia la luz brillante del crepúsculo.

Ella me invitó a tomar un vaso de té helado, y pasamos la mayor parte de la tarde en su porche, riendo, bebiendo y sin hablar de nada en particular. Fue uno de los mejores momentos que he tenido en mi vida, y cuando el sol comenzó a ponerse, ambos acordamos que ya era hora de que volviese al motel.

—No quiero que Chuck se preocupe —bromeé.

Mientras ella conducía, estuvo casi todo el trayecto en silencio, excepto para hacerme alguna pregunta a la que yo contestaba con vaguedad. Al llegar al motel, se dirigió a la parte trasera de su camioneta, sacó un macetero de debajo de la lona, y me lo entregó.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Considéralo un pequeño gesto de bienvenida —dijo—. Ya sabes, para que puedas recordar a Ludwig cuando regreses a tu gran ciudad.

—¿Qué es?

—*Echinomastus warnockii* —me respondió con una sonrisa.

—*Echino...*, ¿qué demonios?

Ashlyn se rio

—Un cactus de piña de Warnock.

Hice una mueca.

—Bueno. Gracias, supongo.

Ashlyn volvió a reír y me dio una palmada en el brazo.

—La flor, cuando florece, es hermosa. Y es un cactus, así que no lo matarás si olvidas regarlo unos días.

—Creo que sí podré con esto.

—Correcto —sonrió Ashlyn, subiendo de nuevo a su furgoneta—. Buenas noches, Sabático. Te veo en la mañana.

Saludé con la mano cuando se marchó, tintineando y haciendo ruido mientras desaparecía por el camino.

## Capítulo 8 – Ashlyn

En el momento en que llegué a casa, me dirigí directamente al invernadero. Necesitaba mantenerme ocupada, distraerme del recuerdo de Chance. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido una conversación adecuada con alguien y, aunque el hombre era literalmente un extraño, hablar con él casi había sido como hacerlo con un viejo amigo.

Fui a buscar las flores en la parte de atrás, tomé mi agenda y anoté las que llevaría al motel al día siguiente. Mi mente seguía fantaseando con Chance, una parte de mí se preguntaba si tal vez debería cambiar los lirios de su habitación por algo un poco más colorido. Tal vez un aroma más fuerte, si es que iba a seguir fumando allí.

«Algo en lo que no deberías pensar».

Por supuesto que no. Sacudí la cabeza y traté de concentrarme en la tarea en cuestión y, al cabo de unos minutos, me di cuenta de que había arruinado el pedido por completo. Suspiré frustrada, arranqué la lista de verificación de mi libreta y comencé de nuevo. Necesitaba mantener la cabeza fría. No había ninguna razón lógica para que pensara en ese tipo, especialmente, porque sabía que se habría marchado en un par de días.

¿Y si convenciese a Hank para que fuese más lento con la reparación?

Estúpida. Muy estúpida. Desmenucé la segunda lista después de haber anotado dos docenas de flores que ni siquiera tenía. Esto empezaba a ser ridículo. Claro que él era muy sexy. Los ojos, la mandíbula, la forma en que me miraba cuando hablaba, pendiente de cada una de mis palabras. Y el hecho de que no hubiese clavado la vista más abajo, era definitivamente una ventaja.

Y Dios mío, además era inteligente. Me había encontrado con una buena cantidad de hombres guapos que no tenían nada más que una bombilla encendida. Pero Chance era diferente. Intelectual. Sabía de libros y de historia, por lo que parecía sacado de un anuncio sobre la cita perfecta para un sábado por la noche. Y también tenía sentido del humor. Un poco sarcástico, pero era lo bastante divertido como para mantenerme sonriendo toda la tarde.

Y lo echaba de menos. Habíamos estado mucho tiempo juntos, demasiado tiempo, de hecho, y todas esas horas transcurrieron como en un sueño. Como si de alguna manera me hubiese quedado dormida en el motel y nada fuera real. Me despertaría en cualquier momento, me daría cuenta de que solo había sido una fantasía, y que el extraño de la habitación número siete era el idiota de turno que siempre se fija en los senos o el culo.

Solo que eso no iba a suceder, ¿verdad? No iba a despertarme pues no estaba soñando.

Dejé a un lado el sujetapapeles, me apoyé en la mesa de trabajo y suspiré. Me aparté un mechón de pelo de la cara y me pasé la mano por la frente, masajeándome el cuello con suavidad. Si no tenía ningún encargo urgente, podría descansar una noche. Un buen libro y la comodidad de mi cama. Eso es lo que necesitaba.

Y no pensar en Chance, maldita sea.

Chance Sabático. Me di cuenta de que nunca le había preguntado su apellido.

«¿Cuál es su historia, señor Sabático?», me pregunté mientras entraba en casa, me quitaba los

zapatos y rebuscaba en la cocina buscando algo para picar. Todavía quedaba un poco de té helado, y me serví un vaso antes de subir las escaleras con mi libro.

Me desnudé despacio, cerré los ojos y mi mente elaboró imágenes de las manos de Chance quitándome la ropa. Sentí que me recorría un ligero escalofrío con solo pensarlo, y rápidamente borré la imagen. Me metí en la cama, encendí la luz de la lamparita de noche y comencé a leer *Los puentes de Madison County*.

*La esposa del granjero había decidido acostarse con el fotógrafo que estaba de paso...* Aquellas palabras devolvieron mis pensamientos a Chance.

Esto es ridículo.

Pero me resultaba difícil olvidarlo.

Me giré en la cama, me cubrí con las mantas y cerré los ojos, tratando de concentrarme en nada más que el sonido de mi propia respiración.

«Él solo va a estar aquí unos días. No te dolerá, ¿verdad?».

No tenía ni idea, pero no había una sola parte de mí que estuviera dispuesta a averiguarlo. Mi tiempo con Earl me había alejado de todos los hombres, e incluso la idea de salir con alguien, o eventualmente dormir con alguien, me hizo estremecer. Earl no solo había sido un marido terrible, sino un amante aún peor. Se trataba de él, todo el tiempo, y no podía contar la cantidad de veces que esperé hasta que se durmiera para poder terminar todo lo que no me permitía hacer. Era como dormir con una tabla de madera que tenía una extensión golpeando dentro de mí.

Sin embargo, sentía que todo podría ser muy diferente con Chance. Con ese último pensamiento en mi cabeza, me quedé dormida.



Me desperté con el sonido de unos golpes en la puerta de mi casa. La pura agresividad me hizo saltar de la cama, busqué con rapidez una camisa y unos pantalones cortos, con la esperanza silenciosa de que nadie viniese a darme malas noticias. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y mi mente voló de inmediato hacia Chuck y Martha. ¿Habría ocurrido algo en el motel?

Cuando oí a Earl gritar desde fuera, mi preocupación se alivió.

Pero solo un poco.

¿Qué demonios estaba haciendo él aquí?

Bajé las escaleras y me detuve a mitad de camino, consciente de que un Earl enojado nunca podía significar nada bueno. Pensé en llamar al *Sheriff*, pero luego recordé que no serviría de mucho. Solo se presentaría aquí para pedirle a Earl que se fuera a casa. La orden de alejamiento era inútil cuando se lanzaba contra el dinero de Greene.

Aun así, eso era mejor que nada.

Caminé de puntillas y me dirigí al teléfono. Earl continuó con su ráfaga de gritos y golpes.

—¡Abre esta jodida puerta, Ashlyn! —aulló—. ¡Ábrela o juro por Dios que la echaré abajo!

El teléfono sonó varias veces antes de que el ayudante lo descolgase. Le conté con rapidez lo que ocurría, sin dejar de vigilar la puerta principal. De pronto, Earl comenzó a arrojar su peso contra ella.

AGENTE: Aguanta, Ashlyn, enviaré a alguien ahora mismo —me dijo justo cuando Earl consiguió su objetivo, al estrellarse contra la pared con tanta fuerza que el cristal se rompió.

Earl tenía la cara roja, las fosas nasales dilatadas y los ojos muy abiertos y salvajes. Le llevó

unos segundos darse cuenta de que solo estaba a un par de metros de él, y luego se acercó.

—¡Maldita puta! —gritó—. ¿Quién era ese tipo, eh? ¿A quién diablos llevabas por la ciudad? Earl me agarró del brazo y lo empujé hacia atrás con fuerza, consiguiendo liberarme.

—¡Vete a la mierda! —grité también—. ¡Voy a poner tu penoso trasero entre rejas por esto, hijo de puta!

Earl trató de atraparme de nuevo, pero me escabullí, corriendo hacia la sala de estar para poner algo de espacio entre nosotros. Solo necesitaba ganar tiempo. El *sheriff* estaría aquí en cinco minutos, tal vez menos, y tuve la seguridad de que con Earl dentro de mi casa, esta vez no habría excusas para no arrojarlo a una celda.

Earl se abalanzó hacia mí, sus dedos se apretaron alrededor de mi codo y me atrajeron hacia él. Su aliento apestaba a alcohol y cigarrillos, y sentí que iba vomitar por el hedor.

—¿Quién es él? —escupió Earl—. ¿Te creías que ibas a ir por ahí con un hombre sin que yo me enterase? ¿Creías que podrías engañarme así, maldita perra?

—¡Suéltame! —Le propiné una fuerte patada, pero eso solo lo enojó aún más.

—¿Crees que voy a permitir que me pongas en ridículo? —Su voz retumbó en el pequeño espacio—. ¿Qué voy a consentir que la gente diga que no puedo controlar a mi mujer?

—¡No soy tu mujer, maldito gilipollas!

—¡Siempre serás mi maldita mujer! —Su mano giró con rapidez, y mi mejilla se encendió al instante por la bofetada. La dureza del golpe hizo que me tambalease y caí al suelo con un jadeo. Me agarró del pelo, me levantó y, cuando intenté defenderme, me abofeteó de nuevo.

—¡Estás completamente loco! —le grité, con la mente acelerada y la cabeza dando vueltas.

«Esto es bueno. Está cavando su propia tumba», pensé.

Pero ¿a qué precio? Me palpitaba la mejilla y podía sentir la sangre en mi boca. Debí de haberme mordido el labio. Tenía un vago dolor en la parte posterior de la cabeza donde me había tirado del cabello, y mi brazo ya estaba comenzando a hincharse.

Y él no cedía lo más mínimo. Me agarró por la cintura y me arrojó al sofá. Antes de darme cuenta de lo que sucedía, me aplastó con su peso. Su boca estaba a escasos centímetros de mi cara, el hedor de su aliento llenó mis fosas nasales y me hizo vomitar.

—¿Qué pasa, eh? —preguntó, y noté algo duro presionando contra mi muslo. ¿En serio?

—¡Bájate! —ordené. Traté de alejarlo, pero me sujetó las manos sobre la cabeza, apartándose de modo que no pudiera darle donde más le dolería.

—¿Echas de menos la sensación de una polla dentro de ti? —siseó—. ¿Es eso, pequeña puta? ¿Es eso lo que necesitas? ¿Una buena polla dura para hacerte sentir mejor?

Luché contra su agarre, pero era demasiado fuerte, y el hecho de que estaba borracho solo empeoró las cosas. Él había perdido cualquier tipo de raciocinio y autocontrol, y a mí solo me quedaba tener que lidiar con la basura que era mi exmarido.

—Puedo darte eso, ¿sabes? —Me lamió la mejilla y me retorció contra él—. Puedo hacerte gritar de nuevo, como en los viejos tiempos.

—¡Nunca me hiciste gritar, joder!

Me abofeteó de nuevo, esta vez con tanta fuerza que sentí que me desmayaría por completo. Lo único que me mantuvo consciente fue el sonido de ropa rasgada y el aire frío sobre mis pechos desnudos, al mismo tiempo que sus manos tiraban de mis pantalones cortos, tratando de arrancarlos.

Mi antiguo yo, la niña dócil que le tenía miedo a su sombra, simplemente habría apretado los dientes y dejado que se saliera con la suya. Pero ya no lo haría, no este nuevo yo. ¡Este cabrón no

volvería a abusar de mí sin que le costase una buena pelea!

Pateé, rápido y fuerte, sin importarme dónde ni cómo. Sin embargo, el grito de dolor de Earl fue suficiente para hacerme saber que le había dado en el lugar correcto.

Se cayó y rodó a un lado, agarrándose la entrepierna con las dos manos, sin dejar de llamarme perra estúpida. Me aparté de él, y deseé que de alguna manera el sofá me tragara por completo y me mantuviera a salvo hasta que llegase la policía. La sirena a todo volumen en la distancia todavía parecía estar muy lejos.

Miré mi camisa, rota por la mitad, y los pantalones cortos que ahora estaban casi alrededor de mis rodillas. ¡Iba a violarme!

Un estallido de ira me atravesó. Me subí los pantalones y me puse en pie—. ¡Maldito gilipollas! —grité y le di una fuerte patada en las costillas—. ¡Maldito hijo de puta!

No sé cuánto tiempo lo pateé, pero no pudieron haber pasado más de unos segundos, porque, antes de estar completamente satisfecha, unos brazos me envolvieron y me alejaron. Seguí dando patadas en el aire, aullando a todo pulmón para que me soltaran. Quería matarlo. Quería machacar esa cara engreída hasta que no quedara nada más que una máscara sangrante con la forma de mi pie.

—¡Cálmate, Ashlyn, ya lo tenemos! —El agente gruñó en mi oído, luchando por mantenerme alejado de Earl, mientras este estaba acurrucado hecho una bola en el suelo y sangrando por la nariz.

No me tranquilicé. Ni por asomo. Me dirigí a Earl de nuevo, gritando con rabia renovada, pero me empujaron hacia atrás y me sujetaron con fuerza. Vi con frustración cómo un segundo ayudante se arrodillaba y comprobaba el lamentable estado de mi exmarido.

—Se acabó, Ashlyn, nosotros nos ocupamos —oí que me susurraban al oído—. No puede hacerte ningún daño.

Cuando el segundo oficial le dobló los brazos a Earl detrás de la espalda y lo esposó, por fin me tranquilicé y rompí a llorar.

## Capítulo 9 – Chance

—¿Ella aún no ha llegado?

Giré la cabeza. Chuck sostenía una taza de café y un plato de pastel.

—Gracias —le dije—. ¿Quién no ha llegado aún?

Chuck sonrió a sabiendas y sacudió la cabeza.

No podría haber sido más obvio, ahora que lo pienso. Me había despertado temprano, sabiendo que Ashlyn solía hacer sus rondas alrededor de las diez, y había estado esperando pacientemente su llegada en la oficina.

Me había divertido mucho el otro día. Esperaba invitarla a desayunar, y tal vez convencerla de que me mostrara un poco más el lugar. La verdad era que no podía importarme menos Ludwig, y hacer turismo no me llevaría más de veinte minutos, como máximo. Seguro que podría atravesar toda la ciudad y volver al motel antes de que ella terminase de reemplazar las flores. Ansiaba su compañía, quería estar con Ashlyn fuese como fuese.

Miré mi reloj, el Timex barato que mi madre me había regalado al graduarme en la escuela secundaria, y miré a la carretera que conducía al motel mientras sorbía poco a poco el café. Era extraño anticipar tanto la llegada de alguien. La última persona que me había hecho esperar, fue la CEO de una pequeña empresa que habíamos comprado hacía unos años, y solo esperé porque estaba como un tren.

Pero esto era diferente. Ni siquiera pensaba en Ashlyn de esa manera, lo que ya de por sí era sorprendente. Todo lo que quería era tomar una taza de café y hablar. Aunque me pareciese algo tonto, eso no me hizo cambiar de actitud. Si Alice pudiera verme ahora, sin duda me preguntaría dónde había dejado mis pelotas.

—¿No es puntual siempre? —le pregunté a Chuck, sin tratar de ocultar mi ansiedad.

Este se echó a reír.

—No tiene una hora fija para llegar —respondió—. Ya debería de estar aquí, pero no me extrañaría que decidiese saltarse un día. A veces, te levantas y no tienes ganas de hacer nada.

Sin embargo, eso no iba con Ashlyn. Ayer estaba llena de vida, lista para enfrentarse a todo y a todos. No, ella no era así. Por supuesto, tampoco es que la conociese del todo, y puede que hoy hubiese decidido relajarse. Aun así, me pareció raro.

—Si le hace sentir mejor, puedo llamarla —ofreció Chuck.

—No, no importa —contesté, solo por disimular.

—La verdad es que tiene razón —dijo Chuck, sacando el móvil y deslizando el dedo por la pantalla—. Martha lo haría, así que no pasa nada por comprobarlo.

Me puse de pie, acabé mi café y salí a encender un cigarrillo, pero me detuve con el mechero en la mano. El único otro inquilino en el motel había aparecido hoy, sentado junto a la piscina, garabateando apresuradamente en una libreta en su regazo. Jugué con la idea de ir a nadar para matar el tiempo antes de pasar por el restaurante.

—Hey —Chuck asomó la cabeza por la puerta—. No contesta. Supongo que todavía estará

durmiendo.

Traté de mostrarme indiferente, pero empecé a preocuparme un poco, aunque no sabía por qué. ¿Me estaba enamorando de esta chica?

—Creo que iré a ver a Hank —dije—. Me gustaría averiguar cómo va con la reparación.

—¿Tiene prisa por salir de aquí? —Chuck sonrió.

—No, en absoluto. —Me reí entre dientes—. Pero tengo que ponerme en marcha si quiero hacer esa reunión en Houston.

Chuck solo asintió y desapareció de nuevo en la oficina. Metí de nuevo el cigarrillo en el paquete y fui en busca de Hank.



—¿Ya han pasado dos días? —preguntó Hank cuando entré en el pequeño taller. Tenía el capó de la Chevy levantado, pero el verdadero trabajo parecía estar en un viejo Ford Fairlane estacionado a un lado. Las herramientas cubrían el suelo a su alrededor, y el motor colgaba peligrosamente sobre el capó, equilibrado en cadenas que parecían gruñir en protesta.

—Solo quiero saber cuánto falta para poder llevarme mi furgoneta —le dije.

Hank se limpió las manos en el mono y se dirigió a un escritorio en la esquina. Sus dedos volaron sobre el teclado a un ritmo impresionante, y las ventanas aparecieron y se cerraron con un flash en la pantalla.

—Debería estar aquí mañana —anunció entrecerrando los ojos mientras leía la factura—. Como dije, UPS viene una vez por semana, pero puedo coger mi camioneta y recogerla si tiene prisa.

—No la tengo —respondí—. Está bien así.

—¿Está disfrutando de su estancia? —Hank se dejó caer en la silla frente al ordenador y usó un trapo grasiento para limpiarse el sudor de la frente. Aunque afuera hacía calor, el garaje en sí parecía un horno, y podía sentir las gotas de sudor bajando por mi espalda.

—Por ahora sí. —Sonreí, y un pensamiento repentino me golpeó—. Ese camión suyo, ¿lo necesita durante las próximas horas?

—¿Piensa hacer un viaje por carretera, señor Ridder?

Moví la cabeza negativamente.

—Quiero ir a ver a una amiga —expliqué—. No se ha presentado hoy a trabajar, y estoy un poco preocupado.

Hank me miró de reojo por unos segundos, luego asintió y me arrojó un juego de llaves.

—Da sacudidas al encender el contacto, así que tenga cuidado —dijo.

—Gracias, Hank.

—No hay problema, me alegra que haya hecho amigos tan rápidamente. Me despedí y salí del taller.



Conduje hasta la casa de Ashlyn de memoria, aunque sabía que, si me detenía para pedir su

dirección, me indicarían la ruta correcta. Sin embargo, no quería hacerlo. Tan pronto como dejé la carretera principal y logré encontrar el sendero de tierra con el marcador rojo, fui derecho hacia mi destino.

Su camioneta estaba estacionada a un lado de la casa, con la lona retirada y la parte trasera vacía. Me detuve junto al vehículo y miré a través del parabrisas hacia el invernadero, con la esperanza de verla allí dentro. Las plantas me impedían distinguir algo, pero, de cualquier manera, la puerta estaba cerrada, con el candado colgando del exterior.

Quizás Chuck tenía razón. Ella todavía estaría dormida.

«Pero no pasa nada por asegurarme, ¿o sí?», me pregunté mientras salía de la camioneta y cerraba la puerta detrás de mí, esperando que el sonido anunciara mi llegada antes de llegar a la puerta principal.

Apenas había alcanzado el porche cuando ella atravesó el umbral, dejando que la puerta se cerrase sola. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el pelo le caía sobre la mitad de la cara. Estaba preciosa, a pesar de que su sonrisa parecía un poco forzada y no le brillaban los ojos tanto como el otro día.

«Te estás pasando, maldito idiota, tal vez ella no quería verte hoy. ¿Por qué actúas como un pringado de secundaria?».

—Hola —saludé, deteniéndome al pie de los escalones del porche.

—Buenos días, Sabático —bromeó, aunque pude ver que su tono no era genuino. Ella trataba de ser amable, y me sentí como un tonto.

«Date la vuelta, regresa al motel y recuerda que son las mujeres quienes te persiguen, no al revés».

Ignoré la voz en mi cabeza. No sabía qué me estaba ocurriendo. Tal vez era porque había disfrutado de su compañía, o quizás porque necesitaba un amigo que no me molestase por ser rico. De cualquier modo, supe que la habría perseguido hasta los confines de Texas si hiciera falta.

Lo cual era molesto de reconocer, aunque solo un poco.

—Buenas tardes, en realidad —le respondí. Te eché de menos en el motel esta mañana. Pensé que te vería allí.

Ella sonrió, esta vez con sinceridad.

—¿Has venido andando? —preguntó.

—Hank me prestó su camioneta.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Hank ha hecho eso? ¿En serio? —Ella sacudió la cabeza—. Debes de caerle muy bien.

—Supongo —dije—. Parece que te estás tomando tu porción de año sabático —añadí, directo a lo que me interesaba saber.

Ella se encogió de hombros.

—No tenía ganas de trabajar esta mañana.

—¿Te apetece un café, entonces? —pregunté—. Yo invito.

Ella me miró, se meció sobre los pies y se mordió el labio. El silencio duró lo suficiente como para hacer las cosas incómodas.

—¿Ashlyn?

Vi la lágrima que se deslizó por su mejilla antes de que ella pudiera limpiársela, y subí las escaleras en dos zancadas, sosteniéndola por los brazos—. ¿Qué pasa?

Ella apartó la vista. Su labio inferior tembló ligeramente mientras se lo mordía con fuerza e intentaba mantener la compostura. Intenté que me mirase, y fue entonces cuando descubrí el

moretón de su mejilla. Fruncí el ceño y le eché el cabello hacia atrás. Ahora me daba cuenta de que sus rizos no le cubrían el rostro por casualidad.

Se apartó de mí con rapidez y volvió a taparse el moretón con el cabello.

—¿Eso es lo que creo que es? —le pregunté.

—No es nada.

No podía imaginarme qué le podía haber ocurrido. Parecía el resultado de una paliza, pero pasé con ella la mayor parte del día anterior. ¿Cuándo pudieron hacerle eso?

—¿Alguien te golpeó?

—No importa, Chance, en serio —dijo alejándose de mí—. Aprecio que hayas venido a verme y, por favor, dile a Chuck que lamento no haber contestado su llamada. Lo llamaré más tarde. Pero ahora estoy realmente cansada. ¿Podemos tomarnos ese café otro día?

—Ashlyn, ¿qué está pasando?

—Chance, por favor —dijo con lágrimas en los ojos—. Solo quiero estar sola.

—Nada de eso. —Sacudí la cabeza y me acerqué a ella—. No puedo dejarte así.

—¡Sí, claro que puedes! —gritó y me detuve. Me miró con una mezcla de tristeza e ira, como si de alguna manera yo la hubiese avergonzado—. Ni siquiera me conoces y no me debes nada, así que deja las cosas conforme están y ya nos veremos mañana.

Cuando estalló en un profundo llanto, no supe qué hacer, aparte de lo que me decía mi instinto. Acorté la distancia entre nosotros, la agarré por los codos y la atraje hacia mí, rodeándola con fuerza entre mis brazos.

Ella se resistió solo unos segundos, luego, su cuerpo se relajó, excepto sus hombros, que no dejaban de temblar bajo sus sollozos. La apreté más fuerte contra mí, enterrando mi cara en su cabello mientras trataba de calmarla.

—*Shhh...* —le susurré—. Todo se arreglará. Sea lo que sea, se arreglará. Estoy aquí.

No tenía ni idea de si sonaba convincente, pero lo que sí sabía con certeza era que me hervía la sangre. No quería creerlo, pero su reacción me dijo todo lo que necesitaba saber. Alguien había decidido usarla como un saco de boxeo. La única pregunta era quién.

Sus gemidos disminuyeron y se apartó de mí con suavidad, sorbiendo por la nariz mientras se secaba las lágrimas.

—Lo siento —dijo—. Esta no era precisamente la manera en que quería que me vieras hoy.

—Ashlyn...

—Chance, estoy bien. Gracias, de verdad, pero no puedes ayudarme. En realidad, no me sentiría cómoda si te metiera en medio de todo esto. Vamos a dejarlo así, ¿de acuerdo?

Respiré hondo y solté el aire en una larga exhalación.

—¿Qué tal esto? —comencé—. Me invitas a entrar, te preparo un poco de café y fingimos que estamos en el restaurante sin tener que salir de casa. Luego, cuando te sientas lo bastante cómoda, puedes decirme qué demonios ha pasado.

Ella me miró un instante y luego apartó la vista, mordiéndose el labio de nuevo. Habría sido un gesto encantador si no fuera por el moretón de su mejilla y sus lágrimas.

—No estoy segura de que sea una buena idea —dudó.

—Claro que sí —insistí—. Además, ¿qué tienes que perder? De todos modos me iré de la ciudad dentro de uno o dos días. Ni siquiera me dará tiempo a ir por ahí soltando chismes —traté de bromear.

—No pareces del tipo chismoso —sonrió.

—No lo soy —respondí—. Y la verdad es que me apetece mucho tomarme un café —continué

bromeando.

Ella sonrió, y fue bueno ver la alegría en sus ojos.

—Bien, un café, entonces.

Y me invitó a pasar.

## Capítulo 10 – Ashlyn

Por alguna razón, le conté todo a Chance. Me llevó dos cafeteras y varias horas, pero lo escupí todo. Él solo sonrió y escuchó mientras sujetaba mi mano. Me dejó hablar, y fue maravilloso.

Le hablé de Earl y de mi miserable matrimonio, del dinero de su familia y de la gran influencia que tenía en Ludwig. Le hablé de cómo él me había acosado respaldado por su padre, que siempre conseguía hacer desaparecer el problema sin que yo pudiera hacer nada. Y, por supuesto, le conté que Earl había irrumpido en mi casa y había intentado violarme.

Chance permaneció tranquilo y atento, solo me interrumpió para pedirme alguna aclaración antes de dejar que continuara. Estaba horrorizado por la incapacidad del *sheriff*, o su negativa a hacer algo. Yo sabía que Earl saldría impune, que solo recibiría un rapapolvos y, aunque eso me enfurecía, irritó aún más a Chance. Estaba confuso por el hecho de que las noticias de lo ocurrido no hubiesen llegado al motel. En una ciudad tan pequeña, él o Chuck deberían haber escuchado algo. Pero, como siempre, el *sheriff* había ocultado cualquier información antes de que esta llegase a su propia oficina.

A pesar de todo, empecé a sentirme mucho mejor. Me sentó bien tener a alguien con quien hablar que no estuviese directamente involucrado. Muy diferente a hablar con alguien de Ludwig, que, de una forma u otra, estaba relacionado con los Greene. Y contárselo a Chuck lo más probable es que hubiese llevado a una pelea a puñetazos en el bar y las subsiguientes represalias de los Greene sobre su motel. Y yo no quería ninguna de las dos cosas.

Con Chance, sin embargo, no tenía de que preocuparme. Al principio fue incómodo, pero, según fui cogiendo impulso, me encontré hablando con total libertad y sin remordimientos. No había juicio en sus ojos, ni una mirada de lástima como las que solía recibir de los demás. Solo un interés bienintencionado y un aire cálido de inquietud.

Cuando terminé, el sol se estaba hundiendo en el cielo de la tarde y caímos en un silencio profundo, reconfortante y a la vez un poco tenso. Esperaba que él reaccionara de algún modo, pero todo lo que hizo fue tomar mi mano, apretarla y ofrecerme una cálida sonrisa. Comencé a preguntarme si ahora me vería de una manera diferente, si pensaría que estar aquí conmigo era una gran responsabilidad, sobre todo, porque se suponía que debía irse en un día o dos. Él no necesitaba problemas y, ciertamente, yo no quería ser el motivo.

Sin embargo, habló por fin, y quedé sorprendida al decirme que pasaría la noche en el sofá para mantenerme a salvo. Pensé que era la idea más estúpida del mundo y se lo hice saber, pero no cedió, pese a mis protestas. Se opuso con firmeza a dejarme sola y me aseguró que ya había tomado una decisión.

—He llamado a mi abogado —le anuncié—. Me ha dicho que otro incidente como el de hoy, y podrá pedir que arresten a Earl para que pase treinta días en la cárcel.

—¿Y se supone que debo esperar a que vuelva a hacer lo que ha hecho? —me preguntó Chance con disgusto, como si fuese una niña que acaba de soltar una chiquillada.

—Tú no tienes que esperar nada —le dije frunciendo el ceño—. Esta no es tu guerra.

—Sea lo que sea, no voy a marcharme —recalcó Chance—. Solo necesito devolverle a Hank su camioneta. ¿Te importaría seguirme a la ciudad para que podamos volver juntos?

—No voy a hacerlo —protesté.

—Sí que lo harás —respondió Chance—. Voy a quedarme de todas formas y, si Hank pregunta, le diré que es culpa tuya haberlo dejado hasta mañana sin su vehículo.

Suspiré y finalmente asentí.

—De acuerdo.

—Y el motel... —añadió él.

—¿Qué pasa con el motel? —pregunté.

—Necesito que me lleves a recoger algunas cosas para pasar la noche.

Sacudí la cabeza.

—Si Chuck me ve, sabrá que fue Earl quien me golpeó e intentará hacer algo al respecto. No quiero que eso suceda.

—Entonces, espérame en casa de Hank. Iré andando hasta el motel y luego volveré a por ti —propuso—. Solo tardaré cinco minutos y regresaremos aquí de inmediato. Nadie sabrá que has estado en la ciudad.

—Hank lo sabrá.

—Hank sabe guardar un secreto —dijo él con una sonrisa—. No te preocupes.

Le devolví el gesto, preguntándome cómo podría estar tan seguro de eso.



Me fui a la cama, pero no dejé de mirar al techo, con los ojos bien abiertos, mientras pensaba que Chance estaba en la planta de abajo. Todo había salido según lo planeado y, según me había prometido, no atrajimos ninguna atención indeseada. Cuando llegó la hora de ir a dormir, Chance se acomodó en el sofá de la sala para estar lo más cerca posible de la puerta por si Earl decidía aparecer de nuevo.

Pensé que era dulce. Y encantador. Y muchas más cosas que hicieron revolotear mil mariposas en mi estómago. Él no tenía que hacer esto, pero solo con saber que estaba tan cerca, bastaba para que me sintiese mucho mejor. Aunque también me sentía rara por tener a alguien más en la casa. Me pregunté cómo sería al día siguiente por la mañana. No podía recordar la última vez que desayuné acompañada en mi propia cocina, y mucho menos podía imaginarme a Chance allí.

«Esperemos que no sea un asesino en serie, ¿de acuerdo?».

Sonreí. Esto era muy impropio de mí. Era cierto, apenas lo conocía, pero él me hacía sentir segura, y eso era todo lo que realmente importaba. Me pareció extraño tenerle miedo al hombre con el que había estado casada varios años y, sin embargo, encontrarme tan a gusto con otro que acababa de llegar a mi vida hacía solo dos días.

Asesino en serie o no, quería que estuviese allí abajo. Otra parte de mí también lo quería arriba.

«¿Por qué no invitarlo a subir, entonces?», me dije. «Él ya está aquí. Dios sabe que podrías pasar un buen rato. ¿Desde cuándo no sientes a un hombre dentro de ti? ¿Un hombre al que le importas de verdad?».

«Nunca», susurré. Cerré los ojos, dejando que esa voz en mi cabeza jugara un poco con mis

pensamientos. Se me antojó un misterio la cercanía que sentía con Chance, y lo abierto que había sido conmigo. Había algo en él, una cualidad que me debilitaba las rodillas. Era sexy, eso seguro, además de alto y guapo. Pero eso no era todo. El hecho de que se hubiera sentado para escucharme como lo había hecho, le daba una ventaja completamente diferente que superaba con creces su impactante físico. Una ventaja que solo me hacía desear que pasáramos más tiempo juntos.

«Entonces, aprovecha el tiempo que tienes», dijo mi voz interior.

Abrí los ojos y miré al techo de nuevo. Reflexioné sobre esa idea, recreándome, y solo de pensar que Chance me abrazaba y recorría todo mi cuerpo con sus manos, hizo que me pusiera húmeda. Cerré las piernas y me acurruqué de lado, tratando de concentrarme en otra cosa que me distrajera de aquel absurdo pensamiento.

Pero no lo conseguí.

«Ahora o nunca, chica. Levántate y acércate a él».

Me decidí al instante, tiré de las mantas y me levanté de la cama. El piso de madera estaba tibio contra mis pies descalzos, y rápidamente me dirigí al pasillo. Dudé en lo alto de la escalera. ¿Y si no me quisiera de esa manera? ¿Y si se tratara de una calle de sentido único? No podría soportar esa vergüenza en mi propia casa. Si me rechazara, sería imposible evitarlo hasta que se marchase.

«Vale la pena intentarlo. Ve a por ello».

Me mordí el labio, lancé al viento toda precaución y bajé las escaleras.

Aún estaba despierto, sentado en el sofá y vestido solo con un par de pantalones. Sostenía un libro en sus manos, leyendo la contraportada. La tenue luz de la lámpara auxiliar reflejaba su marcada musculatura. Lo observé durante lo que me pareció una eternidad. Debió de notar mi presencia, porque se volvió con rapidez hacia donde yo permanecía de pie y frunció el ceño.

—¿Ashlyn? —preguntó, dejando el libro sobre la mesita—. ¿Qué ocurre? ¿Has oído algo?

Me mordí el labio de nuevo, indecisa, y negué con la cabeza, sin poder moverme. Seguro que parecía una idiota allí parada.

—¿Qué pasa? —repitió, levantándose lentamente.

Mi vista se paseó por el contorno ondulado de su cuerpo y, cuando lo miré a los ojos, un azul profundo como el océano bajo la luz de la luna me atrapó. Podría haberlo contemplado durante horas y horas. En cambio, me obligué a avanzar, antes de que mi mente se impusiese sobre mis emociones y comenzara a gritarme que estaba a punto de cometer un gran error. Él vio cómo me acercaba, y aunque tenía una expresión confundida en su rostro, no se apartó cuando envolví mis brazos alrededor de su cuello y presioné mis labios contra los suyos.

Me devolvió el beso. De una forma que disipó mis dudas de que no sintiera lo mismo que yo en estos momentos. Sus manos me sostuvieron por la cintura y sus labios se enredaron con los míos. Lo besé con urgencia, con una profunda necesidad que no sabía que tenía, y fui recompensada de la misma manera.

—Ashlyn, ¿estás segura...?

—Cállate, Chance —lo interrumpí, besándolo nuevamente, empujando mi cuerpo más cerca del suyo, hasta que sentí que podría disolverme dentro de él. Sus labios eran cálidos, sus manos fuertes, y pensé que mi cuerpo se adormecería por completo con su roce. Encontró su camino debajo de mi camisa, envolviéndome en sus brazos mientras sus manos bajaban por mi espalda. La intensidad de nuestro beso aumentaba cuando me tocaba. Quería que me abrazara así para siempre. Quería sentir sus manos por todo mi cuerpo. Quería que sus labios explorasen cada

centímetro de mi piel.

Acaricié su pecho desnudo, trazando la curva de sus músculos mientras suspiraba por su beso. Mi cuerpo vibraba, y una emoción creció dentro de mí, tan abrumadora, que amenazaba con consumirme del todo. Él deslizó sus manos hasta mi cintura y, cuando me atrajo en un abrazo más profundo, pude sentir también su emoción.

—Arriba —murmuré contra sus labios.

Me miró en silencio, esperando, hasta que lo agarré de la mano y lo conduje por las escaleras hacia mi habitación. Tan pronto como pasamos el umbral, me giró hacia él. Sus manos me devastaron, al sentir las en cada rincón de mi cuerpo, y sus labios me devoraron con hambre. Y le devolví el beso con el mismo ansia, con el mismo hambre.

Ni siquiera necesité conducirlo hasta la cama; los dos nos dirigimos hacia allí, como si nuestros cuerpos supieran a dónde debían ir. Me tumbó con suavidad, sorprendiéndome que su cuerpo fuerte y duro albergase esa delicadeza. Pero incluso con todos esos músculos, se movía con tanta agilidad, tanta gracia, que me excitaba al máximo. Mi mente dibujó imágenes de todo lo que iba a ocurrir, aunque sabía que solo necesitaba esperar unos minutos para que se hiciese realidad.

Me subió la camisa y lentamente la deslizó sobre mi cabeza. Me besó el cuello y sus labios descendieron hasta mi pecho. Me sostuvo por las caderas, con suavidad, pero con firmeza, sin dejar de besar la piel de mis senos. Continuó moviéndose poco a poco hacia abajo, y sentí un escalofrío cuando sus labios rozaron mis pezones. Rodeó uno con su boca, y dejé escapar un gemido de aprobación.

Apretó mi otro seno con suavidad, pellizcando el pezón mientras chupaba el otro. Lo mordisqueó, trazó círculos alrededor de él con su lengua, lo golpeó y, con cada nuevo toque, me atravesaba una descarga eléctrica. Besó su camino de regreso y encontró mis labios, su cuerpo presionando el mío. Me deleitaba la sensación de que nuestra piel se tocase, de su calor mezclándose con el mío, haciéndome desearlo aún más.

Se sentó y se encontró con mi mirada. Me quitó los pantalones cortos y las bragas, deslizándolos por mis piernas y tirándolos a un lado de la cama. Se inclinó, me besó en el vientre y continuó hacia las caderas, moviéndose despacio hacia el interior de mis muslos. Mis manos se curvaron alrededor de las sábanas con anticipación mientras lo miraba. Podía sentir su aliento sobre mi clítoris, el ligero vaivén de su lengua contra los labios de mi coño. Mis caderas comenzaron a agitarse por sí solas, como si mi cuerpo tomara el control de la situación, ignorando cualquier orden de mi cerebro.

Pero eso no habría importado de todos modos. Mi mente estaba entumecida, y en lo único en que podía pensar era cuánto lo deseaba, cuánto lo necesitaba en este exacto momento.

Me dirigió una mueca malvada y enterró su rostro entre mis piernas. Casi perdí la cabeza por el toque de sus labios contra mi área más sensible y la forma en que su lengua se hundió hambrienta, lamiéndola de arriba abajo. Encontró mi clítoris y lo chupó, con delicadeza al principio, y luego con intensidad. Cerré mis piernas alrededor de su cabeza y enroscué mis dedos en su cabello, mis caderas se sacudieron, moviéndose contra su rostro mientras su lengua me exploraba. Gemí de placer cuando sentí sus dedos deslizarse al interior.

Mi coño se apretó al instante y envolvió sus dedos cuando sentí que me llenaba. Los giró una vez dentro, asegurándose de tocar cada parte de mí, haciendo que me retorciese mientras los movía adentro y afuera.

—Sí... —gemí, aumentando la presión sobre sus dedos y su cara—. No te pares.

Mis dedos de los pies se curvaron, encogí las piernas y, antes de que pudiese darme cuenta, me estremecí con un intenso orgasmo que me sacudió hasta el centro. Me temblaban los muslos, agarré su cabello y le empujé contra mi coño, deseando que se moviera más adentro. Sacó sus dedos y los reemplazó con su lengua, lamiendo hasta que me corrí una y otra vez.

No pude contenerme más. Lo quería dentro de mí, y lo quería ahora. Rodé debajo de él, lo empujé sobre su espalda y me subí encima. Me sonrió y me mordí el labio seductoramente mientras movía mi cuerpo para ajustarlo con el suyo. Aunque aún tenía puestos sus pantalones, pude sentir lo duro que estaba, y cómo latía debajo de mí mientras me movía contra él. Descansé mis manos sobre su pecho y me incliné, con mis senos a centímetros de su cara. Agarró ambos entre sus manos y los masajeó, sin dejar de chupar mis pezones alternativamente mientras me movía.

Le bajé los pantalones y liberé su polla gruesa y venosa. Volví a montarlo a horcajadas, disfrutando del control que ejercía sobre él y de la confusión que mostraban sus ojos, a la vez que un deseo tan intenso, que me hizo sentir la mujer más sexy del mundo. Nadie me había mirado así, ni siquiera Earl. Siempre había ansia en sus ojos, como si no pudiera esperar a meterse dentro de mí y follar hasta que terminara. Pero Chance no era así. No, él me estaba admirando, trazando las líneas de mi cuerpo con sus ojos, como si tratase de fijar este momento en su mente para siempre. Y eso es lo que me estaba excitando tanto.

Seguí apretando contra su polla, sintiéndome cada vez más húmeda, preguntándome si todos los orgasmos en el mundo serían suficientes para satisfacerme ahora. Era increíble sentirlo acurrucado en mi calidez. La forma en que sus manos acariciaban todo mi cuerpo, hacía que me invadiera un universo de sensaciones.

Él tenía los ojos cerrados mientras lo aspiraba con mi vagina. Ver el placer en su rostro no tenía precio. Continué moviéndome, separándome despacio para volver a hundirme en él, empujándolo más profundamente dentro de mí, sabiendo que lo estaba volviendo loco por la presión de sus manos en mis caderas.

Aceleré el ritmo, montándolo con fuerza, sintiendo que me llenaba. Él se lanzó en un impulso contra mí, obedeciendo cada uno de mis movimientos. Su polla era grande, gruesa y larga, mucho más que la de Earl. Sus embestidas golpeaban partes de mí que no sabía que se podían alcanzar, y estaba experimentando un nuevo nivel de placer. Mis gemidos, que habían comenzado suaves, ahora resonaban en mi habitación y, con sus manos en mi trasero, lo monté aún más fuerte. Coló su mano entre mis piernas, y empezó a frotar mi clítoris con su pulgar, llevándome a la extenuación. En cuestión de segundos, estaba temblando con un orgasmo que me dejó tan aturdida, que sentí que no podría soportarlo.

Me dio la vuelta sobre mi espalda, sosteniendo mis brazos hacia abajo, introduciéndose por completo en mi interior. Creí que iba a explotar y, por razones que no podía explicar, solo quería que profundizara aún más. Era como si él encajara perfectamente, como si fuera una parte de mí que había estado extrañando toda mi vida y, ahora que él estaba aquí, no quería dejarlo marchar.

Se movía con armonía, mientras sus caderas giraban y empujaban, inundándome con nuevas oleadas de placer. Noté cómo latía dentro de mí, creciendo cada vez más. Lo envolví con mis piernas y acerqué su rostro a mis senos, rogándole que me besara, que me chupara los pezones hasta que me dolieran.

Sentía su polla moviéndose sin parar, y con cada empuje, con cada movimiento, le rogaba más. Mis gemidos se convirtieron en gritos de placer, pero no tenía aún suficiente. Aunque me había corrido dos veces, en todo lo que podía pensar era que quería más. Cada orgasmo era mejor que

el anterior, y él no se detenía. Me volvió loca, me llevó a un frenesí sexual que nunca había experimentado antes, y no quería que acabase.

Al fin, noté que flexionaba sus músculos, a punto de correrse. Envolví mis piernas alrededor de su cintura para presionarlo con mis talones. Deseaba sentir cómo fluía, deseaba sentir cómo se estremecía y oírlo gemir contra mi cuello. Después de las últimas embestidas, me dio todo lo que anhelaba.

Chance derramó su cálida semilla, luego se relajó y se quedó congelado en mis brazos. Empujó esa última vez tanto como pudo, y dejé escapar un gemido largo y fuerte mientras explotaba. Yo lo apreté, ordeñándolo y haciendo temblar su cuerpo. Cuando terminó, se tumbó encima de mí, jadeando y agotado, con su corazón golpeando como un martillo.

No rodó de inmediato, me miró a los ojos y sonrió perezosamente. Me reí, sintiendo que yo también me relajaba bajo su cuerpo. Se inclinó y me besó. Y fue la cosa más dulce del mundo. Justo en ese momento, supe que podía enamorarme de un hombre como Chance, que podría pasar el resto de mi vida en sus brazos, a salvo, amada, apreciada.

Él rodó fuera de mí y me tomó en sus brazos. Antes de poder descansar mi cabeza sobre su pecho, me quedé dormida.

## Capítulo 11 – Chance

Me desperté con los cálidos rayos del sol sobre mi cuerpo desnudo y el suave aroma del aire de la mañana. Me despecé con una sonrisa en mi rostro, ronroneando bajo las mantas, perezoso, hasta poder regresar al mundo de los vivos. La ventana abierta dejó pasar una brisa fresca en la habitación. No amanecí, como solía hacer, tosiendo por el olor sofocante a humo de tabaco ni con un dolor de cabeza por culpa del *bourbon*.

Ashlyn yacía a mi lado, con un brazo sobre mi pecho y su cara enterrada en mi hombro. Sus mechones rubios enmarcaban sus rasgos con suavidad, de la misma manera que las sábanas envolvían su cuerpo, mientras movía los ojos cerrados, sumida en un profundo sueño. Cuando me aparté unos centímetros, ella murmuró algo incomprensible y me abrazó con más fuerza.

Era absolutamente hermosa y, si no fuera por el ruido de mi estómago, no habría querido salir de la cama.

Las imágenes de la noche anterior se reprodujeron en mi cabeza, sin poder creer lo mucho que había disfrutado del sexo. Por una vez, no se trataba solo de follar. Había sido apasionado, sensual, una mezcla de caricias y emociones nueva para mí. Sin embargo, había sido increíble. Nunca pensé que podría sentir eso con nadie, pero, con Ashlyn, todo parecía encajar en su lugar.

La besé en la frente y me separé con cuidado de sus brazos y la comodidad de las mantas. Me estiré y mi cuerpo crujió con varios chasquidos, pero tuve que admitir que me sentía muy bien. Como un hombre recién nacido. Como si ya nada en el mundo importara. No había ninguna empresa esperándome en Austin. No había mujeres corriendo detrás de mi dinero. No había fiestas nocturnas a las que se esperaba que asistiera. Nadie quería nada de mí. El mundo había olvidado que yo existía.

Y me sentí jodidamente genial.

Me lavé la cara, me di una ducha rápida y bajé las escaleras. Encontré mis pantalones, me los puse y tararé mientras entraba en la cocina. Me llevó un tiempo descubrir dónde guardaba Ashlyn todo, pero en diez minutos pude encender la cocina y preparar el desayuno.

Había una pequeña radio junto al fregadero, y la encendí, bailando con la música mientras trabajaba. Era como si no pudiera reconocerme. La última vez que tuve la paciencia para escuchar una canción entera fue en la universidad. Ahora me sentía como un hombre con una docena de monedas en el bolsillo y una máquina de discos para él solo.

—Sexy. —Escuché decir a Ashlyn detrás de mí.

Me di la vuelta y sonreí mientras se apoyaba contra la puerta de la cocina, vestida solo con mi camisa, su cabello recogido hacia atrás para que sus ojos brillaran como joyas gemelas. Podría despertarme con esto todos los días, pensé.

—Lo siento, no quise despertarte —me disculpé.

—No lo hiciste —declaró—. Ha sido la radio. En realidad, me sorprendió ya que no estoy acostumbrada a ver a otra persona en la casa.

—¿Quieres desayunar?

—Oh, Dios, sí —sonrió y caminó despacio hacia la mesa. Se sentó y se inclinó apoyando su rostro en una mano para mirarme.

—Me gustaría decir que estoy preparando algo especial, pero estaría mintiendo —le dije—. No he hecho un desayuno en mucho tiempo, así que seguro que voy a arruinarlo todo.

Ella asintió y señaló los fogones.

—O también puede que incendies la cocina.

Una de las sartenes estaba envuelta en llamas, la aparté con rapidez y la dejé caer en el fregadero, abriendo después el grifo del agua fría sobre ella.

—¡Maldición! —exclamé.

Ashlyn se echó a reír.

—¿Qué sueles hacer por las mañanas? —me preguntó ella—. ¿Recoger un bollo de Starbucks o algo así?

—Normalmente le pido a Alice que me traiga algo —le contesté, mirando el desastre en el fregadero.

—¿A quién?

Me congelé por un momento.

—¿Qué?— pregunté a mi vez, tratando de ganar algo de tiempo.

—¿Has dicho que Alice te trae el desayuno?

—Sí. —Sonreí—. Alice, mi secretaria.

—Pensé que Alice era tu hermana. —Me lanzó una mirada suspicaz.

—No, Pauline es mi hermana —murmuré, esperando recordar la mentira correcta—. Y Alice, mi secretaria.

Ashlyn levantó las cejas hacia mí.

—¿Tienes una secretaria?

—¿No la tienen todos los emprendedores de éxito? —me justifiqué.

—No me pareciste del tipo que necesitaría una.

—Oye, solo porque llegué a la ciudad en una Chevy destartalada, no significa que no tenga dinero —le dije, señalándola con un dedo acusador y esperando poder salir del atolladero en el que me había metido yo solito.

—Lo que usted diga, señor Sabático. ¿Y tu hermana y tu secretaria no se preguntarán dónde estás? Quiero decir, ya te estarán esperando en Houston, ¿verdad?

—Ella es mi hermana, no mi madre —respondí, recordando de repente que había apagado mi teléfono después de llamar a mi madre cuando llegué a Ludwig, y que no lo había encendido desde entonces—. Ahora que lo pienso, hace dos días que no la llamo, y tal vez debería hacerlo.

—Tal vez deberías. —Ashlyn se levantó y me tocó el pecho, poniéndose de puntillas para besarme—. Anda, ve, y yo haré el desayuno para los dos —se ofreció—. Espero de verdad que seas mejor en los negocios que en la cocina.



Salí al porche y me senté en el columpio a la espera de que mi móvil se iniciase. Me balanceé y disfruté del aire fresco y el silencio que me rodeaba. Cerré los ojos y respiré hondo. Nunca me había sentido tan relajado en mi vida.

La voz de aquel médico vino a mi mente.

«Aprenda a disfrutar de la vida, señor Ridder, antes de que sus malos hábitos le maten.»

En cuanto el teléfono se conectó a la red, la barra de notificaciones se volvió loca. Fruncí el ceño y alcé el brazo para evitar el resplandor en la pantalla. Vi con horror cómo los avisos de mensajería instantánea se elevaban a casi cien mensajes perdidos. Gruñí y maldije entre dientes por haber encendido el odioso trasto. Comencé a sentir la aparición de un dolor de cabeza y que mi ritmo cardíaco se aceleraba.

Deslicé un dedo y desbloqué la pantalla para abrir la aplicación de mensajería. Apoyé los codos en las rodillas y me incliné sobre el teléfono. Leí los primeros mensajes. Algunos eran de miembros de la junta, algunos de accionistas y otros de conocidos que había hecho en diversos círculos sociales. Pero todos tenían una cosa en común: todos me deseaban una pronta recuperación.

¿De qué?

Antes de que pudiera comprobar el resto, el teléfono vibró y comenzó a sonar. El número de Alice apareció en mi pantalla y respondí rápidamente.

ALICE: ¿Dónde diablos estás? —casi gritó—. ¡Te he estado llamando durante dos días!

CANCE: Tenía el teléfono apagado —respondí. Me puse en pie y empecé a caminar por el porche.

ALICE: ¡No, mierda! —respondió Alice—. Llamé a tu madre y me dijo que aún no habías llegado.

CHANCE: ¿Llamaste a mi madre?

ALICE: Necesitaba contactar contigo.

CHANCE: Mi intención al marcharme era que nadie pudiera hacerlo, por eso apagué el teléfono. —Me detuve—. Espera, ¿qué es tan urgente como para que llamas a mi madre? ¿Y por qué todos me desean una pronta recuperación?

ALICE: Tenemos un gran problema, Chance —dijo Alice—. No tengo idea de dónde estás ahora, pero necesitas arrastrar tu trasero hasta aquí.

CHANCE: ¿Qué está pasando?

ALICE: ¡Es Dennis! —exclamó ella.

CHANCE: ¿Dennis? —pregunté.

ALICE: Les ha hecho pensar a todos que tienes problemas con las drogas, y que te has ido para seguir algún tipo de rehabilitación.

CHANCE: ¡¿Que él ha hecho qué?!

Los mensajes cobraron sentido de repente. Sin embargo, no tenía ni idea de por qué Dennis había hecho eso. Recordé haber insistido en que no quería que nadie me molestase mientras estaba fuera ni que se supiera que estaba enfermo, pero esto era un poco exagerado. Podría haberles dicho a todos que me había marchado por negocios.

CHANCE: También está en las noticias —continuó Alice—. Alguien filtró esas tonterías a la prensa, y lo están difundiendo a bombo y platillo. Eres la sensación televisiva desde anoche.

Fruncí el ceño. ¿Qué demonios...?

CHANCE: No lo entiendo —dije—. ¿Por qué haría Dennis eso?

ALICE: ¿Por qué? ¿En serio? —se burló Alice—. De veras, para ser un hombre que dirige una compañía multimillonaria, a veces puedes ser duro como un ladrillo.

ALICE: Para ser una mujer que todavía está en mi nómina, y espero que siga siendo así, de veras necesitas aprender los límites —respondí, enojado por su tono, aunque más aún por lo

confundido que estaba por todo esto.

CHANCE: De acuerdo, está bien, esta es la mierda en la que estás —resumió—. Tu supuesto mejor amigo ha convocado una reunión urgente de la junta para discutir sobre las implicaciones de tu «problema con las drogas» en Ridder Technology. ¿Orden del día? Votar si eres o no adecuado para dirigir esta empresa.

ALICE: ¿Qué? —grité, sintiendo cómo se tensaba cada músculo de mi cuerpo. Un repentino estallido de ira explotó dentro de mí—. ¡Es mi empresa!

ALICE: Sí, pero la junta decide quién la dirige, ¿recuerdas? —dijo Alice—. Vuelve a Austin, Chance. Dennis te está jodiendo. Está tratando de asumir el cargo de CEO.

CHANCE: Iré en seguida —aseguré. Comencé a sentir un dolor en el pecho, pero lo ignoré.

Colgué y luché contra el impulso de estrellar el teléfono contra la pared. Dios, necesitaba un cigarrillo y un trago. No podía creer que Dennis me hiciera esto. Después de todo lo que habíamos pasado juntos, después de todo lo que había hecho por él, y ahora aprovechaba la primera oportunidad mientras yo estaba lejos para intentar robarme mi empresa en mis propias narices.

Pero ¿podía conseguirlo?

Por supuesto que podía, si contaba con el apoyo del jodido consejo, que no estaba muy feliz conmigo en este momento. No iba a sentarme y esperar a que sucediera. Si ese hijo de puta creía que iba a destruir todo lo que había conseguido, se encontraría con algo que no esperaba. Ya estaba pensando en diferentes maneras de destruirlo cuando le pusiera las manos encima. Y, además, también había ensuciado mi nombre.

Apreté el teléfono en mi mano y volví a entrar, dirigiéndome a la cocina mientras trataba de pensar qué decirle a Ashlyn. Me detuve en seco cuando vi mi rostro en el pequeño televisor sentado en la mesa de la cocina.

Ashlyn se giró para mirarme, con las lágrimas en sus ojos apenas enmascarando la ira que ardía detrás.



—¡Me mentiste!

El sonido de sus gritos me hizo estremecer y, aunque había estado intentando calmarla durante los últimos diez minutos, no logré abrir una brecha en el muro de indignación que la rodeaba. Habría tenido mejor suerte hablando con un tronco.

—Eso no es del todo cierto —discutí, tratando de mantener la voz baja con la esperanza de que ella hiciera lo mismo, pero no funcionó.

—¿Cómo que no es cierto? —gritó—. Me dijiste que estabas tomando un tiempo sabático. ¡Nunca me dijiste que eras adicto a las drogas! ¿Te has escapado de la rehabilitación o algo así? Oh, Dios, ¿te está buscando la policía?

—¡Jesús, Ashlyn, no soy un maldito drogadicto! —No pude contener más mi enfado, y mi voz rugió por toda la cocina—. ¡Eso es un chisme inventado por un imbécil que intenta robarme la empresa!

—¿Y se supone que debo creérmelo? —preguntó ella—. Después de todas las otras mentiras... ¡Me dijiste que eras solo un emprendedor, no un maldito multimillonario!

—Dije un tipo de emprendedor —apostillé.

—¡Basta! ¡Deja de jugar con las palabras para escabullirte!

—¿Escabullirme? ¿De qué?— I e grité—. ¡No he hecho nada malo!

—¿Llamas a esto no hacer nada malo? —dijo ella, señalando la pantalla. Las redes se estaban cebando conmigo. Habían colgado un vídeo en el que yo aparecía saliendo borracho de una fiesta a altas horas de la madrugada. El titular rezaba: *Empresario multimillonario adicto a las drogas*. ¡Por Dios Bendito!

Suspiré y lancé mis manos al aire.

—Todo es una vil mentira. Tienes que creerme.

—Debería haberlo visto venir. —Ashlyn sacudió la cabeza y enterró sus dedos en el cabello, hablando consigo misma—. Siempre elijo a los locos. Siempre. ¿Por qué iba a ser esto diferente?

—Ashlyn, por favor. —Extendí la mano hacia ella.

—¡No lo hagas! —gritó enojada, mientras me apuntaba con el índice para mantener la distancia—. ¡No te acerques a mí, hijo de puta mentiroso!

—Escúchame, la mayor parte de lo que te dije es cierto —traté de razonar con ella—. Mi nombre es Chance Ridder, como puedes ver en la maldita televisión. Hace una semana, mi médico me dijo que, si no reducía mi estrés y cualquier otra cosa loca en mi vida, moriría de un ataque al corazón antes de cumplir los cuarenta. Así que realmente estoy de año sabático. Me dirigía a casa para ver a mi madre en Booth. Solo intentaba permanecer en el anonimato, eso es todo. ¿De acuerdo? No quería que nadie supiera quién soy.

—Deberías habérmelo dicho —siseó ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Después de cómo me sinceré contigo ayer, deberías habérmelo dicho. ¡Me abrí a ti, Chance! Puse toda mi vida a tus pies. ¡Y has pisoteado todo eso! —Se detuvo de repente, con los ojos muy abiertos. Te dejé entrar en mi cama. ¡Confíé en ti y te dejé entrar en mi cama!

Ella agarró un plato y me lo arrojó, y la cerámica se hizo añicos contra la pared justo encima de mi cabeza—. ¡Maldito gilipollas! —aulló.

—¡Ashlyn, maldita sea! —grité también.

—¡Vete de aquí!

—Ashlyn...

—¡He dicho que fuera! —Corrió hacia mí y me golpeó con los puños en el pecho, empujándome fuera de la cocina y hacia la puerta—. ¡Fuera, sal, sal, sal!

Dejé que me llevase hasta la puerta principal ya que no quería luchar contra ella, y mucho menos hacerla enfadar más. En este momento, necesitaba que se calmara y, si echarme de su casa era la solución, entonces, que así fuera.

—¡Puedes irte andando hasta el maldito motel! —Acto seguido se arrancó mi camisa, que llevaba puesta, y quedó desnuda. No pude evitar mirar sus tetas. Me arrojó la camisa a la cara y cerró la puerta.

—No quiero volver a verte nunca más.

Suspiré y respiré hondo antes de llamar a la puerta. No hubo respuesta, pero podía oírla al otro lado, llorando. Me deslicé hasta quedar sentado de espaldas. La sangre me martilleaba en la cabeza, mientras mi mente se perdía en un cúmulo de emociones. Mi pecho se contrajo como un hijo de puta. Podía escuchar mi pulso latiendo en mis oídos. Primero Dennis, y ahora esto. Sin embargo, todo lo que me importaba era que Ashlyn viese mi verdadero yo.

—Mi nombre es Chance Ridder —comencé, lo bastante alto como para que pudiese oírme desde el otro lado de la hoja de madera—. Tengo treinta y dos años, nací y crecí en Booth, Texas. Mi padre era un alcohólico y maltratador, pero mi madre lo amaba y, en los buenos días, realmente sentía que tenía una familia. Fui a la universidad en Texas A&M, donde conocí al

hombre que ahora me ha apuñalado por la espalda y trata de hacerse con mi compañía.

No hubo respuesta, pero el llanto cesó.

—Soy el CEO de Ridder Technology, lo fundé en cuanto salí de la universidad, y me volví loco para conseguir que fuese lo que es hoy. No estoy casado, no tengo hijos, y mi vida solo ha girado en torno al trabajo, las fiestas y las mujeres durante los últimos cinco años. Soy hijo único. Pauline no es mi hermana, es mi asistente. Alice realmente es mi secretaria, y la Chevy que está en el garaje de Hank pertenecía a mi padre.

Suspiré y esperé. Aún no había respuesta.

—Soy rico. Asquerosamente rico. Tengo tanto dinero que no sé qué hacer con él, aparte de gastarlo en automóviles, alcohol y tabaco, pero jamás en drogas. Vivo en un ático en una de las zonas más caras de Austin en un edificio de mi propiedad.

»No iba de camino a Houston. Regresaba a Booth para alejarme de todo. Cuando estás en una posición como la mía, en un momento u otro, crees que eres invencible, que nunca vas a morir, que tal vez puedas sobornar a la muerte para que te deje en paz. Pero solo trataba de autoengañarme para justificar mi estilo de vida.

Le di una larga bocanada a mi cigarrillo, aun sabiendo que me estaba haciendo daño, y dejé salir el humo con un suspiro.

—Entré en pánico cuando el médico me dijo que me enfrentaba a un ataque cardíaco —continué—. Me subí a la vieja camioneta, le dije a unas pocas personas a dónde iba y me fui. Quería un descanso, Ashlyn. Un descanso de las fiestas, del estrés, de todo. Quería ir a algún sitio donde nadie me conociera, donde nadie esperase nada de mí.

Golpeé la parte posterior de mi cabeza contra la puerta.

—No esperaba que el camioneta se averiase cerca de aquí. No esperaba pasar un par de días en Ludwig. Y, definitivamente, no esperaba conocerte. Estar contigo, Ashlyn, estos últimos días, no se parece a nada que haya sentido antes. Es nuevo para mí, es incluso aterrador, pero en el buen sentido. No quería mentirte. Y la verdad es que no lo hice. Y, sobre todo, nunca quise que lo descubrieras de esta manera. Pero estos últimos días, y en especial la pasada noche, fueron increíbles, y no quería arruinarlo.

Esperé. Nada.

—¿Ashlyn?

Hubo un movimiento detrás de la puerta. Su voz llegó con suavidad.

—Vuelve a casa, Chance. Déjame sola.

Cerré los ojos, frustrado, mientras la oía caminar hacia el interior de la casa. Mi tiempo con la dulce Ashlyn había llegado a su fin.

## Capítulo 12 – Chance

Me llevó casi una hora volver al pueblo. Conducir hasta la casa de Ashlyn el día anterior, había hecho que la distancia pareciese minúscula, pero tener que caminar bajo el sol de Texas, me dejó bien claro lo lejos que estaba del centro del pueblo.

Mantuve la cabeza baja, evitando el contacto visual con el escaso número de personas que ya circulaban por la carretera principal. Quería llegar al motel, hacer mi equipaje y largarme de aquí. Ni siquiera me importaban las cosas que había dejado en casa de Ashlyn. Los sentimientos que me recorrían en este momento, junto con la vergüenza que estaba experimentando, se sentían como si me hubiesen dado una bofetada en la cara. Muy duro.

Agregué a eso el hecho de que mi mejor amigo me estaba jodiendo, y entonces obtuve la combinación perfecta de autocompasión y odio.

«Deberías haber mantenido la cabeza baja y no involucrarte».

Demasiado tarde para eso ahora.

Apreté los puños y los metí en mis bolsillos. No sabía qué me enfadaba más, haber arruinado las cosas con Ashlyn o que Dennis estuviese tratando de fastidiarme. Pero, cuanto más lo pensaba, más sentía que podía manejar a Dennis; simplemente no tenía idea de qué hacer con Ashlyn.

—Tenías que ir y enamorarte de ella, ¿verdad? —murmuré para mí mismo.

Al Chance Ridder de hacía unos días no le habría ocurrido esto. Habría podido mantener la cabeza recta sobre sus hombros y escapar sin un rasguño de este infierno. No había lugar para las emociones en mi vida, ni había espacio para los sentimientos, el cariño y todas esas otras tonterías que ahora obstruían mi mente y me hacían sentir como una mierda. El otro Chance habría manejado esto de la manera correcta: «Fóllate a la chica y luego vete». Quizás por eso una parte de mí odiaba a Chance Ridder, al dejar que las cosas fueran así de fáciles.

Cuando llegué al motel, el sol golpeaba con fuerza, y había empezado a sudar. Lo que necesitaba era una ducha fría, y después unas pocas horas de completo silencio mientras trataba de averiguar qué demonios iba a hacer. No tenía dudas de que debía volver a Austin. Quedarme aquí más tiempo solo empeoraría las cosas en casa, y no era una opción. Pero dejar Ludwig significaba dejar a Ashlyn y, conforme estaban las cosas en este momento, tampoco quería eso.

«Cálmate».

Sacudí la cabeza con enojo, me pasé una mano por el pelo y traté de aclararme las ideas. Lo primero es lo primero, arreglar el desastre que Dennis había hecho y, de alguna manera, sacarme ese cuchillo de la espalda. Pasé junto al motel y fui a ver a Hank con la esperanza de que la Chevy estuviese lista. Encontré al hombre sentado a la sombra, con las piernas apoyadas en una caja de leche y con el sombrero sobre los ojos.

—Hank. —Le chasqué los dedos y lo desperté.

Este se levantó el sombrero, me miró y sonrió.

—Señor Ridder —saludó—. Buenas noticias. Su junta del cabezal ya ha llegado.

—Genial —respondí—. ¿Cuánto tiempo necesita para colocarla?

Hank frunció el ceño.

—¿Ya se marcha?

—Creo que me he quedado más de la cuenta —asentí.

Él me miró y se encogió de hombros.

—No iba a ponerme con ella hasta más tarde, pero, si tiene prisa, empezaré ahora.

—¿Cree que estará lista para la noche?

—Ha ido mal, ¿eh? —preguntó.

—¿Perdón?

—Con Ashlyn —dijo Hank—. Las cosas no le han salido bien.

—¿Qué le parece esto? —dije, cambiando de tema—. Téngala preparada para dentro de un par de horas y actualizaré su taller de forma gratuita.

—Esa es una muy buena oferta, señor Ridder, pero le estaría mintiendo si le prometiera eso —dijo—. Seguro que no podré tenerla acabada antes de mañana por la mañana.

Suspiré y me rasqué la nuca, con la vista clavada en mi Chevy y maldiciéndola por todo lo que me había hecho pasar.

—Bien —acordé—. Encontraré otra forma de ir a Austin. Enviaré a alguien para que lo recoja mañana.

—Usted manda, jefe —dijo Hank, mirándome como si yo necesitara desesperadamente un amigo.

Le di las gracias y me dirigí al motel. Por el camino, llamé a Alice.

—Dime que has salido ya —dijo ella.

—La furgoneta no está arreglada aún —contesté—. ¿Cómo fue la reunión?

—Se ha pospuesto hasta mañana —explicó Alice—. ¿Estás seguro de que la tendrás lista a tiempo?

—No pienso esperar, llama a Miles y dile que venga a buscarme. Te enviaré la ubicación ahora mismo.



Me senté en la cama, notando que el olor de los lirios se había desvanecido ahora que Ashlyn llevaba dos días sin reemplazar las flores. Giré el teléfono entre mis manos, tratando de decidir si la llamaba o no. Ella no me contestaría de todos modos; estaba seguro de eso. Pero una parte de mí todavía quería marcar ese número.

Arrojé el teléfono a un lado, me pasé las manos por la cara y me revolví el pelo con frustración. Necesitaba concentrarme. Tenía problemas más grandes en este momento. Necesitaba llegar a Austin y tratar con Dennis primero, y luego podría averiguar qué hacer con Ashlyn. Tenía la mente embotada, y no podría pensar con claridad hasta no resolver primero el único motivo que me había metido en este lío.

Joder, odiaba esto.

Me puse en pie y paseé por la habitación, comprobando de nuevo la hora en el móvil. Si Miles hubiera salido cuando llamé a Alice, faltarían al menos otras tres horas hasta que llegase. Debería haberle dicho que enviara el maldito helicóptero de la compañía. Ahora tenía que pasar tres horas solo con mis pensamientos y, si eso no me mataba, no sabía qué otra cosa podría hacerlo. Si no era capaz de controlar mis emociones, ese ataque al corazón estaría tocando a mi puerta mucho

antes de lo previsto.

Necesitaba despejar la cabeza. Quizá pasearía un poco por la ciudad, aunque no me llevaría más de media hora, y no era suficiente. Chuck sería una buena compañía durante una hora como mucho, antes de que nos aburriésemos el uno al otro, y Hank no era una alternativa mejor. Además, quería que se centrara en arreglar la camioneta, incluso si no iba a conducirla de regreso.

Esa jodida camioneta.

Muchas cosas habrían sido diferentes si esa maldita junta de culata no se hubiese reventado. Podría estar en Booth ahora mismo, disfrutando de la comida de mi madre y de un momento de relax en el campo. No atormentado con pensamientos sobre Ashlyn o cualquier otra persona. Y probablemente habría podido detener a Dennis mucho antes de que todo hubiese explotado.

Maldije a mi padre en silencio y a su vieja camioneta de mierda. Incluso en la tumba, todavía me estaba jodiendo. De haber podido, lo habría desenterrado, quemaría lo que quedara de él y esparciría sus cenizas sobre el estiércol de vaca en la granja de vuelta a casa.

«Necesito salir de la habitación».

Necesitaba más que eso. Necesitaba un buen trago.



Al igual que cualquier otra tienda de este maldito pueblo, el bar llevaba el nombre del propietario, con un apóstrofe después del nombre creado caprichosamente en forma de vaso de cerveza. No esperaba que hubiese nadie en Joel's tan temprano por la tarde, pero, por lo visto, no era el único que quería evadirse de sus problemas.

Me senté en un taburete junto a la barra y me fijé en dos hombres que me miraban desde una mesa al fondo y un tipo viejo que parecía medio dormido sobre su bebida, asintiendo con la cabeza cada pocos segundos antes de agacharla sobre su pecho. El ambiente general era perfecto como para querer ahogarse en licor, y la máquina de discos tocaba una vieja melodía que sonaba como gatos rascando una pizarra. Comencé a lamentar el haber venido aquí, y solo la vista de las botellas de licor alineadas y esperando a ser abiertas, me hizo sentir un poco mejor.

El barman era un hombre enorme, muy similar a Chuck, y que me hacía parecer un fósforo en comparación. Estaba limpiando un vaso con un trapo y me pregunté cómo demonios no rompía el cristal con esas manazas.

—¿Qué puedo hacer por usted? —me preguntó, lanzándome una mirada desconfiada.

—*Bourbon* —respondí. Saqué un cigarrillo y lo encendí. Le di una bocanada como un hombre que jadea su último aliento. El humo me quemó los pulmones, pero inmediatamente me relajó—. Del mejor que tenga —añadí—. Y no deje de llenar el vaso hasta que le pida que pare.

El gigante se quedó inmóvil, observándome mientras giraba el trapo dentro del cristal como si fuese un volante. Le di otra calada al cigarrillo, lo miré y esperé.

—Usted es el tipo nuevo, ¿verdad?

—¿El tipo nuevo? —pregunté.

El asintió.

—El del motel. El que ha estado pasando el rato con Ashlyn Carter.

Se había corrido la voz en este jodido lugar.

—Ya no tiene que preocuparse por mí, amigo —dije, a la vez que exhalaba una nube de humo—. Me voy dentro de unas horas.

—Earl Greene ha estado buscándole para echarle el guante.

—Dígale a Earl que no tengo ningún problema con él —declaré—. La señorita Carter me ha estado enseñando el pueblo. Nada más.

Me miró por encima del hombro y luego volvió a observarme.

—Señor, le sugiero que se olvide del *bourbon* y regrese al motel hasta que esté listo para marcharse.

—¿Disculpe?

—Hágame caso —dijo el camarero—. Hoy no es buena idea tomarse aquí una copa.

Me di la vuelta y seguí su mirada hacia los dos hombres de la mesa del fondo. Me estudiaban con atención, sujetando sus jarras de cerveza, pero sin beber.

Me volví hacia el barman.

—Déjeme adivinar. ¿Uno de esos tipos es Earl Greene?

El hombre asintió. Escuché el movimiento de las sillas y no tuve que girarme para saber que Earl y su amigo se habían levantado y se dirigían hacia mí.

—No quiero problemas aquí —dijo el camarero, bajando el vaso y metiendo la mano debajo del mostrador. De pronto, se me vino a la cabeza una imagen instantánea de él sacando una escopeta y volándome los sesos si me negaba a sacar mis problemas afuera.

—Confíe en mí, tipo grande, yo tampoco —le respondí.

Los dos hombres me flanquearon, retirando los taburetes de mi lado. El que estaba a mi derecha parecía salido de un anuncio de camiones gigantes, y el otro parecía que lo habían arrastrado por el barro y que tenía una gran historia que contar al respecto. Supuse que el de mi izquierda era Earl.

—Buenas tardes, muchachos —les saludé.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí, Lloyd? —dijo Earl a su amigo—. ¿No es el turista más famoso de Ludwig?

«Famoso. Bueno».

—Me gustaría pensar que soy el único turista —dije.

Lloyd me golpeó en la espalda y se echó a reír.

—Es un tipo gracioso, Earl.

—Sí, un verdadero cómico —sonrió este—. Es bueno tener sentido del humor. ¿No lo digo siempre, Lloyd? ¿Que es bueno tener sentido del humor?

—Seguro que sí, Earl.

«Estoy en medio de una de las peores películas de la historia, y el guionista incluso se las ha apañado para arruinar el diálogo».

—Venga, tipo gracioso, ¿qué tal si nos cuentas un chiste?

Le di otra calada al cigarrillo y lo miré.

—Lo siento, amigo, me he quedado sin chistes desde que estoy aquí. Parece que tu pueblo me ha chupado todo el sentido del humor.

—Bueno, entonces tendremos que cambiar eso, ¿verdad Lloyd? —dijo Earl, aplaudiendo—. Parece que el payaso ha perdido la risa.

—¿Payaso?

Earl asintió y se frotó las manos.

—Sí, así se les llama a los que hacen payasadas. Oí que eso es lo que has estado haciendo desde el primer día.

Lo miré a través del humo. No era un tipo mal parecido, exceptuando que era repulsivo y

grosero.

—¿Eso he hecho? —le pregunté.

—Sí, así es —dijo Earl, inclinándose—. Con mi esposa. Me han dicho que has pasado mucho tiempo con ella.

Solté el cigarrillo en el cenicero de la barra.

—Por lo que sé, Earl, es tu exesposa.

Noté que Lloyd se levantaba del taburete y se me acercaba, tanto, que pude oler el alcohol en su aliento.

—Eso es temporal —siseó Earl—. Estamos intentando que las cosas mejoren entre los dos.

—¿Igual que su cara?

Lloyd me agarró por el cuello y me volví rápidamente hacia él, cogí el cigarrillo y se lo aplasté en la frente. Dio un salto hacia atrás, volcó su taburete y gritó de dolor. Acto seguido me giré hacia Earl y, antes de que él pudiese reaccionar, le golpeé con mi codo en la cara y lo envié al suelo.

Me levanté de mi asiento justo cuando Lloyd vino por mí. Lancé un golpe, uno que sabía que solo iba a cabrearlo, y obtuve la respuesta que esperaba. El golpe apenas lo aturdió, me rodeó con sus grandes brazos, me levantó y me arrojó sobre una mesa, con tanta fuerza, que la partió por la mitad. Quedé tumbado en el suelo, gruñendo, para después darme la vuelta poco a poco, tratando de ponerme en pie, hasta que sentí una patada en el costado que me sacudió todo el cuerpo. Lloré de dolor, me alejé de un segundo ataque y me levanté apresuradamente. Earl vino a por mí con una velocidad que me pareció irreal, y logré esquivar sus dos primeros golpes a tiempo de propinarle yo uno de los míos. Se tambaleó hacia atrás y, antes de que Lloyd pudiera acudir en su ayuda, le di una fuerte patada en la ingle.

Lloyd me agarró de nuevo, pero esta vez estaba más preparado y giré mi cuerpo, usando su impulso para arrojarlo al suelo junto conmigo. Golpeé al grandote en la cara con mi codo, y escuché el característico sonido de huesos rotos. La sangre comenzó a brotar de su nariz y gritó en agonía, rodando lejos de mí y acunando su rostro.

Me puse en pie en cuestión de segundos, apoyándome en una silla que se derrumbó contra mí y me hizo tambalearme hacia atrás. Earl volvió a atacarme, pero esta vez me aparté de sus puños, que apuntaban a mi cabeza, y le rodeé con rapidez el cuello con un brazo. Apreté fuerte, ignorando sus golpes en la cara mientras lo estrangulaba lentamente. Miré hacia donde Lloyd todavía trataba de detener la hemorragia de su nariz y, sabiendo que ya no me molestaría más, apreté a Earl aún más fuerte. Se atragantó con mi agarre, pateó de forma inútil y agitó los brazos para intentar soltarse.

El chasquido de una escopeta recién cargada atrajo mi atención, y miré al camarero, que apuntaba su arma hacia mí.

—Ya es suficiente, amigo —dijo, saliendo de detrás de la barra—. Déjalo y vete de mi bar.

Liberé a Earl y levanté mis manos. Este se apartó, tosiendo y vomitando. Cuando volvió a mirarme, tenía la cara enrojecida por la ira y parecía un perro rabioso que acababa de encontrar su próxima víctima. Se lanzó hacia mí, pero se detuvo cuando el camarero le apuntó con la escopeta.

—Tú también, Earl —dijo—. Lárgate.

—¿Qué está pasando aquí, muchachos?

Todos nos giramos a la vez hacia la puerta. Maldije mi suerte cuando mis ojos se posaron en la estrella sobre el pecho de aquel hombre, brillante a la luz del sol.

## Capítulo 13 – Ashlyn

No pude dejar de llorar durante dos horas, y pasó otra más hasta que pude mirarme en el espejo sin sollozar. Traté de arreglarme lo más rápido posible, me sujeté el cabello con una coleta y me añadí dos toques de maquillaje en la cara. Después de todo, todavía tenía un trabajo que hacer, y no quería que Chuck y Martha se preocuparan demasiado.

Entré en la sala de estar, haciendo mi mejor esfuerzo para resetear mi mente y dejar de pensar en Chance, y vi su ropa esparcida al lado del sofá.

Maldita sea, Chance Ridder.

Noté las lágrimas corriendo de nuevo por mis mejillas y me las sequé con rapidez. Respiré hondo para retomar el control y me dispuse a calmarme y arrojarle al olvido. Nunca me había sentido tan humillada en mi vida. Me había abierto a él por completo, confiaba en él, y todo aquello me golpeó, como una brutal bofetada en la cara. Ni siquiera me importó que hubiera tratado de arreglarlo con su pequeño discurso. Lo único que me importaba era no volver a verlo.

Lo que hizo mi trabajo aún más difícil. La entrega al motel me llevaría cerca de él, y sabía que trataría de hablar conmigo, por lo que tenía que pensar en algo que decirle, algo que nos impidiera hacer una escena en el medio del motel. Mi única esperanza era que Hank hubiese arreglado su furgoneta, y que Chance hubiese dejado Ludwig para siempre. Por otra parte, sabía que no iba a ser tan afortunada.

«Deja de pensar en él».

Bien, así, de alguna manera lo mantendría fuera de mi vida.

Realicé a toda prisa mis rituales matutinos en el invernadero. En una hora ya tenía mi furgoneta cargada y lista para partir. Mi teléfono sonó justo cuando me puse al volante, y casi lo habría ignorado, de no tenerlo sobre el salpicadero. El nombre de Martha parpadeó en la pantalla.

ASHLYN: Martha, bienvenida de nuevo.

MARTA: Yo te diría lo mismo, cariño —me respondió con una risita—. Chuck me ha dicho que has estado desaparecida casi dos días.

ASHLYN: He tenido gripe —mentí—. Me siento un poco mejor esta mañana. En realidad, voy a verte ahora.

MARTA: Excelente. Te estaré esperando con tarta recién hecha y café.

Sonreí, colgué y me dirigí hacia al pueblo.



Lo primero que me llamó la atención cuando llegué al motel fue la larga limusina negra estacionada frente a la oficina. Parecía tan fuera de lugar, que casi pensé que estaba soñando. Fue la forma en que las gemelas la observaban, de pie en la acera, lo que me convenció de que era real.

«Ya no te molestas en permanecer en el anonimato, ¿verdad?», pensé.

Sacudí la cabeza con incredulidad. Chance obviamente tenía prisa por volver a su vida de *playboy*. Aquello me confirmó que no sabía nada de él, y lo mal que me la había jugado. Me sentí aún peor que antes.

Aparqué al lado de la limusina, y abrí a propósito la puerta contra ella. Las gemelas se encogieron. Britney me miró con horror, aunque a mí me pareció bastante cómica. Las saludé con toda la falsa alegría que pude reunir, y miré por la ventana hacia la oficina principal. No quería encontrarme con Chance y, si él estaba dentro, entonces me pondría a trabajar y hablaría con Martha más tarde.

Sin embargo, la oficina principal estaba vacía. Entré y llamé.

Martha apareció desde la habitación de atrás, todo sonrisas y oliendo como si acabara de salir de una panadería. Me envolvió en sus brazos, y casi me asfixió cuando me presionó contra ella.

—¿Cómo te he echado de menos! —gritó.

—Yo también, Martha —reí. Ella me soltó y me froté los brazos dormidos para que volvieran a la vida—. Si así es como me saludas después de un par de días, ¿qué pasará si no nos vemos durante una semana?

Martha me hizo un gesto con la mano y se acercó a la cafetera, la encendió y cortó dos porciones de pastel para las dos.

—¿Has visto el automóvil de ahí fuera? —me preguntó, colocando los pasteles en los platos y entregándome el mío. Ella me guiñó un ojo—. Resulta que teníamos un verdadero multimillonario en nuestro motel.

—Chance Ridder.

—¿Lo sabías? —dijo Martha con las cejas arqueadas.

—Me he enterado hace poco —admití—. Aunque tampoco es que haya tenido mucho contacto conmigo.

—No lo creo, sobre todo, cuando se trata de mujeres del negocio de las flores. —Martha me dedicó una sonrisa de complicidad.

—Oh, vamos —suspiré—. Solo le he enseñado Ludwig.

—Lo que tú digas, cariño —dijo Martha—. ¿Estás segura de que no le has enseñado algo más?

—¡Marta!

Esta se echó a reír y sostuvo mi rostro con ambas manos.

—Cariño, me alegraría por ti —confesó—. Es un hombre guapo, ¿y he mencionado que es multimillonario?

—No te tenía por una caza fortunas, Martha —me reí—. Además, no hay nada allí, confía en mí. No está dentro de mi radar.

—Bueno, definitivamente, está en el radar de Earl —respondió ella, caminando de regreso a la máquina de café.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —le pregunté.

—Todo el pueblo lo sabe —afirmó Martha—. El conductor de esa limusina está ahora mismo en la oficina del *sheriff* pagando la fianza de su multimillonario jefe.

—¿Qué? —pregunté con los ojos muy abiertos.

Marta frunció el ceño.

—La pelea del bar —explicó—. Espera, ¿de qué crees que estaba hablando?

No respondí. Me puse de pie de un salto y salí corriendo.



La estación del *sheriff* estaba sorprendentemente vacía cuando entré, pero las personas con las que menos quería encontrarme, estaban todas allí.

Todos levantaron la vista cuando me vieron entrar. El *sheriff* me dirigió una sonrisa molesta, casi como si estuviera tratando de disculparse por ser una mierda inútil cuando se trataba de algo relacionado con Earl. Justo a su lado, estaba el Gran Ben Greene, vestido como si hubiese venido a una importante reunión de negocios. Había un hombre que no reconocí, el cual supuse que era el conductor de la limusina.

Y, por supuesto, Chance.

—Ashlyn, justo la dama que queríamos ver —dijo Ben formalmente, con su sonrisa amplia y cálida, a pesar de la frialdad de sus ojos—. ¿No te dije que podríamos resolver esto con la ayuda de Ashlyn?

Ladeé la cabeza hacia un lado, tratando de entender lo que quería decir, pero rápidamente lo ignoré cuando Chance se acercó a mí, me cogió del brazo y me apartó a un lado.

—¿Estás bien? —le pregunté, olvidando de momento que quería abofetearlo.

—Estoy perfectamente —dijo en voz baja—. Pero no creo que a Earl le vaya demasiado bien.

—¿Qué ha pasado?

—Lo encontré en el bar —explicó Chance, mirando al *sheriff* y a Ben mientras hablaba. Sin embargo, Ben tenía sus ojos fijos en mí, observando mi reacción ante Chance—. Digamos que va a pensarse dos veces antes de enfrentarse a más turistas.

—Genial —dije. Ese hijo de puta se lo merecía. Crucé los brazos detrás de mi espalda para evitar la tentación de tocar su cara magullada—. ¿Te has metido en problemas?

—Creo que Earl va a demandarme, sobre todo, ahora que todos saben quién soy —dijo Chance—. Pero no te preocupes por eso, mis abogados se encargarán.

—Está bien, es bueno saberlo. —Forcé una sonrisa para él, pero no me resultó difícil.

Chance me devolvió el gesto.

—Escucha, lo de esta mañana...

Levanté una mano para detenerlo.

—Todavía estoy enfadada, y una parte de mí no quiere tener nada que ver contigo, así que no me recuerdes el motivo.

—Sin embargo, estás aquí.

Me mordí el labio y crucé los brazos sobre el pecho.

—Martha me contó lo sucedido y vine de inmediato. No fantasees.

Chance asintió y miró por encima del hombro a los otros que ahora nos observaban.

—¿Qué quiso decir Ben sobre que yo ayudaría a resolver esto? —le pregunté.

Chance sacudió la cabeza.

—Ignóralo —dijo—. Yo solo puedo con esto.

—Ashlyn, ¿podemos hablar contigo ahora? —dijo el *sheriff*.

Miré a Chance de nuevo, pero él estaba observando al *sheriff*, con sus ojos como dagas. Fuese lo que fuese de lo que estuvieron hablando antes de que yo llegara, era obvio que no le había sentado bien a Chance. Y, por la expresión de su rostro, tuve la sensación de que tampoco iba a gustarme a mí.

—Mira, Ashlyn, el señor Greene tiene una propuesta para ti que creo que puede beneficiar a todas las partes involucradas —explicó el *sheriff* cuando me uní a ellos—. Es mucho mejor que presentar un montón de cargos y enviar a alguien a la cárcel.

—Ashlyn no es una parte involucrada —afirmó Chance.

—Siento tener que diferir —dijo Ben, sonriendo con frialdad.

—No me importa cómo se sienta al respecto —respondió Chance—. La respuesta es no.

—¿Qué tal si dejamos que Ashlyn decida? —sugirió Ben, sin hacerme caso—. Mire, recientemente hemos sabido que el señor Ridder, aquí presente, es un hombre bastante rico y que, en estos momentos, está siendo el foco de atención de la prensa debido a su exceso en el abuso de drogas.

—Todo eso es una mierda —dijo el conductor de la limusina.

—Miles —le advirtió Chance con un gesto—. Yo me encargo.

—Bueno, cierto o no, la televisión tiene sus propias reglas, y estoy seguro de que la muestra de violencia del señor Ridder en Ludwig solo empeorará las cosas. ¿No está de acuerdo, *sheriff*?

El *sheriff* asintió. Por supuesto que él estaba de acuerdo. Estaría de acuerdo con que jodiesen a su esposa con tal de seguir recibiendo dinero. Mantuve la boca cerrada.

—Ahora, Earl está empeñado en presentar una demanda, dado que tiene múltiples huesos rotos y la tráquea casi aplastada —declaró Ben—. Traté de disuadirlo, pero está decidido a hacer que el señor Ridder pague por los daños que le ha causado.

Mierda. Me pregunté cuánto tiempo podría permanecer en silencio antes de estallar de rabia.

—Sin embargo, Earl está dispuesto a no presentar ningún cargo —continuó Ben, mirándome atentamente—. Bajo una condición.

—¿Y qué condición es esa? —pregunté. Ya sabía la respuesta, pero quería obligarlo a decirla.

—No importa —dijo Chance—. Ashlyn no tiene nada que ver en esto, así que lo veré en los juzgados, señor Greene.

—Oh, no sea tan imprudente, señor Ridder —rio Ben—. Deje que la joven decida por sí misma lo que quiere hacer.

—¿Cuál es la condición? —intervine.

Ben me miró unos segundos antes de hablar.

—Que retires los cargos que presentaste ayer contra Earl.

Me quedé paralizada, con los ojos como platos y la boca bien abierta.

—¿Los jodidos cargos por violación? —murmuré—. ¿Estás hablando en serio?

—Ashlyn, por favor, ese lenguaje... —suspiró Ben.

—¿Sabes qué? Jódete, Ben —grité y señalé con el dedo rígido al *sheriff*—. ¿Qué vigile mi lenguaje? Tu hijo intentó violarme, este perro faldero no ha hecho nada al respecto, ¿y quieres que retire los cargos?

El *sheriff* estaba a punto de responder cuando Ben levantó una mano para detenerlo.

—Sé razonable, Ashlyn —dijo—. Ambos sabemos que el señor Ridder ha tenido cierta intimidación contigo. Todo el pueblo está hablando de eso. Tienes la oportunidad de ayudarlo a evitar la desgracia pública y que se dañe de paso tu propia reputación.

Chance intervino antes de que pudiera contestarle.

—Créame, la demanda de su hijo es lo que menos me preocupa. Ya se lo he dicho, ella no va a retirar los cargos. De hecho, me aseguraré de que cuente con el apoyo de un equipo de abogados, que no se detendrá ante nada para que su hijo pase una buena temporada entre rejas.

—Señor Ridder, ambos sabemos que eso no va a suceder —dijo Ben—. Usted va a marcharse

en su lujosa limusina, con su elegante conductor y su actitud de mil millones de dólares, y volverá a lo que estaba haciendo antes de tropezarse por accidente con nuestro pueblo. Se olvidará de nosotros, mi hijo saldrá libre y, el hecho de que Ashlyn no haya sido hoy razonable, podría significar que va a tener una vida muy difícil en el futuro.

—¿Me estás amenazando? —Miré al *sheriff*, pero él apartó la vista.

—No, solo te estoy advirtiendo —respondió Ben, sin sonreír—. Acepta el trato, Ashlyn, y dejemos esto atrás. Tienes mi garantía de que Earl no volverá a molestarte nunca más.

—¿De qué sirve tu maldita garantía, cuando no puedes mantener a tu perro con una correa?

—Creo que ya está todo dicho, Ashlyn —concluyó Ben, entrecerrando los ojos—. Vamos a terminar con esto por hoy.

—No. —Chance se colocó frente a mí—. Esto no ha hecho más que empezar, voy a irme, y espero tener pronto noticias de su abogado. Usted tendrá noticias mías.

Hizo un gesto a Miles, este me tomó del brazo y se dispuso a llevarme fuera.

La voz de Chance se convirtió en un gruñido.

—Y si alguna vez vuelve a amenazar a Ashlyn, vendré a por usted con todo lo que tengo. Y no es una advertencia, señor Greene. Eso sí es una maldita amenaza.



—Ven conmigo.

Estábamos junto a la limusina, el conductor ya estaba al volante y el maletero cargado con las cosas de Chance. Sentí una ligera punzada en el pecho al tener que despedirme de él, algo que esperaba haber podido evitar, pero que tuve que afrontar sin más remedio. Si tenía alguna duda acerca de lo que sentía por él, esta salió volando por la ventana en cuanto supe que lo habían arrestado.

Pero todavía estaba enfadada con él por haberme mentado, y ahora también porque él pensase que iba a dejar todo atrás y marcharme de Ludwig.

—No puedo hacer eso —dije—. Sabes que no puedo.

—Ashlyn, ya has oído a ese hombre. A partir de ahora te harán la vida imposible.

—Puedo cuidar de mí misma —le aseguré.

La mirada que me dirigió reflejó lo mucho que discrepaba, y nunca tuve tantas ganas de golpearle como en ese momento. Las emociones contradictorias por las que estaba pasando empezaban a afectarme.

—Se puede construir un invernadero en Austin —dijo Chance—. Demonios, puedes abrir tu propia floristería. Puedo trasladar todo lo que tienes aquí en poco tiempo. Será como si nada hubiese cambiado.

—¿Te estás escuchando a ti mismo? —le pregunté con un resoplido—. Estaría en una ciudad completamente distinta, una ciudad enorme, una ciudad que me resulta extraña, rodeada de gente que no conozco. ¿Cómo va a ser igual?

—Estarías conmigo —dijo suavemente.

—No eres tan tentador ahora mismo —le dije—. Todavía tengo problemas con lidiar por todo ese asunto de la mentira.

—Ashlyn, mi médico...

—Chance, para —dije, levantando mis manos—. No voy a irme de Ludwig. Trata de tomártelo

como si hubiese sido una aventura o algo así, y yo intentaré hacer lo mismo. En realidad, no creíste que esto podría llegar a alguna parte, ¿verdad?

Chance me miró con una mezcla de sorpresa e incredulidad y, por un instante, pensé que quizá estaba cometiendo un error. ¿Realmente pensó que podíamos continuar lo que fuese que estuviéramos haciendo, mientras él estaba en una ciudad diferente? ¿Estaba siendo tan delirante como yo lo había sido anoche?

—Eso no es justo —replicó él—. No me estás dando muchas opciones.

—Una opción de hacer qué. Chance, por favor, no lo hagas más difícil de lo que ya es. Estoy canalizando toda mi ira por lo que hiciste para no sentir nada cuando te vayas. Vamos a dejarlo así.

—No tiene por qué ser así —argumentó, y pude ver que estaba un poco frustrado. Presionó dos dedos en el centro de su pecho y exhaló un largo suspiro. Me miró a los ojos, suplicando, haciéndome sentir como una mierda por no hacer lo que me pedía—. Ven conmigo, quédate un par de días en Austin y luego toma una decisión.

—Tienes que recuperar tu empresa —le dije—. Reuniones, prensa, y ahora una demanda. No quiero estar en medio de todo eso. No puedo manejarlo. ¿Cómo voy a poder decidir algo cuando nada a mi alrededor es estable?

—No lo estás mirando desde la perspectiva correcta, Ashlyn.

—Sí que lo hago —le espeté—. Escucha, aprecio lo que dijiste que harías con los abogados, y nunca lo olvidaré. Pero realmente creo que este debería ser el final. No veo que esto vaya a ningún lado.

Chance ejecutó una mueca irónica.

—¿Sabes? Hace un par de días, jamás le habría rogado a una mujer que estuviera conmigo.

Me mordí el labio y miré hacia otro lado.

—Lamento decepcionarte, Sabático.

Respiró hondo, dejó escapar un largo suspiro y luego asintió.

—Este jodido pueblo... —dijo.

Sonreí a pesar del dolor que sentía en mi corazón.

—Sí, Ludwig puede llegar a cambiar a la gente.

—No a todos, por lo visto —dijo él.

Nuestros ojos se encontraron y nos miramos en silencio unos segundos antes de que él se girase y se subiera al asiento trasero. La puerta se cerró, y casi esperaba que la ventana se deslizara hacia abajo, pero no fue así.

Vi como la limusina salía del motel y doblaba la esquina.

Chance Ridder acababa de desaparecer de mi vida para siempre.

## Capítulo 14 – Chance

Llegué a Austin justo cuando se estaba poniendo el sol.

El ático estaba impecable, gracias a la buena y vieja Paulina. Solté mi bolsa de viaje junto a la puerta, y fui directo hacia la cocina y la cerveza que esperaba en el refrigerador. Abrí una botella, tomé un largo trago y estiré mis doloridos músculos. La cabeza me daba vueltas, los pensamientos sobre cómo dejé las cosas en Ludwig me aplastaban como un peso muerto, y pronto decidí que la cerveza no iba a ayudarme.

En menos de una hora, estaba desplomado en el sofá, contemplando la ciudad con los ojos entreabiertos. Me había bebido la mitad de la botella de *whisky*.

Las únicas luces encendidas en el ático provenían de la cocina, pero eran suficientes para reflejar mi silueta en los grandes ventanales, y no me sorprendió verme hecho un jodido desastre. Necesitaba una ducha desesperadamente. Mi ropa parecía haber sobrevivido a un rodeo del que apenas había salido para contarlo. Con la botella de *whisky* en una mano y un cigarrillo moribundo en la otra, era la imagen ideal para un anuncio informativo sobre el ataque cardíaco, con el lema: *Este podría ser usted. ¡Llame al teléfono 1800 de asistencia al ataque cardíaco AHORA!*

«¿Cómo diablos te has convertido en este miserable desastre en solo dos días, Chance?», me pregunté frunciendo el ceño ante mi reflejo, enfadado conmigo mismo por parecer una mierda, sin mencionar que me sentía de la misma forma.

Cerré los ojos y, cuando los abrí, pude ver a Ashlyn reflejada en la ventana, con sus mechones rubios, ojos hermosos y la suave boca curvada en una sonrisa amorosa. Se estaba riendo, probablemente por algo estúpido que yo había dicho, y se mordía el labio de esa manera de la que me había enamorado.

¿Enamorado, maldita sea?

Sacudí la cabeza y parpadeé, tratando de borrar su imagen. Estaba siendo ridículo. Soy Chance Ridder, coño. No me enamoro de nadie. La gente me persigue, joder. La gente quiere estar conmigo. La gente no espera a que yo les pida que vengan a Austin conmigo. ¡La gente solo hace lo que yo quiero que haga!

Y, desde luego, no estaba enamorado. Ni de Ashlyn ni de nadie. Ella prefirió Ludwig antes que a mí. Que se pudriera allí hasta que los gusanos salieran de sus ojos y devoraran su piel hermosa, lechosa y suave.

Eché la cabeza hacia atrás y maldije a los dioses. El alcohol fluyó en mi cuerpo como un veneno, llegando a los recovecos más profundos de mi cerebro y tirando de cualquier hebra de cordura que me quedara. Era como una esencia viva, fusionándose con cada molécula en mi interior, convirtiendo cada emoción en rencor y odio. Miré la botella que tenía en la mano, me sentí todavía más asqueado por lo que estaba haciendo, y la lancé furioso por los aires.

Se hizo añicos sobre la ventana, el *whisky* se derramó y transformó mi reflejo en un desorden borroso. Me veía mucho peor que antes.

Me puse de pie, tropecé y caí, luchando a través de la bruma de mi mente mientras subía las escaleras hacia mi habitación. Necesitaba una ducha, un café y a Ashlyn.

Caí de bruces sobre mi cama, y el colchón me acogió en su cálido abrazo. Me imaginé a Ashlyn a mi lado, acariciando mi cabello, diciéndome que todo estaría bien. Casi podía sentir su roce contra mi piel.

Rodé sobre mi espalda, me di cuenta de que estaba realmente solo, y cerré los ojos.



Me desperté con un zumbido incesante que provenía de la planta de abajo. Con un gemido, me levanté y traté de aclararme la cabeza. Tenía una fuerte jaqueca que me hizo desear darme un tiro, y mi vista era tan borrosa, que durante unos segundos, pensé que todavía estaba en la habitación de mi motel en Ludwig.

El zumbido continuó y, al mismo tiempo que fui consciente de que estaba de regreso en Austin, en mi habitación y con una resaca debilitante, reconocí que aquel zumbido no era otro que el timbre de la puerta. Me atusé el cabello y maldije al imbécil que había decidido hacerme una visita que solo me haría sentir más incómodo. Me obligué a ponerme de pie y me llevó más de diez minutos bajar las escaleras.

Cuando abrí la puerta, Alice dio un paso atrás, con los ojos y la boca muy abiertos. Ella me estaba evaluando, y pude ver por la expresión de su rostro que se había llevado la sorpresa del año.

—¿Por qué no usas tu maldita llave?

—Dios, estás hecho una mierda —dijo ella—. Y olvidé mi llave.

Asentí, me di la vuelta y entré arrastrando los pies. Oí que me seguía el sonido de la puerta al cerrarse.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó, corriendo a mi lado y dejando caer su bolso sobre el mostrador de la cocina. Rápidamente, preparó la cafetera, la encendió y luego se volvió hacia mí—. Si esperabas descartar cualquier rumor sobre tu adicción a las drogas, te va a ser imposible.

—Solo necesito unos minutos para despejarme —dije—. Café y Tylenol, y estaré bien. Una hora como máximo —añadí con una voz pastosa que me pareció oír desde lejos.

—La reunión de la junta es en una hora —dijo Alice—, y tienes que estar listo. Tómate esto.

Cogí sus píldoras y me las tragué sin pensarlo dos veces, con grandes tragos de agua que descendieron por mi barbilla y me empañaron la camisa. Cuando volví a mirar a Alice, vi que me observaba con un gesto de completo disgusto y algo de lástima.

—Deja de mirarme así —le dije.

—Estás en un lío —respondió ella—. Menos mal que se me ha ocurrido venir antes de que aparecieses por la oficina. Si te llegas a presentar así, habrían llamado a seguridad para echarte.

—Nadie va a echarme de ninguna parte —dije—. Es mi jodida empresa.

—Es la empresa de Chance Ridder —respondió Alice—. Por ahora. Y no sé quién demonios eres tú.

La fulminé con la mirada, pero en seguida aparté la vista, al no poder mantenerla fija por mucho tiempo. Me sentía pesado, como si el suelo me empujara hacia él, prometiéndome paz y descanso si me recostaba y nunca volvía a levantarme. Era una idea tentadora. Sin embargo, sabía que Alice no lo permitiría.

—Dúchate, hay que moverse —dijo Alice.  
—En un minuto.  
—Chance, en serio, esto no es ninguna broma.  
—¡En un minuto!

Mi arrebató la tomó por sorpresa. Estaba acostumbrada a la versión controladora de mí, la que no le importaba si el cielo se caía a su alrededor porque sabía que era demasiado especial para ser tocado. Siempre le había mostrado la apariencia de un hombre que tenía su mierda bien controlada y, el hecho de que ella fuera igual que yo, era la razón por la que trabajábamos bien juntos. Esa ráfaga de furia repentina no era propia de mí, y me sorprendió tanto como a ella.

—Lo siento —me disculpé, rascándome la nuca y suspirando—. No tardaré.  
Ella no respondió cuando me bajé del taburete y volví a subir las escaleras.



Nos dirigimos a la oficina en silencio, y pude sentir la tensión en el aire como un manto negro de desagrado y disgusto. De vez en cuando, sorprendía a Miles mirándome en el espejo retrovisor y, aunque mi impulso era gritarle para que mantuviera sus ojos en la carretera, me controlé. Necesitaba mantener la calma si quería tener algún efecto positivo en la reunión de hoy.

Tenía el elemento sorpresa de mi lado, lo cual era algo bueno. Alice había tratado de mantener mi «regreso del lado oscuro» lo más secreto posible. Fue un movimiento inteligente, algo que me daría ventaja mientras los miembros de la junta decidían el destino de mi compañía sin mí. Si Dennis se hubiera enterado del hecho de que iba a volver, estaría preparado. El hijo de puta siempre estaba jodidamente preparado.

Alice me informó del papeleo que tendría que rellenar una vez que terminara la reunión, y ya tenía un memorando sobre el despido de Dennis listo para enviar una vez que tomase de nuevo las riendas de la compañía. Ella había convocado una reunión con los abogados, no les había dicho de qué se trataba, solo que el motivo era poder patear legalmente el trasero de Dennis y asegurarnos de que no pudiese contraatacar. Tenía acciones en la sociedad, y eso era algo que ninguno de nosotros podía evitar, pero, cuando todo esto terminara, solo podría acceder a los datos de Ridder Technology mediante un correo electrónico, como el resto de los accionistas.

Entramos en el garaje, las ventanas tintadas me ocultaron de los guardias de seguridad. Miles eligió estacionar en otra plaza que no era la mía, un poco más cerca de la puerta. Me pasé los dedos por el pelo, me alisé la corbata y miré a Alice.

—¿Cómo me veo?

Ella me echó un vistazo antes de salir.

—Como un millón de dólares. Lo cual es triste, teniendo en cuenta que vales un millón de veces más.

Lo dijo con tanto disgusto que me hizo estremecer. Lo descarté rápidamente, haciendo una nota mental para hablar con ella después de que todo esto terminase y se despejase el ambiente. Alice había estado a mi lado durante años, y no estaba dispuesto a perderla ahora.

Durante una fracción de segundo, la cara de Ashlyn brilló ante mis ojos, y recordé que la noche anterior había revisado mi teléfono y no había encontrado mensajes suyos ni llamadas perdidas. Nada.

«Mantén la cabeza en el juego. Una sola tormenta es suficiente, amigo», me dije.

Salí del coche y seguí a Alice al interior del edificio.

El guardia de seguridad junto a los ascensores se congeló al vernos, y se quedó con los ojos muy abiertos durante unos segundos antes de sonreírme.

—Bienvenido de nuevo, señor Ridder.

—Es bueno estar de vuelta... —Entorné los ojos en la placa del nombre en su pecho—. Roger. Le mostré mi mejor sonrisa y entré en el ascensor.



Subimos casi todo el camino en silencio y, justo antes de llegar al piso superior, Alice se volvió para mirarme. El ceño fruncido en su rostro no había cambiado, y la hacía parecer mucho más mayor de lo que realmente era.

—No sé qué te pasa —me dijo—, pero tenemos que llevar esto con cierta diplomacia. Lo que sea que te tiene tan nervioso, olvídalo hasta después de la reunión. Necesitas llevarte a todos a tu terreno. Simplemente explica tu afección médica y niega las acusaciones sobre las drogas.

—Eso debería ser fácil en cuanto sepan que Dennis les ha estado mintiendo —dije.

—En realidad no —respondió Alice—. Algunos de esos tipos trajeados llevan esperando una oportunidad como esta desde siempre, pero tenían demasiado miedo para intentar hacer algo.

—¿Perdona?

—Oh, vamos Chance —dijo ella con exasperación—. ¿Quién no querría sentarse en tu trono?

—La junta me ha sido fiel desde el principio —respondí—. Elegí personalmente a cada uno de los miembros.

—¿Como Dennis?

No respondí.

—Solo trata de encantarlos de nuevo y atraerlos a tu lado del campo de batalla —continuó Alice—. Dennis es una especie de héroe en este momento y, aunque consigas despedirlo, aún necesitas a la junta para rescindir su contrato. No los empujes a que voten en tu contra a pesar de las mentiras.

—Bien —acordé—. No puedo creer que esté tratando de salvar mi puesto en mi propia compañía.

—Cuanto más grande es el ascenso, más fuerte es la caída —murmuró Alice.

—¿Qué?

—Hemos llegado —dijo, ignorándome cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Casi todos los empleados me recibieron con la misma reacción del guardia de seguridad. Por lo visto, se habían creído las mentiras con que Dennis les había alimentado y, con los medios de comunicación montando la ola del engaño junto con él, era como si hubiesen visto a un muerto que regresaba de la tumba. Me hizo hervir la sangre.

Dos días. ¡Dos malditos días, y ocurre esta mierda!

Algunos de los empleados se acercaron a mí para darme la bienvenida y, antes de que pudiera darles las gracias, Alice los apartó y me condujo hacia la sala de conferencias. Era extraño estar de vuelta, como si hubiese pasado fuera varias semanas en lugar de unos pocos días. Nada parecía haber cambiado mucho, pero lo miraba todo bajo una luz completamente diferente. Había demasiadas cosas que no había notado antes, y ahora las percibía por primera vez.

Iba a tener que hacer algunos cambios. Después de limpiar el desorden. Todo lo demás podría

esperar.

Al acercarnos a la sala de conferencias, pude ver que ya estaban todos dentro, con Dennis al frente de la mesa donde normalmente me sentaba yo, hablando con entusiasmo sin dejar de mover los brazos. Cuando se dio cuenta de mi presencia, se detuvo en medio de su charla. Su reacción hizo que todos los presentes se girasen hacia mí.

No me fijé en sus caras, me concentré en Dennis, y solo en él. Apreté los puños y una furia repentina ardió en mi interior. Allí estaba él, mi mejor amigo, tratando de echarme de mi propia compañía y actuando como si ya ocupase la dirección.

Durante el viaje de regreso de Ludwig, traté de concebir cómo había pensado que podría salirse con la suya. No estaba fuera del país; Estaba en el mismo maldito estado. ¿Qué parte de la mente retorcida de ese imbécil pensó que no iba a ver las noticias, o que Alice no me llamaría para avisarme?

Pero conocía a Dennis. Probablemente, había estado planeando algo así desde siempre, inventando el plan perfecto, esperando la oportunidad para cavar mi tumba y empujarme hacia ella. Se había movido tan pronto como yo desaparecí, y estaba trabajando rápido. Si la reunión hubiera salido según lo planeado ayer, seguro que ahora yo libraría esta batalla desde un punto de vista muy diferente. La sola idea de que él hubiese urdido este plan de apuñalarme por la espalda, esperando con paciencia, fingiendo ser mi amigo, me enfureció aún más. Un lobo con piel de cordero, y yo había caído en sus redes.

En ese momento, me odiaba más a mí mismo que a él. Pero eso no significaba que no estuviese dispuesto a matarlo si sus mentiras me costaban mi compañía.

—Recuerda, con diplomacia —susurró Alice mientras abría la puerta de la sala de conferencias y me dejaba entrar—. Y no lo olvides, cuidado con tu corazón.

Uno o dos miembros de la junta se pusieron de pie para saludarme con una falsa sonrisa, como si realmente me dieran la bienvenida. La mayoría de los demás me miraron con la boca abierta, casi en *shock*.

La expresión de la cara de Denis no tenía precio.

—Chance —saludó, tratando de recomponerse—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sonreí, decidí no responder y me acerqué a él. Sin aminorar el paso, extendí el puño y lo golpeé en la cara.

«Con diplomacia, hijo de puta».

## Capítulo 15 – Chance

Alice comenzó a despotricar.

—¡Te pedí que hicieras una cosa! ¡Solo una!

La mayoría de los empleados ya se habían marchado de la oficina. Las pocas personas que quedaban estaban recogiendo sus cosas y preparándose para irse. De vez en cuando, cuando creían que no estaba mirando, nos echaban un vistazo a Alice y a mí mientras discutíamos dentro de mi oficina.

Hay que reemplazar las malditas paredes de cristal.

Acabábamos de salir de una reunión con los abogados después de estar evaluando durante horas cómo de grave iba a ser mi golpe contra Dennis. Alice tenía razón, no lo había manejado con delicadeza. Pero una mirada a la cara de ese bastardo engreído, y lo único en lo que pude pensar fue en golpearlo hasta que tuviese que hacer uso de su seguro dental.

Alice caminaba de un lado a otro frente a mi escritorio, y todo lo que podía hacer era recostarme en el sofá e intentar no enfadarla más de lo que ya estaba. En ese momento, me hizo sentir que esta era su compañía, no la mía. Era interesante que estar metido en esta basura, me hiciese darme cuenta de quiénes eran las personas que me rodeaban. Todo esto puso las cosas en perspectiva.

—Él va a demandarte, ya lo sabes —dijo Alice—. Y tiene suficientes testigos para hacer que parezca que lo has metido en una picadora de carne.

—No será tan malo —suspiré.

—¿En serio? —preguntó ella con sarcasmo—, seguro que Dennis se olvidará de todo esto. Tal vez venga y se disculpe por intentar joderte. ¿Sabes qué? ¡Tal vez podéis tomaros un par de cervezas, hablar de los viejos tiempos y preguntaros cómo diablos se ha jodido todo!

—¡Alice!

Ella se calló, respiró hondo y levantó la mano para evitar que dijera nada más.

—Lo sé, lo siento —dijo. Miró alrededor de la oficina y sacudió la cabeza—. Supongo que es solo... Chance, realmente me importa este lugar. Te he dado algunos de los mejores años de mi vida, incluso he rechazado muchas buenas ofertas y te he apoyado siempre. Esto no es solo un trabajo para mí, ¿entiendes?

—Lo entiendo. No hace falta que recites la lección, Alice.

Ella se sentó en una silla a mi lado y cruzó las manos.

—Me encantaría hacerlo, si no te importa.

La miré, me burlé y me froté los ojos.

—¿Qué?— me preguntó.

—¿Quiere que vuelva a mi infancia, doctor?

—Esto no es gracioso, Chance.

—Parece jodidamente gracioso desde aquí.

Abrió la boca para decir algo, la cerró y luego se inclinó hacia mí.

—Háblame.

La volví a mirar y esta vez no era Alice, mi fiel secretaria y compañera perpetua. Por la forma en que me observaba, sentía que sus ojos estaban clavados en mi alma, leyéndome sin que tuviera que decir nada. Era una parte de ella que apenas conocía, y me alegró hacerlo ahora. Como si realmente fuese mi amiga, y no solo a alguien a quien lo único que le importaba es de dónde vendrá su próximo sueldo.

Suspiré, me senté y me lamí los labios.

—Me vendría bien un trago.

—No es la opción más sabia, Chance —respondió Alice.

—¿Un cigarrillo?

—Los he tirado todos.

—¿Qué? —Ella me lanzó una mirada que me hizo saber que sería mejor no discutir. Cerré los ojos, recliné la cabeza, e intenté ordenar mis pensamientos—. Esto es una mierda.

Alice no respondió al principio, esperando que continuara y, cuando estuvo claro que iba a revolcarme en la autocompasión, preguntó:

—¿Qué pasó en Ludwig?

Hice una mueca ante la mención del pueblo, pero no se me ocurrió qué decir.

—¿Chance?

—Conocí a alguien —dije en voz baja.

Alice me miró durante un minuto antes de hablar.

—¿Y? Conoces gente en todas partes.

Sacudí mi cabeza.

—No me refiero a gente, Alice. Quiero decir, sí, claro, conocí gente, pero había una mujer —dudé—. Ashlyn Carter.

Alice levantó las cejas.

—¿En dos días? ¿Has conocido a alguien en solo dos días? ¿En una ciudad del tamaño de un campo de fútbol?

Me reí por la expresión de su rostro.

—En realidad, fue ella —le dije—. Se encarga de surtir las flores al motel en el que me hospedaba. Hermosa como el infierno, divertida, inteligente, ambiciosa.

—Oh, Dios mío —Alice sonrió.

—¿Qué?

—Te has enamorado de ella.

—Yo no me enamoro de nadie —suspiré.

—Hijo de puta, tienes sentimientos —se rio Alice, sentándose en su silla.

—Basta —le advertí, señalándola con el dedo.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Lo que tú digas, Casanova —sonrió—. ¿Te acostaste con ella?

—¡Alice!

—Bueno, ¿lo hiciste? —insistió.

La miré por un momento antes de asentir. Ella aplaudió y se echó a reír.

—No pierdes el tiempo, ¿verdad?

—No fue así —le respondí. Me puse en pie y me estiré, simulando que miraba por la ventana de la oficina, cuando en realidad pretendía que no leyera la expresión de mi rostro.

—Entonces, por favor, explícamelo, —me pidió—. Porque, desde donde estoy sentada, parece

que una chica de un pueblo pequeño ha conseguido atrapar y domesticar al salvaje Chance Ridder.

—Estás exagerando —le dije.

—¿Eso sería tan malo?

Me volví hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Alice se levantó y cruzó la habitación, se apoyó en la ventana y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué te resistes?

—No me resisto a nada —afirmé.

—Claro que sí —declaró—. No hay forma de que Chance Ridder se enamore realmente. No, Chance Ridder es demasiado bueno para el amor. Chance Ridder no necesita amor en su vida. Lo tiene todo.

—Está bien, entiendo tu argumento.

—¿En serio? Porque tengo la sensación de que estás minimizando esto tanto como sea posible, como si no importara.

—No importa —confirmé—. Ya no.

—¿Ya no?

Suspiré, dudé, hasta que me decidí a hablar.

—Le pedí que viniera a Austin.

—¿Hiciste qué? —Alice casi gritó, su sonrisa se extendía de oreja a oreja, con los ojos muy abiertos—. No puedo creerlo. ¡Entonces, estaba en lo cierto! ¡Te has enamorado!

—Como ya he dicho, no importa —retrocedí—. Ella dijo que no. No quiere dejar Ludwig.

Alice apoyó la cabeza contra el cristal.

—Guau —silbó—. Eso debe haber dolido.

—¿Podemos superar el hecho de que creas que he recibido un flechazo como un chico de secundaria? —pregunté—. Conocí a Ashlyn, la quería mucho, le pedí que volviera conmigo y ella se negó. Fin de la historia. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué estás actuando como un niño que no puede llegar al tarro de galletas?

—¿De qué mierda estás hablando?

—Quiero decir que eso explica muchas cosas —dijo Alice—. El estado en que te encontrabas cuando te recogí, los arrebatos, el haber golpeado a Dennis como si lo hubieras pillado durmiendo con tu esposa.

—Hizo algo peor que eso.

—Sea como fuere —respondió Alice—, definitivamente no eres tú mismo. Y está bastante claro por qué.

No le respondí, pero una parte de mí sabía que tenía razón. Creí que de alguna manera podría reprimir mis sentimientos hasta que resolviera las cosas en la compañía. Me había convencido de que podía empujar la imagen de Ashlyn de vuelta a los recovecos más oscuros de mi mente, manejar mis asuntos y luego volver a verla si quería. Pero no conseguí sacarla de mi cabeza en todo el viaje de regreso, ni anoche ni esta mañana. No podía dejar de pensar en ella y, en cierto modo, no sentía que eso fuese tan malo. Eso me estaba descuadrando, pero no era tan malo.

Golpeé mis nudillos en el grueso cristal, mirando las luces de Austin y preguntándome si las estrellas que se podían ver desde la casa de Ashlyn serían tan hermosas esta noche.

—Bueno, todo está debajo de la alfombra ahora. No sirve de nada hablar de eso.

—¿Por qué? —preguntó Alice.

—¿Cómo que por qué? Te acabo de decir que no quiere venir a Austin.

—¿Y cuándo te ha detenido alguna vez algo así? —dijo ella—. Desde que te conozco, a lo único que me atrevería a apostar mi dinero, sería que si Chance Ridder quisiera algo, atravesaría el infierno o una tormenta para conseguirlo.

—No puedes obligar a nadie a dejar su casa, Alice.

—Entonces tráela a la tuya.

Le fruncí el ceño, preguntándome de qué demonios estaba hablando. La expresión de mi cara debió de ser divertida, porque Alice se rió y sacudió la cabeza.

—Hoy has salvado tu empresa, Chance —dijo—. Y he eliminado al tipo que estaba tratando de fastidiarte. Si alguien puede convencer a una tonta campesina de que se mude a Austin para vivir con un multimillonario, ese eres tú.

—Una vez más, no es tan fácil.

—Entonces, eres tonto —dijo.

—Eso no ayuda.

—Si ella no quiere dejar Ludwig, ¿por qué no vas tú allí? —preguntó Alice.

—¿Estás loca? —me burlé—. Mira lo que pasó cuando me fui un par de días. ¿Quieres que me mude allí?

—No tienes que mudarte —dijo—. Puedes ir y venir, no necesitas estar aquí a diario, y tampoco allí. En un par de semanas, todo volverá a la normalidad y podrás planificarlo mejor. Tal vez, incluso puedas establecer una rama operativa en Ludwig.

—¿Consejos de negocios, Alice? ¿De verdad?

—Consejos sobre relaciones —respondió ella—, porque parece que no tienes ni idea de qué hacer más allá de las morenas cortitas o las rubias tontas con las que estás acostumbrado a joder.

Sonreí.

—Piénsalo —insistió—. Ya tenemos una unidad en Houston. Abre una más pequeña en Ludwig. Mejor aún, construye una sucursal de la compañía para que puedas centralizarlo todo. Dudo que el costo sea un problema.

No, no sería un problema, Alice no estaba muy descaminada. El único inconveniente era que no sabía si Ashlyn querría seguir con lo nuestro, incluso si yo volvía a Ludwig. Había dejado bastante claro que estaba enfadada conmigo y, por alguna razón, parecía la clase de chica que no perdonaba ni olvidaba fácilmente. No importaba lo que ella sintiera por mí.

«Entonces, llámala y descúbrela».

—Lo pensaré —dije.

—Claro que lo harás —aseguró Alice—. Llámala mañana, ¿de acuerdo? Ya has pasado suficiente, y tu estado de ánimo no parece que vaya a mejorar.

—He dicho que lo pensaré, eso es todo —mentí, y me di cuenta de que ella lo sabía—. Vamos a quitarnos de una vez a Dennis de encima.

—Tú eres el jefe —dijo Alice, colocando una mano alentadora en mi brazo y apretando suavemente—. Pero no arruines esto solo porque tienes miedo de arriesgarte, ¿de acuerdo? En el peor de los casos, una pequeña angustia podría resaltar tu lado humano.

Me reí, y ella me frotó el hombro y se giró para irse.

—Te veré por la mañana.

Ya casi había salido de la oficina cuando recordé algo.

—Por cierto, mañana podríamos necesitar reunirnos de nuevo con los abogados.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Puede que tenga que lidiar con otra demanda —expliqué—. Tuve un encuentro con un chico

en Ludwig, y probablemente va a demandarme.

—Tú no te aburres, ¿eh? —dijo Alice—. ¿Qué pasó?

—Él comenzó —sonreí—. Y yo lo terminé.

—Chance...

—El exmarido de Ashlyn no vio con buenos ojos que saliera con ella. Trató de mostrarme lo disgustado que estaba, y yo le mostré lo mucho que no me importaba.

Alice sonrió.

—¿Y dices que no te has enamorado de nadie?

—Buenas noches, Alice —me despedí, volviéndome para mirar hacia el horizonte—. No dejes que la puerta te golpee en el culo al salir.

—Buenas noches, Chance. Me alegro de que ya estés en casa.



A la mañana siguiente me desperté con un mensaje de Alice que decía que los abogados pensaban que sería mejor que no me presentase hoy en la oficina. Además de su promesa de que todo estaba bajo control, terminó el mensaje con un pequeño recordatorio de que tenía que hacer algunas llamadas y planes para organizar la futura expansión comercial en Ludwig, Texas.

Sabía de qué estaba hablando, y honestamente sentí que podía disfrutar de un día de soledad, pero el simple hecho de encerrarme con mis pensamientos durante horas, hasta que Alice volviese con alguna noticia, me preocupaba. Miré el bar, pensé en servirme un trago, y luego decidí que era demasiado pronto para eso.

Pasé la mayor parte del día descansando en el sofá. Mi teléfono estaba en silencio, las constantes notificaciones me molestaban, y había decidido ignorar las llamadas de números desconocidos después de que dos reporteros me bombardeasen con sus estúpidas preguntas. Alrededor del mediodía, Alice me envió un mensaje para que preparase una declaración para la prensa, y me sentí agradecido de poder ponerme a trabajar.

La verdad era que, desde el momento en que me había levantado de la cama, no podía dejar de pensar en Ashlyn.

Terminé mi declaración de prensa mucho más rápido de lo que esperaba, y la envié por correo electrónico, sabiendo que Alice la iba a retener hasta que fuese «políticamente correcta». Después, me dirigí a la cocina, rebusqué en el refrigerador y la despensa, y comencé a cocinar. Le había dado a Pauline el día libre y, aunque era agradable no tener a nadie molestándome, me sentí extraño al tener que hacer las cosas por mí mismo por una vez. Siempre me había encantado cocinar, pero, con la cantidad de tiempo que me ocupaba la empresa, ese pequeño pasatiempo se había desvanecido como casi todo lo demás. Poco a poco retomé el ritmo de las cosas, tarareando mientras trabajaba.

Comí mi almuerzo solo, de vez en cuando revisaba mi teléfono y me convencía de que solo quería asegurarme de que no me estaba perdiendo nada importante. La realidad, por supuesto, era que una parte de mí esperaba que Ashlyn se pusiera en contacto conmigo, un mensaje, tal vez una llamada, cualquier cosa que me hiciera saber que no era la única que se preguntaba si todavía había una oportunidad para nosotros. Abrí su número dos o tres veces, pero solo pude mirar su foto antes de volver al menú principal.

«Te va a dar un infarto con solo pensarlo».

Lo cual era cierto. Nunca había estado tan nervioso en mi vida, nunca tan inseguro de si debía hacer algo o no. ¿Qué sería lo peor que pudiese pasar? ¿Que ella no contestase? Pero ¿Y si lo hiciera? ¿Al menos eso no me serviría para acabar con esto, de una forma u otra?

Me estaba volviendo loco.

Luchando contra el impulso de servirme otro trago, decidí dar un paseo por la manzana para distraerme. Además, necesitaba comenzar mi rutina de ejercicio. Estrené mi ropa deportiva y cogí el ascensor para salir a la cálida brisa de la tarde.

Sin embargo, la caminata resultó infructuosa. No importaba cuánto me esforzaba en concentrarme en el entorno, mirando cosas que no necesitaba en los escaparates o charlando con el camarero mientras me pedía un café. Todavía no podía dejar de pensar en Ashlyn. La imaginaba en su casa verde, revisando los pedidos en su libreta, conduciendo su camioneta hasta el motel y las otras paradas para entregar sus flores, colocando lirios en la habitación que yo había ocupado. La imaginé en el restaurante, comiéndose una hamburguesa sola, tal vez tomando una taza de café antes de regresar a casa y terminar su día.

Y me imaginé su sonrisa. Sus ojos, mirándome por encima del hombro. Sus mechones rubios enmarcando su rostro y brillando bajo el sol de la mañana. Imaginé su roce en mi brazo, la forma en que apoyaba su cabeza en mi hombro, y todo su cuerpo, que parecía una pieza de rompecabezas que encajaba perfectamente en el mío. La imaginé besándome, suspirando contra mis labios, derritiéndose en mi agarre. Me imaginaba cómo sería despertar junto a ella todos los días.

Mi teléfono sonó, trayéndome de vuelta de mi ensueño, y dejé mi taza de café en una acera del parque mientras respondía.

ALICE: ¿Dónde estás? —preguntó Alice, sonando cansada pero lo suficientemente alegre como para darme esperanza.

CHANCE: Salí a correr, bueno, a dar un paseo —le dije—. Necesitaba estirar las piernas.

ALICE: Sabes que todos los canales de noticias de Texas están tratando de contactar contigo, ¿verdad?

CHANCE: Puedo manejarlos —Le dije.

ALICE: Pero no golpees a nadie, ¿de acuerdo? Ya estamos bien servidos.

CHANCE: Pensé que podríamos agarrar algún desafío más —bromeé.

ALICE: Definitivamente, no podemos.

Sonreí.

CHANCE: ¿Vas a ponerme al día, o no?

ALICE: Bueno, hasta ahora, tu novia ha sido de gran ayuda —dijo Alice—. Su exesposo ha presentado la demanda, pero después de que incumpliese su orden de alejamiento y otro montón de problemas, eso debería resolverse con bastante rapidez. En realidad, me sorprende que incluso haya decidido denunciarte.

«Porque nadie les había dicho que no antes, por eso».

CHANCE: ¿Y Dennis? —le pregunté.

ALICE: Eso es un poco más complicado —respondió ella, aunque su tono decía lo contrario—. Le ofrecimos un acuerdo, pero él todavía quiere ir a juicio. Lo cual piensan los abogados que es genial.

CHANCE: ¿Por qué?

ALICE: Bueno, digamos que se están llevando a cabo algunas indagaciones, y Dennis esconde los suficientes trapos sucios, incluidos los negocios turbios bajo el paraguas de Ridder Technology, como para que lo pongan tras las rejas durante bastante tiempo. Dejaremos que nos

demande y luego disparamos nuestras armas.

Hice una pausa.

CHANCE: Tráemelo mañana por la mañana y tendremos una conversación —le dije—. Cuando él descubra lo que sabemos, abandonará el caso y hará lo que le pidamos. No hay necesidad de arrastrarlo por el barro.

ALICE: ¿En serio? ¿Estás dispuesto a dejar que se salga con la suya y después de que ha tratado de robarte la compañía? Pensé que tendrías a Miles ahora mismo cavando su tumba.

Hice chasquear la lengua y consideré lo que acababa de decir.

CHANCE: La vida es demasiado corta. No necesito el estrés de un pesado juicio, incluso si eso significa enterrar a Dennis bajo tierra para siempre.

ALICE: Realmente has cambiado, ¿verdad?

CHANCE: ¿Eso es todo? —pregunté, poco dispuesto a pasar por otro análisis de los efectos de Ludwig en mi personalidad.

ALICE: Solo una cosa más. ¿Has llamado a Ashlyn Carter?

CHANCE: Alice, no es el momento, de verdad —protesté.

ALICE: ¿La vas a llamar?

Suspiré y bajé la cabeza. Había estado luchando con eso todo el día, y aún no me había decidido.

CHANCE: Por favor, en serio.

ALICE: Está bien, dejaré de fastidiar.

CHANCE: Gracias.

ALICE: Simplemente no lo dejes correr hasta que sea demasiado tarde.

CHANCE: Adiós, Alice —dije y colgué.

Regresé a mi edificio, con las palabras de Alice resonando en mi cabeza. Ella tenía razón. Si seguía posponiendo esto durante demasiado tiempo, cualquier ventaja que hubiera tenido con Ashlyn se habría evaporado. Subí en el ascensor hacia el ático, con mi teléfono en la mano y el número de Ashlyn listo bajo mi pulgar, esperando para presionar el botón de llamada. No logré reunir el coraje suficiente para hacerlo, hasta que entré en casa, con una botella de agua fría en la mano y el sol poniente en mi cara.

El teléfono sonó por lo que pareció una eternidad, y finalmente recibí su correo de voz. Era agradable escuchar su voz, incluso en un mensaje grabado, y cuando terminó con ese molesto pitido, volví a marcar. Ella tampoco respondió entonces, y colgué antes de que saltase el contestador, frustrado y, de alguna manera, avergonzado.

Solo tienes que aceptar el hecho de que ella trata de seguir adelante. Se acabó.

Solo que no sentía que fuera así. No quería aceptarlo. Tenía la sensación de que si podía hablar con ella, incluso conducir hasta Ludwig y verla, podría arreglar esto. Podría convencerla de darme una oportunidad, fuera cual fuera. Ella no necesitaba venir a Austin; ya me inventaría algo.

La idea de Alice apareció en mi cabeza, y reflexioné durante unos minutos antes de levantar mi teléfono nuevamente y marcar.

HANK: Taller de Hank —dijo una voz familiar al otro extremo de la línea.

CHANCE: Hank, hola, soy Chance Ridder.

HANK: Señor, Ridder —saludó Hank—. No., no... no esperaba recibir noticias tuyas tan pronto. ¿Qué puedo hacer por usted?

CHANCE: Estoy interesado en bienes inmuebles —respondí—. ¿Me puede recomendar un

agente inmobiliario en Ludwig?

HANK: Demonios, señor Ridder, no hay ningún agente inmobiliario en Ludwig.

CHANCE: Bueno, entonces, tal vez puedas ayudarme —le dije con una sonrisa—. Estoy buscando un lugar donde pueda ubicar una delegación de mi empresa.

HANK: ¿Una delegación? ¿En Ludwig?

CHANCE: Sí, algo lo bastante grande como para acomodar, digamos, una docena de personas más o menos —declaré, hablando sobre la marcha—. Algo en la carretera principal con buena visibilidad, de planta baja.

Hank guardó silencio por un segundo, y casi pude verlo balanceándose sobre sus talones con los ojos cerrados, sumido en sus pensamientos.

CHANCE: Solo me vienen a la mente dos lugares, pero no están en muy buenas condiciones, ya que necesitan mucha reforma —dijo finalmente—. Pero son más tiendas que oficinas. Eso es todo lo que puede encontrar en planta baja en Main Street, y seguro que nada de eso le pueda servir para una oficina donde pueda meter a una docena de personas.

CHANCE: Eso está bien —dije, estudiando las posibilidades—. ¿Podría averiguar qué hay disponible, el precio y ese tipo de cosas y llamarme después? Haré que valga la pena. Y es importante que nadie en Ludwig se entere de esto.

HANK: Claro, mis labios están sellados —dijo Hank. Hubo un breve silencio antes de continuar—. Si no le molesta que le pregunte, señor Ridder, ¿por qué querría abrir una oficina en un pueblo como Ludwig?

Me sonreí a mí mismo.

CHANCE: Digamos que Ludwig me dejó una impresión duradera.

## Capítulo 16 – Ashlyn

La vida transcurría despacio en Ludwig durante el otoño. Había mucho menos que hacer, y la gente se volvía perezosa, con los niveles de actividad peligrosamente bajos. Y en este pueblo, eso significaba algo. Era casi como si la vida se hubiera detenido por completo.

Mi negocio siempre marchaba bien en los meses de invierno, y cada año, por esta época, solía hacer todas las reparaciones y renovaciones posibles mientras todavía tenía el dinero para ello. La caldera de casa necesitaba un reemplazo urgente, y el camión gemía con todo tipo de dolencias. Tendría que hacer números este fin de semana a más tardar, o arriesgarme a tener que encontrar un trabajo a tiempo parcial para poder llegar a diciembre y enero.

Aparqué en el sitio de costumbre en el motel, salí de mi camioneta y corrí rápidamente hacia la oficina. Un suave viento había comenzado a levantarse, abriéndose paso a través de cada capa de ropa que llevaba, y enviando escalofríos por mi columna vertebral.

La oficina estaba vacía. Me dirigí a la cafetera y la encendí. Esperé a que se llenara la jarra y puse las manos contra el vidrio en un esfuerzo por calentarlas un poco, con los ojos cerrados ante la placentera sensación del calor que se elevaba por mis brazos y se extendía por todo mi cuerpo.

Miré hacia el sofá a mi izquierda e inmediatamente imaginé a Chance sentado allí, con una sonrisa en su rostro mientras hojeaba revistas centenarias esparcidas sobre la mesa de café.

Sacudí la cabeza, tratando de deshacerme de la imagen. Habían pasado casi ocho semanas desde que vi esa limusina salir del motel, llevándose a Chance con ella. En el tiempo transcurrido entre entonces y la última vez que hablamos, había pasado más tiempo en la cama que en toda mi vida. Su ausencia dolía, y el hecho de que lo hubiera dejado ir había dolido aún más. Había hecho todo lo posible para actuar con indiferencia, para lucir una perfecta sonrisa falsa cada vez que venía al motel, aunque sabía que no pude engañar a nadie, especialmente a Martha. Traté de ignorar la voz dentro de mi cabeza que me rogaba que lo llamara o que respondiera sus llamadas, o que al menos le devolviera el mensaje. Había tomado una férrea decisión, arrancada desde adentro como si mi alma hubiera pasado por una trituradora.

Sin embargo, él se había preocupado por mí. Sus abogados se habían presentado según lo prometido y, después de una o dos sesiones en el juzgado, se habían asegurado de que ni Earl ni ningún miembro de la familia Greene volvieran a acercarse a mí. En buena medida, incluso le habían dado algunos golpes leves al *sheriff*, lo suficiente para hacerlo un poco más cauteloso, pero no tanto como para que me odiara.

Le envié un mensaje de texto cuando todo terminó, agradeciéndole su ayuda y haciéndole saber cuánto apreciaba lo que hizo por mí. No pude llamarlo, sabiendo que escuchar su voz significaría que tendría que pasar por el mismo dolor que me había costado superar la primera vez. Me llamó varias veces y luego me dejó un simple mensaje de «de nada» cuando no contesté. Sabía que no era justa con él, que le debía más que un simple mensaje, pero no podía hacer nada más que eso.

Pero incluso después de dos meses, aunque se había vuelto más fácil, todavía no podía evitar pensar en él de vez en cuando. ¿Qué habría pasado si hubiera dicho que sí? ¿Habría podido vivir

en Austin? La voz de mi madre sonaba constantemente en mi cabeza, decepcionada porque había decidido quedarme atrás, incluso cuando la oportunidad de salir de aquí había llamado a mi puerta.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer?

Fruncí el ceño, enfadada con mi mente por jugarme una mala pasada, por arrojar imágenes de lo que podría haber sido, solo para volver a quitármelas. Fue cruel, pero al mismo tiempo frustrante. Había tomado la decisión correcta. Sé que lo era. No había nada para mí en Austin. Toda mi vida estaba en Ludwig; todos mis conocidos, todo lo que conocía, mi pequeña burbuja de confort en el gran mundo. Y mis plantas. Mi invernadero. ¿Cómo podría siquiera considerar dejar todo lo que había construido? ¿Cómo podría pedírmelo ese bastardo?

«¿Y por eso realmente es por lo que estás enfadada?».

Exacto. Tenía que ser por eso. Porque, si no, entonces no habría nadie más a quien culpar por cómo me sentía, aparte de mí misma, y reconocerlo no iba a sentarme bien. Seguí adelante, o al menos pensé que lo había hecho, y Chance solo se redujo a un recuerdo; no del Chance que huyó de mí, sino del que no pude tener.

Por otra parte, podría haber habido una manera de hacerlo funcionar. Pero no estaba segura de nada.

Sacudí la cabeza con rabia, frotándome los ojos con las palmas de las manos, concentrando todo mi odio en Chance y lo que me estaba haciendo, incluso desde kilómetros de distancia. Un *playboy* millonario que pensó que podía obtener lo que quisiera. ¿Qué demonios iba a hacer con un hombre como él? ¿Tener a sus hijos, cocinar para él y ser su esposa trofeo mientras él se follaba a todas las cabezas huecas que quisiera?

—Llegas temprano.

Me di la vuelta, sorprendida de que alguien hubiera podido entrar a la oficina sin que lo oyera. Le sonreí a Martha mientras se frotaba las manos y brincaba en la oficina.

—Hace más frío cada día —dijo, soplándose aire en las manos ahuecadas.

—Bueno, estamos a unos días de noviembre —respondí—. Así son las cosas, ¿no?

—Lo curioso, cariño, es que no importa la edad que tenga, lo juro, los inviernos siempre se vuelven más fríos. —Se rio entre dientes—. ¿Ya ha entrado Chuck?

Sacudí mi cabeza.

—No lo he visto.

—*Mhmm*. —Martha rodeó el escritorio y abrió el libro de contabilidad—. Esto es genial —murmuró.

—¿Qué pasa?

—El escritor va a quedarse todo el mes de diciembre —dijo Martha—. Ahí van nuestros planes navideños. Y también parece que en Año Nuevo.

—¿En serio? —Miré por encima del escritorio. El libro de contabilidad estaba vacío, salvo por un nombre—. Eso es extraño.

—Será mejor que escriba una obra maestra —comentó Martha, frotándose los hombros para mantenerse caliente—. O de lo contrario podría matarlo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunté, sirviéndome una taza de café y preparando otra para ella.

—¿Qué podemos hacer? —Martha se encogió de hombros—. Por lo general, en esta época del año, cerrar un mes o dos no nos afecta realmente. De todos modos, es temporada baja, y una buena oportunidad para que Chuck y yo nos relajemos por un tiempo.

Regresé y deslicé su taza hacia ella.

—Gracias, cariño —dijo, tomando un sorbo—. Parece que este año, sin embargo, estamos atrapados aquí.

De repente se me ocurrió una idea.

—Si quieres, puedo dirigir el motel por ti —sugerí.

Martha frunció el ceño y me miró como si acabara de decir algo en un idioma que no podía entender.

—¿Qué?

—Mi negocio estará parado durante diciembre y enero —expliqué—. Probablemente sea mejor hacer algo útil, y así tendréis tú y Chuck algo de tiempo libre. —Hice una pausa—. Además, no me vendrá mal el dinero.

—¿Estás segura? —preguntó Martha—. ¿No crees que será una carga? Cariño, estoy segura de que también necesitas tu propio tiempo libre.

Deseché su observación.

—Será casi lo mismo que quedarse en casa —dije—. Y quizás alguien más quiera escaparse aquí para encontrar un poco de soledad. En realidad, podría conseguir algunos invitados.

Martha se rio entre dientes.

—Lo dudo mucho —afirmó—. Por otra parte, nunca se sabe qué camioneta puede averiarse en la carretera interestatal cerca de nosotros.

Le levanté una ceja, sabiendo exactamente lo que se proponía. Desde que Chance se marchó, no había dejado de tirarme de la lengua. Yo desviaba con amabilidad la conversación a otra cosa, y ella tenía la sensatez de dejar que el asunto se desvaneciera cuando sabía que no quería hablar de eso. Pero eso no la hacía desistir de seguir intentándolo.

—Si algún camión se estropea cerca de aquí, espero que Hank decida ignorarlo —dije.

Martha solo me miró, luego asintió y me dedicó una sonrisa de complicidad.

—Bueno, entonces, hablaré con Chuck al respecto cuando llegue —dijo—. Sé que esperaba pasar la Navidad con la familia.

—¿De verdad?

Marta se encogió de hombros.

—No veo por qué no —dijo—. Además, lo más probable es que podamos mostrarte todos los entresijos en un día o dos. No es mucho lo que se necesita para administrar este lugar y, siempre que cuides bien del señor *Bestseller*, todo irá como la seda.

—Eso es genial —sonreí—. Estamos de acuerdo, entonces.

—Gracias, Ashlyn, aunque no tenías por qué hacerlo.

—De verdad, me servirá de distracción.

Martha suspiró, luego se inclinó sobre el escritorio y me miró directamente a los ojos.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir así, pequeña?

—¿Cómo?

—Ashlyn. Sabes exactamente de lo que estoy hablando.

Hice una mueca y me encogí de hombros.

—No sé, Martha —admití—. Ya no quiero sentirme así. Solo quiero ignorarlo y seguir con mi vida.

—Pero no puedes.

—No, no puedo, me esfuerzo, pero no puedo sacármelo de la cabeza. Y de otros lugares... —Puse mi mano sobre mi corazón—. ¿Por qué no puedo echarlo fuera de aquí?

Marta sonrió.

—Creo que sabes la respuesta.

—Sí, claro, pero es estúpido —dijo—. Fue una idea estúpida desde el principio. Nunca debería haber dejado que sucediera.

—Cariño, estas cosas no necesitan de tu permiso para suceder —dijo Martha—. Simplemente lo hacen. —Ella se echó hacia atrás—. ¿Crees que planeé enamorarme de Chuck? El hombre era un desastre cuando lo conocí, y todavía lo es, en cierto modo. Solía ser un joven flaco que trabajaba en el taller de mi padre, sin un dólar en el bolsillo. Era encantador y divertido, pero no del tipo ideal para mantener una relación, y aun así me enamoré de él, y el resto es historia.

Hizo una pausa, sus ojos brillaron brevemente mientras recordaba, y luego me miró de nuevo.

—La camioneta de ese chico se averió justo en las afueras de Ludwig, y se encontró en este motel con la florista más hermosa de todo Texas. Él era la solución para que dejases de vivir sola en esa casa y de tus problemas con el asqueroso hijo de Greene, ¿quieres llamar a eso coincidencia?

—¿Estás tratando de decirme que es el destino lo que nos unió? —pregunté, medio sonriendo.

—Llámalo como quieras —dijo Martha—. El destino, la suerte ciega o el diablo jugando al ajedrez con Dios. Lo que sí sé, Ashlyn, es que nunca antes te había visto así. Y si Chance Ridder es el culpable, entonces eso tiene que significar algo.

Pensé en lo que decía y, aunque le encontraba cierto sentido, no pude estar de acuerdo con ella.

—No lo sé.

—Sí lo sabes —dijo Martha con una sonrisa—. Pero, de nuevo, es tu vida. Es solo que no quiero verte cometer un gran error y arrepentirte el resto de ella.

Estaba a punto de responderle cuando dos automóviles pasaron delante de la oficina y entraron al motel. Miré por la ventana grande y los vi estacionarse cerca de la vieja habitación de Chance. Cuatro hombres salieron de los vehículos, se estiraron y bostezaron y fueron a sacar el equipaje de los maleteros, mientras uno de ellos se separó del grupo y se dirigió a la oficina.

—Bueno, supongo que vas a tener más invitados de lo que esperábamos —dijo Martha, justo cuando el hombre abrió la puerta de la oficina y entró.

Nos dirigió a las dos una amplia sonrisa y se quitó las gafas.

Lo primero que me pregunté era por qué las llevaría. El cielo estaba nublado, y era raro ver parches de luz solar lo bastante grandes como para necesitar gafas de sol.

—Buenos días —saludó el hombre.

—Buenas tardes —respondió Martha, sonriendo y un poco divertida por el recién llegado. Parecía que había hecho un gran esfuerzo por encajar. Con los *jeans* y la camisa recién comprados, se veía claramente incómodo.

Un chico de la gran ciudad, como Chance.

Solo que este estaba pidiendo a gritos ser expulsado de Ludwig con una escopeta. Ya podía jurar que iba a odiarlo, y rezaba en silencio para que él y sus amigos solo estuvieran aquí una noche, y no tener que tratar con ellos en el futuro. Por suerte, a partir de hoy no tendría que hacer más entregas.

—Mis amigos y yo queremos reservar dos habitaciones —dijo el hombre, sacando una tarjeta de crédito del bolsillo y deslizándola sobre el mostrador.

—Claro —dijo Martha—. ¿Han estado conduciendo mucho tiempo?

—Todo el camino desde Austin.

Mi cabeza giró bruscamente y lo pillé comiéndome con los ojos, sonriendo como un idiota.

—Interesante —dijo Martha, lanzándome una mirada de reojo—. No son los primeros viajeros que llegan desde Austin. ¿De camino a Houston?

—No. —El hombre sacudió la cabeza, y de vez en cuando me miraba—. Nuestra empresa nos ha enviado aquí para reformar un nuevo espacio de oficina. Supervisaremos el trabajo durante las próximas semanas.

—¿Semanas? —preguntó Martha, alzando una ceja.

—Sí —asintió el hombre—. ¿No se lo he dicho? Oh, lo siento, sí, queremos reservar las habitaciones hasta unos días después de Año Nuevo.

—Eso son dos meses —le dije a pesar de mí misma, y el hombre se volvió para mirarme. Frunció el ceño un poco, como si estuviera tratando de analizarme, y eso solo consiguió que me cayese peor.

—Sí, dos meses —dijo, volviéndose hacia Martha—. ¿Hay algún problema?

Martha me miró, como preguntándome si mi oferta todavía estaba en pie. Me encogí de hombros. No serían un mayor problema.

—No, en absoluto —dijo Martha—. Solo déjeme preparar el papeleo.



No sabía que Polly Wagner había vendido su tienda, lo cual era extraño. Una información como esa habría viajado a través de Ludwig en menos de una hora, pero, por algún motivo, la venta había permanecido en secreto.

Pasé por el lugar de camino a casa, disminuyendo la velocidad al mirar por las ventanas oscuras y la puerta con candado. Polly había dirigido una panadería con bastante éxito en aquel lugar, hasta que su esposo falleció y tuvo que pagar las deudas de juego, las cuales desconocía. Había vendido todo excepto la tienda en sí, probablemente con la esperanza de que algún día pudiera volver a abrirla.

Al parecer, ella había renunciado a ese plan. Tomé una nota mental para pasar por su casa y ver cómo estaba. No podría estar muy bien después de eso.

¿Pero quién demonios la habría comprado?

Fruncí el ceño. ¿Quién en su sano juicio compraría y convertiría una tienda en un espacio de oficina? ¿Y exactamente qué tipo de oficina iba a ser? Había algo extraño en todo esto, y no me gustó ni una pizca. No era normal que algo tan grande como esto pasara desapercibido o ignorado.

Por lo general, la venta de una tienda sería motivo de chisme en la ciudad, pero no lo había sido en este caso. No había oído nada al respecto en el restaurante, que era el centro de chismorreos de Ludwig, e incluso Martha parecía sorprendida cuando el hombre me explicó por qué él y sus amigos estaban allí. Y cuando se trataba de Martha, se enorgullecía de saber todo lo que sucedía en el pueblo. Esto debió de haberla matado.

«No importa. Lo descubrirás pronto», me dije. Eché un último vistazo a la tienda, sacudí la cabeza con asombro y me alejé.

## Capítulo 17 – Ashlyn

Gemí cuando los golpes en la puerta me despertaron.

Estaba debajo de las sábanas, con el teléfono en silencio y la alarma apagada, ya que tenía la intención de dormir lo más posible. Era treinta y uno de diciembre, y el hecho de que el Año Nuevo llegase en solo veinticuatro horas, me había hecho sentir aún más deprimida que el clima frío.

Además, había pasado la Navidad sola por primera vez en años. Había colocado y decorado un hermoso árbol, pero ese era el alcance de mi alegría navideña. Me preparé una lamentable cena de Navidad a base de pavo, y lloré hasta quedarme dormida.

Lo sé. Patético.

Chuck y Martha habían tomado ya sus deseadas vacaciones y, durante las últimas siete semanas, la vida había sido bastante lenta y mundana. El motel no recibió nuevos huéspedes, y los hombres responsables de las renovaciones en la antigua tienda de Polly habían sido casi tan reservados y silenciosos como el escritor, a pesar de la inquietante actitud inicial de su portavoz, con sus miradas perversas en mi trasero.

Se habían marchado ayer, y aunque dijeron que su trabajo había terminado, nadie en el pueblo tenía idea de qué estaban haciendo exactamente o quién era el nuevo propietario del espacio renovado en Main Street. Al principio, había sido un poco desconcertante, luego se convirtió en una curiosidad molesta y, al final, en una exigencia para la gente de Ludwig, que pensaba que tenía derecho a saber qué estaba ocurriendo en su propio pueblo. Sin embargo, pronto eso también pasó, y la gente comenzó a ignorar por completo la tienda, que había quedado perfecta gracias a los cuatro desconocidos de Austin.

El escritor también se había ido, una semana antes de los renovadores, con una amplia sonrisa en su rostro tras declarar que su trabajo aquí había terminado, y que estaba listo para regresar a la civilización. Me habría parecido insultante si no hubiera estado tan feliz de que se marchase.

Con las tres habitaciones ahora vacantes, había decidido cerrar el motel durante unos días y pasar el Año Nuevo en la cama. De ese modo podría dormir durante las fiestas y despertar cuando el mundo volviera a su rutina normal, es decir, cuando un día no se diferenciaba del siguiente.

Me sentí como un oso hibernando, contenta de permanecer en mi habitación hasta el fin del invierno. Incluso había traído algunos libros para hacerme compañía.

Por eso, aquellos golpes que me habían despertado me molestaron tanto.

Me puse un suéter y bajé las escaleras, el piso frío me hizo temblar mientras saltaba a la puerta principal. Pensé en atacar verbalmente a quien fuera que creyera que era una buena idea despertarme, pero me congelé cuando abrí la puerta.

—Buenos días, señorita Carter.

Parpadeé varias veces, reconociendo instantáneamente al conductor de Chance, Miles, completamente ajena a por qué estaba allí.

—Miles, ¿verdad?

El hombre sonrió y asintió.

—Espero no entrometerme.

—De hecho, me ha despertado —le dije—. Si Chance tiene algo que ver en esto, hágale saber que, si quiere frustrarme tan temprano por la mañana, debería venir él para que pueda gritarle en persona, en lugar de a usted.

—La verdad es que el señor Ridder me ha enviado a recogerla —señaló Miles, aún sonriendo a pesar de mi amenaza—. Lo habría hecho él mismo si creyera que le abriría la puerta.

—Un hombre inteligente, su jefe —declaré—. ¿Y qué le hace creer que iré con usted? Creo que le dejé bastante claro a Chance cuál era mi postura respecto a... bueno, lo que sea.

Miles asintió de nuevo.

—Él dijo que diría eso, y me ha pedido que le asegure que no trata de entrometerse en su vida. Solo quiere que lo acompañe en la presentación de su nuevo proyecto comercial en Main Street.

—¿Era él? —casi grité—. ¿Chance compró la tienda? ¿Por qué demonios haría eso? Él no entiende nada, ¿verdad?

—Me temo que no, señorita Carter —aseguró Miles.

—Bueno, puede decirle que le deseo lo mejor, y que espero no encontrarme con él mientras esté aquí —le dije, cerrando la puerta.

Miles me detuvo y rápidamente sacó lo que parecía un pequeño portafotos del bolsillo interior de su traje. Era apenas del tamaño de mi palma. Me lo entregó y lo miré confundida. Un lirio seco había sido colocado por manos expertas dentro del marco de vidrio. Miré a Miles y fruncí el ceño, esperando una explicación.

—En la parte de atrás —dijo él con una sonrisa.

Le di la vuelta al marco y leí la inscripción.

*Uno de los lirios que había en mi habitación.*

*La razón por la que nos conocimos.*

*Chance*

Sentí una oleada de emociones y una pequeña punzada en el pecho. Deja de aguantar el tipo. Lo echas de menos, admítelo, y ahora está aquí y quiere verte. ¡Ve con él, maldita sea!

Miré alternativamente a Miles y al portafotos. Él se quedó allí esperando, con una sonrisa firme y las manos detrás de la espalda.

—Dame quince minutos —dije al fin.



Nunca antes había subido a una limusina. El viaje a la ciudad fue divertido, pero un poco incómodo. Sentía como si un tipo rico me estuviese conduciendo hasta su mansión, donde le mostraría a la chica de la pequeña casa de campo todas las maravillas que el oro podía comprar. Era pretencioso como poco, pero, una vez más, no podía esperar que Miles me recogiera en la vieja camioneta Chevy, ¿verdad?

Una pequeña multitud se había reunido alrededor de la tienda de Polly, y sentí que todos los ojos se volvían hacia la limusina cuando esta se detuvo en el lado opuesto de la calle. Dudé, sintiéndome algo molesta y asustada por la forma en que la gente me miraría una vez que saliera del coche.

Miles se dio la vuelta y me sonrió.

—Le abriría la puerta, pero tengo la sensación de que ya está bastante nerviosa —dijo—. A menos que prefiera que lo haga.

—Está bien, Miles, puedo abrir la puerta de un coche yo sola —le aseguré sonriendo—. Dudé por un breve momento, respiré hondo y luego salí.

Todos me observaron mientras me acercaba a la tienda, algunos sonriendo, otros frunciendo el ceño confundidos mientras trataban de descubrir qué estaba pasando. El clima frío hizo que la mayoría de los espectadores se amontonaran uno al lado del otro en busca de calor, pero cuando pasé junto a ellos, se separaron para poder verme mejor.

Chance me estaba esperando cerca de la puerta, y me quedé paralizada al mirar más allá de las ventanas de la tienda hacia el espacio interior.

Esta se había convertido en un invernadero, similar al que tenía detrás de mi casa. Flores de todas las formas y tamaños decoraban el frente de la tienda, y en el interior podía distinguir hileras de estantes y bancos, todos repletos de plantas. Mis ojos se alzaron lentamente y jadeé cuando vi el letrero colgando sobre la puerta.

*Las flores de Ashlyn.*

Sentí lágrimas en mis ojos y mis manos comenzaron a moverse solas. Las junté con firmeza, tratando de calmarme, pero no lo conseguí. Mi labio inferior tembló, y rápidamente lo mordí, luchando contra las lágrimas, deseando mantenerme serena.

—Siempre me ha encantado verte hacer eso —dijo Chance, acercándose a mi lado.

Miré sus ojos azules y fascinantes, clavados en los míos, y su sonrisa, que me hizo derretirme. Si es que eso era posible, se veía aún mejor que la última vez que había estado aquí, y su rostro parecía brillar. Sus pupilas tenían un pequeño brillo travieso, y supe que estaba orgulloso de lo que había logrado, feliz por mi reacción a su sorpresa.

Supe que estaba enamorada de él allí mismo. En seguida olvidé sus mentiras, la convicción que tenía de que nunca podría estar con él, y el hecho de que había estado tratando de superarlo durante casi cuatro meses. Todo lo que sentía ahora era una profunda sensación de anhelo, un deseo de que él me tomara en sus brazos y me presionara contra él, para que pudiera envolver mis brazos alrededor de su cuello y decirle cuánto lo había echado de menos.

—Chance, ¿qué es esto? —pregunté, ya sabiendo la respuesta, pero con miedo de admitirlo.

—Es una floristería —me respondió—. Pensé que sería obvio.

Me reí y una lágrima corrió por un lado de mi cara.

—Ya lo veo —aclaré—. Quiero decir, ¿por qué mi nombre está en la puerta?

—Hace poco que he descubierto que las flores están cobrando mucha importancia y que, con una tienda adecuada, en el lugar correcto, y administrada por la persona adecuada, realmente podría ser un negocio floreciente —dijo—. Valga el juego de palabras.

Golpeé su brazo y doblé el mío sobre mi pecho, mientras todo mi cuerpo temblaba de emoción. La tienda era absolutamente hermosa y sabía que, si entraba, sería aún más impresionante. Me faltaban las palabras, mis emociones corrían a través de mí como maremotos, chocando entre sí, haciéndome desear el más breve de los momentos que casi llego a rechazar para siempre.

Y al mismo tiempo, estaba demasiado agradecida de no haberlo hecho.

—Es preciosa —dije al fin.

—Es tuya —respondió Chance.

Lo miré y encontré su mirada.

—¿Por qué?

—Tú no ibas a venir a Austin —me contestó—, así que pensé que debía venir yo.

—¿Qué? —Jadeé, negándome a creer lo que estaba escuchando.

—No respondías mis llamadas ni mis mensajes de texto, por lo que supuse que todavía estabas enfadada conmigo. Pensé que necesitaba hacer una gran entrada si quería que me escucharas.

—Todavía estoy enfadada contigo —le dije—. Necesitarás mucho más que una floristería para convencerme.

—Puedo darte la limusina —bromeó Chance—. Llámalo un regalo de Navidad tardío. O un regalo de Nochevieja.

—En serio, Chance.

—Hablo en serio —aseguró—. Yo tengo dos.

Me reí y sacudí la cabeza con incredulidad.

—No quiero tu dinero, imbécil.

Chance se echó a reír, tomó mis manos entre las suyas y me giró para que lo mirase de frente.

—Lo sé —dijo—. No he vuelto para tratar de comprar tu vida, Ashlyn. Estoy aquí porque quiero ser parte de ella. Lo quise desde el momento en que te conocí, pero tuve que pasar por un par de demandas para darme cuenta.

—Eres un hombre muy extraño —sonreí.

Chance se encogió de hombros.

—Uno de mis mejores rasgos. —Apretó mis manos suavemente, frotando mis nudillos con sus pulgares—. No te voy a mentir. Tengo una vida loca, y no podré dejar mi empresa después de todo lo que he pasado para construirla. Pero entiendo que no se trata solo de mí, y que no puedo esperar que hagas lo que yo no estaba dispuesto a hacer. Pero quiero encontrar un camino. Quiero que esto funcione. Necesito que esto funcione.

Miré la tienda y luego otra vez a él. Mi mente se aceleró e intenté aceptar lo que me estaba pidiendo. No sabía si podríamos lograrlo. No sabía si podría haber un nosotros, con todas las complicaciones que eso conllevaría. Pero, definitivamente, estaba dispuesta a intentarlo. No podía negarlo más, no podía seguir engañándome: quería a Chance Ridder en mi vida. Lo necesitaba tanto como él me necesitaba a mí, y no me asustaba admitirlo.

—Entonces, ¿qué está proponiendo, señor Ridder? ¿Una sociedad?

Chance se rio y se encogió de hombros.

—No estoy seguro —dijo—, pero estaré aquí en una especie de descanso durante una semana o dos, así que estoy seguro de que lo resolveremos de alguna manera.

—¿Otro año sabático? —pregunté.

Se inclinó, atrayéndome hacia él y uniendo sus labios con los míos. El beso fue tan apasionado, tan amoroso, que sentí que mis rodillas amenazaban con doblarse debajo de mí.

Se separó y me tomó de la barbilla, mirándome directamente a los ojos.

—Esto puede ser lo que queramos que sea. Feliz año nuevo, Ashlyn. Haré todo lo que esté a mi alcance para que este año que viene sea increíble.

## Capítulo 18 – Chance

Pasamos la mayor parte del día en la tienda. Quería mostrarle todo lo que habíamos hecho, cada renovación realizada y, por supuesto, el gran software de su nuevo ordenador, el cual le permitiría hacer crecer el negocio y ayudarla a alcanzar el potencial que sabía que tenía. Todo el tiempo, sostuve su mano con fuerza, cerca de mí, pues no quería dejarla ir.

Había sido casi imposible mantener la apertura de *Las flores de Ashlyn* en secreto. Hank había sido responsable de eso, y el hombre era más astuto de lo que esperaba. Había estado involucrado en la compra de la tienda en todos los sentidos, asegurándose de que Polly recibiera una buena compensación por ello y de que no tuviera que preocuparse por el dinero durante mucho tiempo. Por supuesto, la única condición fue que no mencionase nada sobre el comprador, ni siquiera sobre la venta.

Incluso el equipo enviado para supervisar la reforma había sido cuidadosamente seleccionado por la propia Alice, quien les prometió una bonificación si eran discretos. Recibimos informes constantes de su parte, que cada día nos acercaban un paso más a la apertura. Como la inversión en la tienda provenía de mis finanzas personales, había sido fácil mantener nuestro trabajo en secreto y lejos de miradas voraces.

Tenía la esperanza de tener el lugar abierto para la víspera de Navidad, pero no ocurrió según lo planeado. La gente se tomó un descanso y los vendedores cerraron, por lo que la víspera de Año Nuevo fue la nueva fecha para presentarle la tienda a Ashlyn.

Durante todo el tiempo estuve imaginando cuál iba a ser la mirada en su rostro cuando llegase el gran día. Solo de pensarlo me ponía ansioso, y en un par de ocasiones tuve que evitar enviarle mensajes de texto sobre mis planes y estropear así la sorpresa. Había sido un infierno no poder hablar con ella, y fue peor aún cuando traté de contactarla y ella no respondió. Pero, con cada rechazo, estaba más y más resuelto a terminar el proyecto. Entonces ya no sería capaz de ignorarme.

Y había funcionado. Nunca la había visto más feliz. Era como una niña corriendo a través de un Toys R 'Us, dado que todos los juguetes eran suyos. Nunca dejó de sonreír o llorar por eso y, una vez que terminamos y salimos afuera para mirar el nuevo letrero sobre la puerta, sentí que valió la pena la espera.

Ashlyn se apoyó contra mi brazo y descansó su cabeza contra mi hombro.

—Entonces, ¿cuánto tiempo has dicho que va a durar este año sabático?

—Dos semanas —respondí, envolviéndola en un fuerte abrazo.

—Me alegra que este sea más largo —dijo ella.

—Bueno, nadie está tratando de robarme la empresa, y mi camioneta no se ha averiado en la interestatal —sonreí—. Esta vez está todo planeado.

—¿Cómo hiciste todo esto sin que nadie lo supiera?

—Digamos que con muchos sobornos y amenazas y, por supuesto, tuve que retener algunos niños como rehenes.

—Suena como algo que podrías hacer.

—*Ouch*. —Me reí entre dientes—. ¿Cómo puedes tener tan pobre opinión de mí?

—Tienes la extraña habilidad de hacer que la gente piense lo peor de ti.

—Debe ser el ambiente de la gran ciudad —bromeé.

—O tu arrogancia —sugirió Ashlyn. Me reí y la apreté más fuerte—. El motel está cerrado —dijo después de unos segundos de silencio.

—Lo sé. Los muchachos me han dicho que lo estuviste administrando durante un tiempo.

—Chuck y Martha necesitaban un descanso.

—Bueno, dejaron el lugar en buenas manos —le dije—. ¿Vas a abrirlo de nuevo para que pueda conseguir una habitación?

Ashlyn me miró y sonrió con picardía.

—Conozco un *Bed & Breakfast* a pocos kilómetros de distancia. He oído que el dueño es el mejor.

Me reí y la besé.

—Ella ciertamente lo es.



Apenas habíamos cruzado la puerta antes de que nuestros labios se unieran y rodease mi cuello con sus brazos, derramando su aliento sobre mí mientras me besaba. Pateé la puerta para cerrarla, la cogí por las caderas y la levanté fácilmente. Ella envolvió las piernas alrededor de mi cintura, y la llevé a la sala de estar hasta el sofá sin separar nuestros labios.

Nos caímos uno encima del otro. Besé cada centímetro de ella, moviéndome a través de su mandíbula hasta su cuello, respirando su dulce aroma y sintiendo que mi mente se aceleraba con la emoción que sentía por estar aquí, envuelto en ella de esta manera. Exploré su cuerpo con mis manos, las deslicé debajo de su suéter y hasta sus senos sin sujetador, agitándonos mientras nos besábamos febrilmente, hambrientos.

Sus dedos en seguida encontraron mi cinturón, lo desabrocharon, y luego hizo lo mismo con el botón y la cremallera de mis *jeans* mientras me quitaba el suéter. Ansioso, tomé uno de sus pezones en mi boca, chupando fuerte, mordisqueando a la vez que apretaba el otro. Estaba jadeando, gimiendo suavemente, frotando su entrepierna contra la mía, hasta que terminó de desnudarme y se apretó contra los cojines mientras yo le lamía.

Empujó mi cabeza hacia abajo, dirigiéndome hacia donde quería que mis labios fuesen a continuación. Le desabroché los *jeans* con rapidez y se los quité, al igual que las bragas. La miré, la acogí y traté de memorizar cada centímetro de ella. Encontró mi mirada, y pude contemplar sus ojos medio cerrados, y escuchar su respiración pesada. Era absolutamente hermosa, y me sentí como un idiota por haberla dejado antes.

—Bésame, Chance —dijo—. Bésame ahí abajo.

Me agaché, pasando mis labios por el interior de sus muslos, sintiendo el calor de su coño mojado contra mi cara. La agarré por el culo, soplé suavemente contra su coño y de repente enterré mi cara en sus pliegues húmedos. Su gemido llegó como un largo y fuerte grito de placer, e inmediatamente sus dedos se clavaron en mi cabello y me empujaron más fuerte contra ella. Dejé que mi lengua la explorara, lamiendo cada centímetro de su coño, enterrándolo profundamente dentro de ella antes de lamer un camino hacia su clítoris. Estaba retorciéndose en mis brazos, sus

piernas apretadas contra mi cabeza, sus dedos amenazaban con arrancarme el cabello del cuero cabelludo.

Su orgasmo llegó rápidamente, en erupción como un volcán, chupé con fuerza su clítoris y le regalé varios más pequeños hasta que me rogó que me detuviera. Me puse de pie, bajándome rápidamente mis *jeans* mientras ella me miraba con una mirada satisfecha en su rostro. Me agaché y la besé, y su mano encontró mi pene, sus dedos lo envolvieron y lo bombearon con suavidad mientras nos besábamos.

Ella me atrajo hacia sí, y ni siquiera tuve tiempo de prepararme antes de que me tragara dentro de su boca. Casi me desplomé al sentir sus suaves labios a mi alrededor, su lengua girando alrededor de mi polla mientras chupaba. Su mano continuó bombeando y, cuando sentí que me estaba acercando, me retiré, la agarré de la cintura y la coloqué sobre sus manos y rodillas.

Estaba muy mojada, mi polla se deslizó dentro de ella fácilmente, su coño me envolvió y me chupó con hambre. Sus músculos se apretaron sobre mí, haciéndome gemir de placer cuando comencé a moverme. La agarré por las caderas, con su trasero golpeando contra mi abdomen mientras me balanceaba contra ella, llenándola tan profundo como pude, moviéndome más rápido y más fuerte con cada empuje. Me miró por encima del hombro, al mismo tiempo que sus ojos se encontraban con los míos, consiguiendo que me excitara más, y me hiciera chocar contra ella con más vigor mientras sus gemidos se convertían en gritos. Estiré la mano y encontré su clítoris, y en unos segundos la sacudí con otro orgasmo y me alejé para detenerme.

Pero no tenía suficiente. Lo que había comenzado como un deseo de estar juntos, un deseo de tocar, besar y sentir la cercanía entre nosotros, se convirtió también en una necesidad casi animal. La agarré por los tobillos, la atraje hacia mí y me situé entre sus piernas.

Levantó las manos sobre su cabeza, con sus senos a la vista mientras yo deslizaba mi polla dentro y la follaba. Me agaché, chupé un pezón, sintiendo que la empujaba con cada centímetro de mí más y más en su interior. Aceleré el ritmo, sus pies plantados a ambos lados mientras levantaba sus caderas y se acercaba, encontrándonos en cada empuje. Gritó de placer, me rogó que me moviera más rápido y estaba más que ansiosa por llegar. Sus pechos rebotaban frente a mí, sin que yo pudiese soltar sus caderas para poder mantenernos en posición.

Ella me atrajo de nuevo, llevando mi peso sobre ella mientras la follaba. Sus piernas se envolvieron alrededor de mi cintura, sus talones se clavaron en mi trasero y me obligaron a profundizar. Sentí que me acercaba y aceleré, enterrando la cara en su cuello. Con sus pechos presionados contra el mío, los brazos alrededor de mi cuello y sus talones sujetándome y obligándome a profundizar, gemí y exploté dentro de ella.

Llegué con rotundidad, y la fuerza de mi orgasmo fue como un torrente de sangre en la cabeza, obligando a mis ojos a cerrarse mientras ella me abrazaba con ímpetu.

Nos quedamos así unos minutos, con la respiración pesada, la fuerza de su corazón latiendo intenso contra mi propio pecho. Me puse de pie y la miré con los ojos vidriosos, cansados y satisfechos.

Me agaché y la besé.

—Te he echado de menos, Chance Ridder —me susurró al oído.

Me las arreglé para ponerme de pie, levantarla en mis brazos y llevarla arriba.



—¿Crees que podré lograrlo?

Ashlyn yacía en mis brazos, con la cabeza en mi pecho. Le acaricié el cabello dorado, pasando suavemente los dedos por su brazo. La sensación de tenerla tan cerca me hizo sentir que había muerto y había subido al cielo.

—¿Qué quieres decir?

—La tienda —murmuró.

—Acabamos de tener una de las sesiones de sexo más intensas en mucho tiempo, ¿y estás pensando en la tienda?

Ashlyn se rio.

—El sexo me hace feliz, y cuando soy feliz, pienso en la naturaleza y en mi invernadero. Hizo una pausa.

—Ahora la tienda también.

—Tu idea de la felicidad es muy extraña —dije.

—No te burles de mí, o esta puede ser la última vez que tengas relaciones sexuales —dijo—.

Al menos conmigo.

Besé su cabeza y la apreté fuerte.

—No querría estar con nadie más.

—Dijo el *playboy*...

Me reí y la besé de nuevo.

—Sí, lo creo —le dije.

—¿A qué te refieres?

—A que creo que vas a conseguirlo. Solo necesitas un poco de trabajo y planificación, pero tienes el coraje, y eso es todo lo que realmente importa.

Ella me miró y sonrió, besándome suavemente en los labios.

—Sabes que decir en el momento adecuado, Sabático. Qué encantador.

—Es la verdad —respondí.

—Ya veremos —sonrió, acercándose a mí—. ¿Y qué hay de esto?

—¿De nosotros?

Ella asintió.

—No lo sé —dijo—. Solo sé que quiero estar contigo, tanto como sea posible, el mayor tiempo posible.

—Realmente quieres decir eso, ¿no? —preguntó ella, mirándome de nuevo.

Encontré su mirada, perdiéndome en la forma en que sus ojos parecían brillar a la luz de la luna que entraba por las ventanas.

—Lo digo en serio —respondí—. Me he vuelto loco estos últimos meses solo de pensarlo. En este momento, solo quiero disfrutarlo tanto como pueda.

—Sabes que no puedes recoger y salir de Austin, ¿verdad? —preguntó—. Y ahora que me has comprado una tienda, no puedo dejar Ludwig.

—Sí, la verdad es que no lo he pensado bien.

Ella se rio y me dio una palmada en el pecho, juguetona.

—Entonces, ¿qué hacemos, sabático?

—Nos vamos a dormir, nos levantamos, tenemos más sexo, hacemos el desayuno y luego más sexo —respondí—. Entonces lo pensaremos.

Ella se rio y se recostó contra mí.

—Puedo apuntarme a eso.

—Me alegro.

Pasamos unos minutos más en silencio antes de sentir que se me cerraban los ojos.

—¿Chance?

—¿Sí? —murmuré.

Ella dudó.

—Martha me habló hace unas semanas y dijo algo que no he podido olvidar. ¿Crees en el destino?

Sonreí.

—Creo que mi Chevy eligió un lugar realmente bueno para fastidiarse —dije.

—¿Entonces solo fue una coincidencia?

—Destino o coincidencia, no creo que importe —dije—. Lo que importa es que estamos aquí. Cómo sucedió, es una historia que les contaremos a nuestros amigos y familiares durante la cena.

Ella suspiró y cambió a una posición más cómoda.

—Estás enamorado de mí hasta la médula, ¿verdad, *playboy*?

No respondí, solo la apreté más fuerte y besé la parte superior de su cabeza. Pero tenía razón. Estaba enamorado de ella y, en ese momento, no podía imaginar nada en el mundo que me hiciera sentir mejor.

## Epílogo – Chance

—Está bien, en serio, Chance, ¡fuera!

No podía parar de reír. Su cara estaba sonrojada, su cabello recogido en una coleta alta y su camisa cubierta de tierra. Acababa de pasar las últimas tres horas moviendo plantas en el invernadero, preparándose para transportar un bulto a la tienda, y obviamente yo le seguía el ritmo.

Había hecho de mis visitas a Ludwig un ritual. Cada fin de semana conducía hasta aquí, siempre en el Chevy, y cada dos meses liberaba mi horario para poder pasar al menos una semana con Ashlyn. Durante los últimos tres meses, eso funcionó perfectamente bien hasta hacía unos días, cuando ya no pude soportar estar en una ciudad diferente, y llegué con la esperanza de convencerla de que volviera conmigo.

Sin embargo, Ashlyn no era fácil de influir. Desde que le compré esa tienda, ella había empezado a trabajar como una profesional. Antes lo había hecho sola, y ahora tenía dos empleados a tiempo completo para ayudarla. Incluso le había dado una oportunidad al plan de distribución, y el negocio había crecido en solo unas semanas. Recibía pedidos de casi todos los pueblos de los alrededores y, a veces, incluso de las afueras de Houston.

Le había configurado algunos de los mejores programas de seguimiento y operación que mi compañía había creado, y afortunadamente, había sido de ayuda. El único problema era que Ashlyn estaba tan entusiasmada con su reciente éxito, que sabía que mi petición de que abandonase todo para mudarse a Austin iba a encontrar bastante resistencia. Además, mi deformación profesional ni siquiera podía entender por qué querría hacerle esto.

Ella no me impidió seguirla constantemente durante los últimos dos días, y con un pedido importante de Houston a punto de enviar, estaba comenzando a perder su paciencia.

—No tiene gracia —dijo mirándome—. Tengo trabajo que hacer. No todos poseemos un negocio multimillonario con un ejército para dirigirlo cuando no estamos cerca.

—*Ouch* —dije, colocando mi mano sobre mi corazón en un simulacro de dolor—. Eso ha dado en el blanco, Ashlyn.

—Sal, Chance —dijo, sosteniendo una pequeña pala y apuntándome—. Y si no, que Dios me ayude.

—Bien, bien —me reí—. Esperaré en tu casa.

—*Hey*, espera —dijo. Ella vino a mí con los brazos extendidos y los envolvió alrededor de mi cuello. Me besó suavemente en los labios y presionó su frente contra la mía—. Te amo, Chance Ridder. Y gracias por todo.

—De nada, —la miré a los ojos—. ¿Algo más?

—No, puedes irte —indicó, susurrándome al oído—. Espérame dentro.



Esperé en la sala de estar, jugueteando con la cajita azul que había traído de Austin. Había tardado una eternidad en elegir el anillo que había en su interior, sobre todo, porque había tenido la tonta idea de pensar que Alice iba a serme útil para este tipo de cosas. El único problema era que, cuando se trataba de Alice, su atención al detalle no conocía límites, y había buscado en internet y en todas las tiendas de diamantes en Austin la sortija correcta.

«Si Ashlyn me dice que no, me pegaré un tiro».

Escuché que la puerta principal se abría y se cerraba, y me guardé la cajita en el bolsillo con rapidez, mostrándole una amplia sonrisa mientras ella se detenía en el umbral de la sala y me miraba.

—Bienvenida a casa —dije alegremente.

—Está bien, Chance, déjame intentar decir esto lo mejor que pueda —dijo, dando un paso adelante y cruzando los brazos sobre el pecho—. Te amo. Mucho. Y el hecho de que te tomes el tiempo para venir hasta aquí y estar conmigo, es algo que aprecio más de lo que puedas imaginar. Pero...

—¿Hay un pero?

Levantó una mano para hacerme callar y suspiró.

—Tengo mucho trabajo este fin de semana. El pedido de Houston nos está volviendo locos, y apenas estamos cumpliendo. Necesito hacer cosas, y no podré si vas a seguir interponiéndote en mi camino solo porque estás aburrido.

—Estoy muy aburrido.

—Chance, en serio.

Me levanté del sofá y me puse de rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, pellizcando el puente de su nariz para demostrarme lo frustrada que sentía por mis payasadas.

Saqué la caja de mi bolsillo y la abrí, sin dejar de mirarla. Cuando al fin se concentró en mi mano, sonreí por la forma en que abrió los ojos y la boca.

—¿Chance?

—Escucha, no soy el tipo de persona al que le resulta fácil tranquilizarse —le dije—. Y, sinceramente, no tengo ni idea de cómo hacer lo que estoy haciendo en este momento.

Ella sonrió un poco y pude ver como las lágrimas afloraban a sus ojos.

—Elegir el momento, desde luego, no es tu punto fuerte.

Me reí.

—No, no lo es —dije—. Pero sí soy bueno en saber lo que quiero, y lo que quiero, Ashlyn Boone, es pasar el resto de mi vida contigo. —Esperé un instante antes de continuar—. Y con tus flores.

Ella se rio, cubriéndose la boca con las manos cuando una lágrima rodó por su mejilla. Sacudió la cabeza despacio, incrédula, observó de nuevo el anillo y después volvió a mirarme.

—Estás loco —dijo por fin.

—¿Es un sí?

Ella no dudó. Cayó de rodillas frente a mí y me regaló un profundo beso.

—Sí —susurró—. Sí, idiota. ¡Mil millones de veces sí.

## Capítulo extra de sexo - Chance

La sensación del agua caliente en mi cuerpo fue genial. Y la piel desnuda de Ashlyn pegada a la mía lo hizo aún mejor.

No podía tener suficiente de ella. La forma en que sus ojos se clavaban en los míos, la forma en que me sonreía, cómo le caía el cabello sobre la cara en mechones que rebotaban cada vez que giraba la cabeza. Con solo estar cerca de ella me daba vueltas la cabeza y, ahora, con los dos en la ducha, desnudos excepto por el anillo en su dedo, no pude evitar desearla aún más.

Sus besos eran apasionados, incluso un poco salvajes, como si hubiera estado esperando hacer esto todo el día y solo necesitara una excusa. El agua se mezcló con la sensación de sus labios, y su lengua hizo pequeños bailes en mi boca, como si no estuviera muy segura de qué parte de mí quería probar antes. Sus brazos estaban apretados alrededor de mi cuello, sus senos presionados contra mi pecho y, aunque el agua estaba caliente, el calor que provenía de entre sus piernas era como un horno.

La acerqué, sintiendo el calor de su sexo contra mi muslo. Mis labios trazaron besos desde su cuello hasta su clavícula y luego sobre su hombro. Presionó sus caderas contra mí y su respiración se intensificó. Me abrazó con fuerza y sus uñas se clavaron en la piel de mi espalda. Sus labios encontraron su camino hacia mi oído, mordisqueando el lóbulo mientras su respiración se convertía en suaves gemidos, sin dejar de mover sus caderas.

Apreté su trasero, con mi boca en la suya, respirando su aliento. Con el agua cayendo sobre nosotros, era casi como si nos estuviéramos fusionando a través de la caricia de nuestros cuerpos entrelazados. Era increíble. Me agaché entre sus piernas, mis dedos rozaron suavemente el interior de sus muslos antes de deslizarse entre los labios de su coño, y ella se aferró a mí mientras su cuerpo se estremecía.

—Chance —gimió.

Mis dedos encontraron su clítoris y lo apreté con suavidad, provocándole nuevos estertores que la sacudieron de arriba abajo. Con sus uñas arañando mi espalda, y con su boca contra mi oreja, podía oír su respiración cálida y pesada, y deslicé dos dedos dentro de ella.

—Oh, Dios —gimió, levantando una pierna y envolviéndola alrededor de la mía para darme un mejor acceso. La abracé con fuerza y la balanceé en mis brazos, a la vez que deslizaba mis dedos dentro y fuera de ella, aumentando el ritmo en cada roce. Ella comenzó a mover sus caderas contra mí, mientras mi mano se hundía en su interior con cada uno de sus impulsos. Estaba usando mis dedos como su consolador personal, y me encantaba la expresión de su rostro, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, y los chorros de agua cayendo como torrentes sobre sus senos.

Ella se corrió con rapidez, y nos quedamos inmóviles durante unos segundos mientras recuperábamos el aliento. De repente, comenzó a reírse.

—¿Qué?

—Un anillo y un orgasmo —murmuró—. Debe de ser mi día de suerte.



La besé con intensidad. Ella pasó sus uñas por mi pecho, trazando un camino hacia abajo hasta que su mano envolvió suavemente mi polla. La bombeó despacio, sus ojos se clavaron en los míos, y me dedicó una sonrisa maliciosa sin dejar de mirarme.

—Lo haces muy bien —suspiré.

—También puedo hacer otras cosas —susurró contra mis labios.

Ella apretó mi polla, luego se dejó caer de rodillas, sin apartar la vista de mis ojos ni dejar de regalarme esa sonrisa que me volvía completamente loco. Se mordió el labio, lo lamió y chasqueó la lengua contra la corona de mi polla. Jadeé por el roce, y eso solo la hizo sonreír más.

—Alguien está emocionado de verme —dijo.

—Siempre.

Ashlyn continuó bombeándome, llevándome al borde, luego chupó con delicadeza la parte inferior de mi pene, desde mis bolas hasta la punta, lentamente. Sentí que los músculos de mis piernas temblaban un poco y, cuando lo hizo de nuevo, tuve que agarrarme a las cortinas para sostenerme. Ella se rio, su mano nunca se detuvo, y me lamió de nuevo. Estaba disfrutando de mi reacción, y sentí el deseo de asesinarla por ello.

Una cuarta lamida y ya tenía mi polla en su boca, sus suaves labios envolvieron mi miembro mientras me tragaba. Gemí de placer, el calor de su boca me recorrió en oleadas de dulce deleite. Su lengua se arremolinaba a mi alrededor, separándose para acercarse de nuevo. La agarré por el pelo mientras su cabeza se balanceaba y mi polla se deslizaba fácilmente dentro y fuera de su boca. Sus manos se aferraron a mi trasero, acercándome a ella. Ella lamió y chupó, y yo la agarré del pelo con fuerza cuando sentí que me acercaba peligrosamente.

Ella también debió haberlo sentido, porque se separó, me cogió de los brazos y se puso en pie, plantando un beso húmedo y casi animal en mis labios.

—Tómame, Chance —susurró.

Le di la vuelta, la empujé contra la pared de cerámica y la besé en el cuello y omóplatos mientras frotaba mi polla entre sus nalgas. Se ajustó a mí, abriendo sus piernas al mismo tiempo que se impulsaba hacia arriba. Me miró por encima del hombro, con los ojos azules clavados en los míos, rogándome que la follara aquí, ahora mismo.

No lo dudé. Corregí mi postura para no tener que preocuparnos por resbalones y caídas y empujé mi polla dentro de ella. Su gemido fue largo y fuerte, cerró los ojos y ladeó la cabeza. La embestí recorriendo todo su interior, sintiendo como su humedad me lo hacía mucho más fácil, pues me hacía percibir el calor de su abrazo a mi polla como una manta. Ella me apretó, persuadiéndome para que lo hiciera, y con ambas manos alrededor de su cintura, comencé a mecarme sobre ella.

Nuestros gemidos resonaban contra las paredes del baño. Era tan increíble que no quería que se detuviera. Mi polla se estrelló dentro de su cuerpo, moviéndome hacia adentro y hacia afuera, cavando más profundo con cada empuje hasta que ella gritó de placer. Me acerqué más y encontré su clítoris. Comencé a frotarlo vigorosamente mientras la follaba. En cuestión de segundos, un orgasmo la golpeó con tanta fuerza, que se sacudió contra mí y tuve que sostenerla para evitar que se deslizara al suelo. Ella me abrazó, jadeando, y sonrió cuando la besé.

Me agarró de la mano, me sacó de debajo del agua y me llevó directamente a su cama.

—¿No quieres secarte primero? —le pregunté mientras me daba la vuelta y me empujaba hacia la cama.

—Cállate —dijo Ashlyn colocándose sobre mí a horcajadas y frotando suavemente su coño contra mi polla.

Alcé la mano y agarré sus senos, apretándolos con delicadeza. Se inclinó, acercándolos lo suficiente como para que yo chupara sus pezones mientras se movía, frotándose contra mi polla con ferocidad. Sus manos rascaron mi pecho y, con un movimiento rápido, se deslizó de nuevo hacia abajo para que la llenara.

Ashlyn se sentó y echó la cabeza hacia atrás cuando comenzó a moverse, ofreciéndome una visión que no pude resistir. Se veía jodidamente magnífica, con sus senos rebotando, las gotas de agua en su piel suave y el cabello mojado enredado sobre sus hombros. Ella me montó con habilidad, y todo lo que yo pude hacer fue seguirle el ritmo.

Me incorporé, la atraje hacia mí y chupé con fuerza sus pezones. Sus gemidos se intensificaron entre mis mordiscos y pellizcos, mientras sus caderas se agitaban con una velocidad que no creía posible. Ella se corrió con un estremecimiento, empujando mi cara hacia abajo con fuerza contra sus senos y su coño apretando mi polla como si suplicara que me corriese.

Y estaba bastante cerca de hacerlo.

La giré sobre su espalda y ella me rodeó la cintura con sus piernas, clavándome los talones en el trasero y empujándome más profundamente dentro de ella.

—Vamos, Chance —gimió—. Dámelo ya. Muéstrame cuánto lo deseas.

No necesitaba más persuasión. La follé como nunca lo había hecho, mis caderas se movían como un pistón, y sus senos brincaban con cada embate. Sus gemidos se aceleraron y rompieron el silencio de la habitación con gritos ensordecedores.

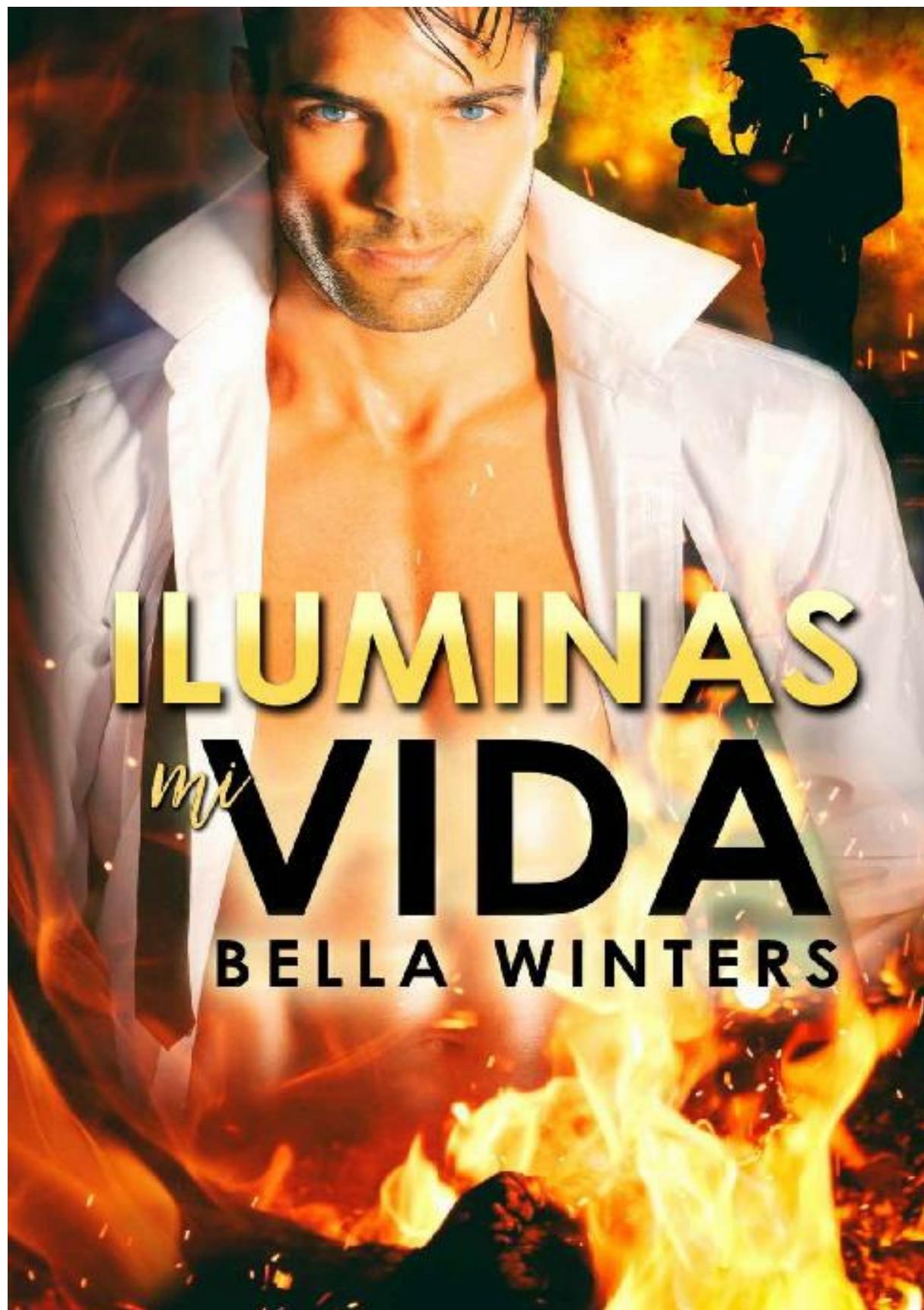
—Vamos —jadeó—. ¡Venga!

Y lo hice. Me corrí con intensidad. Todo mi cuerpo se paralizó, mis músculos se flexionaron, y exploté dentro de ella con tal fuerza que me sacudió hasta el fondo y sentí una oleada de sangre en mi cabeza. La cabeza me dio vueltas cuando me desplomé sobre ella, sus brazos me envolvieron, y ambos respiramos tan fuerte, que me sentí como si acabáramos de correr una maratón.

Me aparté de ella y la acuné en mis brazos, su corazón latía como un tambor contra mi costado. La miré, sonreí cuando vi que se había quedado dormida casi de inmediato, y cerré los ojos.

Lo último que vi fue el brillo del anillo de diamantes en su dedo, mientras su mano descansaba sobre mi pecho.

Si te ha gustado este libro no te pierdas



**ILUMINAS**

*mi*

**VIDA**

**BELLA WINTERS**

# ILUMINAS *mi* VIDA

Un chico atractivo que es multimillonario y... ¿bombero?

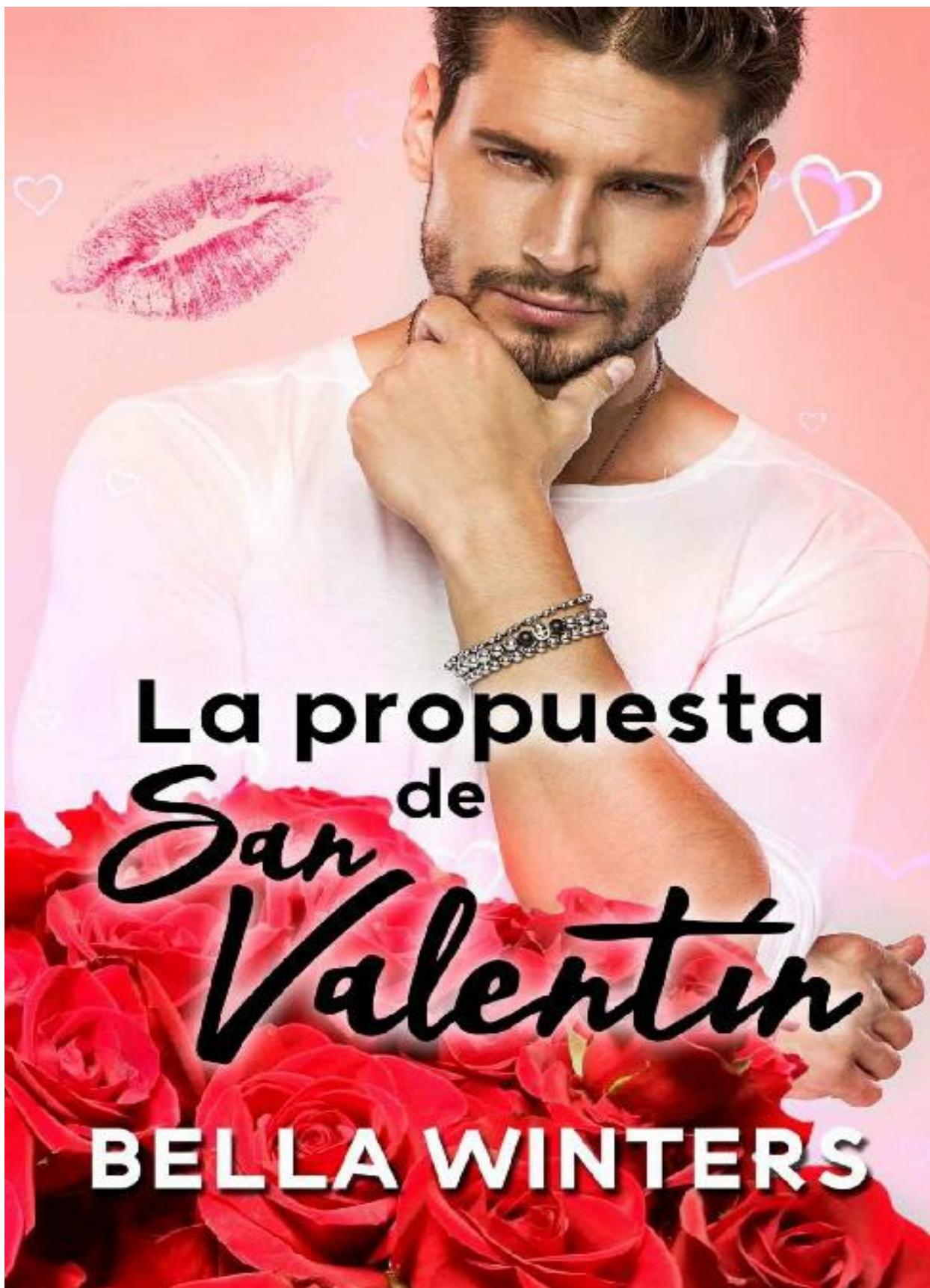
Lance es todo un misterio que está metido en un grave problema. A pesar de ser todo un playboy y el heredero de una gran fortuna, no podrá disponer del dinero hasta que se case.

Es entonces cuando se le ocurre la brillante idea de ofrecerme cinco millones de dólares para hacerme pasar por su prometida. Y cuando se desata el caos.

El trato era que él me diera el dinero, pero, tonta de mí, al final le acabé entregando mi corazón junto a una pequeña sorpresa.

Pero, ¿podré retener a mi lado a un hombre que puede tener a cualquier mujer que desee?





**La propuesta**  
de  
*San*  
*Valentín*  
**BELLA WINTERS**

# La propuesta de *San Valentín*

Él era el amor de mi pasado, rogando por una segunda oportunidad.

Cuando Brandon me dejó hace unos años, juré que no me enamoraría de ningún hombre, por muy guapo y agradable que fuera.

Después de curarme el corazón roto estaba feliz en mí organizado mundo, hasta que apareció en mi pequeño pueblo y puso todo patas arriba. Y aunque juré que no volvería a caer, me dejé llevar durante el maravilloso tiempo que pasamos juntos. Solo que no me equivoqué y tuve que volver a olvidarle.

Pero ahora, cuando estoy convencida de que he terminado definitivamente con Brandon, el destino nos vuelve a unir. Pero esta vez no voy a dejar que de nuevo me rompa el corazón.

## Nota de la traductora

---

[\[1\]](#) Bloodhound es una raza de perro.